

ABRAHAM GUILLEN

6353-19

# TEORIA DE LA VIOLENCIA



EDITORIAL JAMCANA

**C** OLECCIO  
ESTRELLA  
FEDER.



Abraham Guillén

# Teoría de la Violencia

GUERRA Y LUCHA DE CLASES

EDITORIAL JAMCANA

JC  
491 .  
G78

©  
EDITORIAL JAMCANA  
BUENOS AIRES

Hecho el depósito que marca la ley 11.728  
*Impreso en la Argentina Printed in Argentina*



Esta obra constituye una apretada síntesis de estrategia, economía, política y dialéctica. Al leer este libro se está en las coordenadas de nuestro mundo, se vive y se explica nuestra época difícil, de transición. A grandes rasgos, esta obra contiene los siguientes tópicos:

- 1.—Filosofía de la acción;
- 2.—Socialismo y revolución;
- 3.—¿Coexistencia o violencia?;
- 4.—La razón dialéctica;
- 5.—Marxismo y revisionismo;
- 6.—La estrategia de la era nuclear;
- 7.—La teoría de la alienación;

El saber formal, tanto en Oriente como en Occidente, es analizado en esta obra, para reivindicar el uso de la razón dialéctica, en esta era de la astronáutica, la cibernética, la energía atómica y la guerra revolucionaria. Como el capitalismo no digiere su progreso económico (crisis económica) ni su progreso tecnológico (guerra atómica), el mundo de nuestro tiempo está maduro para la revolución socialista, no necesariamente de tipo soviético.

.

.

## CAPÍTULO PRIMERO

### MARXISMO Y REVISIONISMO

Se escribe mucho de materialismo dialéctico (de dialéctica sin materialismo), pero, poco o nada de materialismo histórico. Los revisionistas del marxismo prefieren interpretar a la Naturaleza más que a la Sociedad, para eludir la teoría del perecimiento del Estado en el mundo soviético, pleno de contradicciones y de cismas. El marxismo revisado y momificado se ha transformado en una ideología de Estado (URSS) o en un humanismo neoburgués (para los socialdemócratas del "mundo libre"). Tanto en un caso como en el otro, el marxismo revisado es una mezcla de ideologías burguesas, para justificar el capitalismo de Estado (URSS) o el neocapitalismo, en Occidente. El pensamiento vivo de Marx, Engels y Lenin ha sido sacrificado a las conveniencias de política nacional e internacional, de la URSS, para entenderse con el imperialismo anglosajón, en desmedro del internacionalismo proletario, de la revolución socialista mundial, y, particularmente, de China comunista. Los revisionistas soviéticos han elegido así el camino de la especulación ideológica y del desarrollo económico nacional, renunciando a la acción revolucionaria internacional.

"La acción —dice Henri Lefebvre— es insepa-

nable de la teoría. Pues la teoría solo es viviente si es sometida permanentemente a la crítica, si las hipótesis y sus conclusiones son constantemente verificadas, puestas en duda, readaptadas a las nuevas condiciones del mundo en evolución rápida. Si ella, se encierra en sus propias ideas, plenas de dogmas, la teoría se transforma, en el mejor de los casos, en una escolástica inútil y, en el peor, en una mitología servil". — (Henri Lefebvre, *Ideologie et Verité*, París, 1962).

La parálisis y la impotencia del comunismo de tendencia soviética obedece a una petrificación del marxismo. Los filósofos, economistas, políticos, sabios y militares soviéticos han caído en una filosofía voluntarista que toma los deseos por realidades. El marxismo al gusto soviético ha sido oficializado e institunacionalizado como política de clase (dominio de la burocracia sobre los obreros y campesinos) y como ideología de Estado (teoría de desarrollo económico), al modo de la tecnocracia que dirige las empresas estatales, sin el concurso de las masas trabajadoras.

Al constituirse en ideología oficial de la sociedad soviética, el marxismo ruso se ha separado de la dialéctica (mundo contradictorio en perpetua lucha y transformación) para caer en el dogmatismo (culto del Estado sin posible devenir) y, por tanto, petrificación de las estructuras de clase, en la sociedad soviética. En este orden de ideas, el neo-marxismo soviético es inferior racionalmente al positivismo, el pragmatismo y el realismo, pues niega el devenir del mundo más que estas doctrinas. Bajo el oportunismo de derecha del Kremlin (que representa a la tecnocracia y la burocracia de la sociedad soviética) el *logos* y la *praxis* de Marx, Engels y Lenin, están ausentes en la política y la filosofía de Moscú. Los filósofos e ideólogos soviéticos han caído en

una actitud especulativa, unilateral, nacionalista, sin confrontación de la filosofía con la praxis, tanto en su mundo como en Occidente. Al negar el papel de la violencia en la historia, los revisionistas soviéticos niegan que ellos están en el Poder por la acción revolucionaria de 1917.

La filosofía dialéctica debe anticipar el devenir revolucionario del mundo, no su contemplación, sino su transformación. En verdad, la filosofía no lo es todo: sin la acción, no sirve para nada la filosofía. El método dialéctico de Marx une el pensamiento y la acción: no separa estas dos potencias. La filosofía marxista nutre de energía revolucionaria a las masas, invitándolas a superar la alienación del ser humano: sin capitalismo, por medio de la acción revolucionaria del proletariado, de las clases oprimidas.

## MATERIALISMO Y REVOLUCIÓN

El neo-marxismo soviético, dedicado al análisis de la dialéctica de la Naturaleza, no somete a la crítica la sociedad capitalista ni la sociedad soviética. Hablar sólo de materialismo dialéctico —corpúsculos, células, ondas de luz, embriones—, es alejarse de la praxis revolucionaria, de los problemas de la alienación, de las contradicciones sociales, para justificar la inacción ante el mundo capitalista. El materialismo histórico es incompatible con la coexistencia pacífica, pero el materialismo dialéctico (como filosofía de la Naturaleza más que de la Sociedad) la justifica. Lo que importa, en nuestro mundo revolucionario y contradictorio, no es la vida de un corpúsculo, sino la acción de las masas trabajadoras contra el capitalismo, para instaurar la sociedad socialista, que supere la alienación del ser por la cosa (mercancía).

Se habla mucho de materialismo dialéctico, pero muy poco de materialismo histórico: el primero constituye la concepción del Universo, el segundo, de la Sociedad; uno es propio de las ciencias positivas; otro, de la sociología científica; ambos, en conjunto, dan a la doctrina marxista una base filosófica, científica, sociológica, política, económica e histórica que, por su coherencia, humanismo y saber, es muy superior al cristianismo, al individualismo burgués.

Está de moda, entre los intelectuales pseudo-marxistas, un materialismo dialéctico mecanicista, separado de la práctica (del trabajo, de la vida cotidiana), justamente porque sus cultores son "socialistas de cátedra" —en sus diversas variantes—. Razonando, desde un punto de vista de la división del trabajo intelectual y manual, los filósofos ignoran la práctica diaria como categoría del conocimiento humano —la más importante de todas las categorías— ya que permanentemente con la acción combinada de la técnica y del trabajo, ésta corrige los errores de la teoría. La teoría, en fin de cuentas, no es más que una práctica disciplinada, sujeta a determinadas normas, reglas y leyes para desperdiciar la menor cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario, para la creación de un producto que necesita la economía humana. La sociedad, antes que pensar, necesita trabajar para seguir existiendo; luego piensa porque trabaja.

De nada sirve un materialismo mecanicista-dialéctico pero no histórico —ya que no explica la mecánica de las clases, la infraestructura y la superestructura social, las leyes de la economía capitalista, sus contradicciones y la solución de esas contradicciones, el capitalismo como categoría histórica, en fin, los problemas de la vida cotidiana, tan rica y tan cambiante, en razón del devenir dialéctico de

nuestra sociedad contradictoria —antagónica—, de signo revolucionario.

El marxismo parte, filosóficamente, de los principios de la dialéctica elaborados, doctrinalmente, a partir de la praxis (unidad de pensamiento y acción), en que la ciencia y la práctica, el pensamiento y el acto, el cerebro y la mano, el trabajo y la técnica, la economía y la filosofía marchan acompasadamente, rítmica y paralelamente.

Algunos sabios y filósofos tienen un desprecio absoluto por la práctica, precisamente porque no se dan cuenta de que sus ideas son fruto de una determinada división del trabajo, propia de una transitoria división de la sociedad en clases antagónicas. Por eso, la teoría burguesa es lo contrario de la práctica (trabajo): la filosofía se presenta así como una alienación, es decir, como una deformación de la vida social, como un poder espiritual de clase: exactamente como la religión, la moral y la política de las clases dominantes.

El marxismo es quizá, actualmente, la doctrina más comentada, pero, científicamente, la menos conocida o, para ser más exactos, la más deformada por las variantes burguesas y pequeño-burguesas del socialismo parlamentario, o por el revisionismo soviético, que han hecho del marxismo un desfile de retratos de Marx, Engels y Lenin: veneran así las imágenes, pero corrompen las doctrinas que ellas representan, como algunas sectas o iglesias, en la doctrina cristiana.

## LA RAZÓN DIALÉCTICA

En buena doctrina marxista, de nada sirve explicar la ley de la cantidad que transforma la calidad aplicándola, únicamente, a los fenómenos químicos, físicos o biológicos. Por ejemplo, haciendo abstrac-

ción de los fenómenos de la sociedad. Indicar, de acuerdo con esa ley, que los puntos de fusión en metalografía o los cambios químicos, explican las calidades determinadas por cantidades, es decir mucho, pero no es decirlo todo, ya que ello no debejará los fenómenos que se producen en la sociedad como devenir: historia de la humanidad.

Si demostramos que el agua es líquida a determinados grados, sólida por debajo de cero grados y gaseosa por encima de 100 grados, estamos explicando, científicamente, que cada cambio cualitativo del agua está en función de mayores o menores cantidades de grados de calor. Con esta dialéctica marxista —exclusivamente limitada a los fenómenos de la naturaleza— podemos razonar y conversar hasta con el presidente de un "trust" norteamericano, el Papa y el Dalai-Lama, sin que "democráticamente", nos separen profundas divergencias de opinión o de doctrina. En este orden de ideas, el materialismo dialéctico (concepción del Universo) sin el materialismo histórico (concepción de la Sociedad), es como si a un cuerpo le faltara un brazo o una pierna.

El materialismo dialéctico únicamente prueba que los fenómenos, que se suceden o producen en la Naturaleza, se rigen por las mismas leyes dialécticas que los fenómenos que se manifiestan, necesariamente, en la Sociedad.

Consecuentemente, si todo tiene un *devenir* (nacer, crecer y perecer) en la Naturaleza, ese mismo devenir se produce también en la Sociedad: las clases, las civilizaciones, las nacionalidades (incluyendo la URSS), los modos de producción (incluyendo el capitalismo) y las religiones (sin excluir al cristianismo) son categorías históricas. En este orden de ideas, el materialismo histórico es una doctrina



revolucionaria que no se puede discutir con el presidente de un "trust" norteamericano o con el Papa, con la misma tranquilidad de espíritu que en una disquisición intelectual de materialismo dialéctico, en que se prueben, dialécticamente, los cambios cualitativos del agua. Ni el Papa ni el presidente de un "trust" yanqui quieren oír hablar de que el capitalismo o el cristianismo son categorías históricas; pues ellos aspiran a la eternidad como posición de clase, derivada de una forma determinada de la división del trabajo social, según la cual el no productor se apropia los frutos del trabajo ajeno, porque es propietario de los medios de producción.

El materialismo dialéctico, como interpretación del mundo físico, constituye una filosofía de la ciencia; pero la dialéctica marxista quedaría incompleta, si el materialismo histórico, como concepción de la sociedad, no explicara, dialécticamente, el *devenir* de los regímenes sociales que han pasado por la historia de la humanidad: el comunismo primitivo, el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo y el inevitable paso hacia el socialismo.

Está demostrado *que todo cambio, en la naturaleza y en la sociedad, se realiza violentamente*: la Tierra ha experimentado violentos cambios de clima en sus períodos geológicos, que han modificado su flora y su fauna. Asimismo sangrientas revoluciones sociales han marcado el paso del comunismo primitivo al esclavismo, de éste al feudalismo, de éste al capitalismo y de éste al comunismo. *La ley de la cantidad que transforma la calidad* prueba, en la Naturaleza y en la Historia humana, que, a partir de un punto crítico, la evolución se transforma en revolución: el período terciario en período cuaternario, debido a un *aumento de la cantidad*

*de frío o de calor que cambia la calidad de los animales y de las plantas.*

Igualmente, el capitalismo surge victorioso del aumento del capital dinero, de las mercancías, del trabajo asalariado y de categorías como la renta, el interés, la plusvalía, etc., que se muestran como *cantidad*, que al rebasar cierto límite, cambiaron la *calidad* política, económica y social de un régimen: el feudalismo, transformado necesariamente en capitalismo.

La ley de la cantidad que transforma la calidad se opone, dialécticamente, a la coexistencia pacífica entre lo nuevo y lo viejo, entre el capitalismo y el comunismo, entre el imperialismo y los países subdesarrollados, entre la burguesía y el proletariado y entre los países imperialistas que se disputan entre sí el dominio del mundo. Consecuentemente, la doctrina soviética de la coexistencia pacífica no es marxista, es decir, no es científica, porque no es dialéctica.

Un proceso histórico tiene continuidad de existencia o de perduración hasta un cierto límite en que la cantidad cambia, violentamente, la calidad. Si agregamos o sustraemos cantidades de capital, de energía mecánica, de masas obreras, de plusvalía, de burocracia, etc., el capitalismo tenderá hacia cambios cualitativos adicionantes. Pero estos no serán radicales (revolucionarios), hasta que el proceso no pueda ir o más adelante o más atrás, en cuyo caso, dialécticamente, la contradicción en presencia, tendrá que resolverse por una inevitable revolución social: Inglaterra, en 1848; Francia, en 1789-93; Rusia, en 1917; China, en 1927-49; España, en 1936-39; Cuba, 1954-57, etc.

En las entrañas de toda cualidad vieja (sociedad decadente) se engendra, dialécticamente, la cuali-

dad nueva (sociedad ascendente). La nueva sociedad no contiene a la vieja sociedad, sino que la supera en sus contradicciones estructurales; pero si retrocede hasta límites inferiores, que la retrotraen al pasado, puede cambiar cualitativamente en sentido regresivo. Por ejemplo, la burocracia soviética, si llegara a detener, con sus privilegios, el paso al socialismo, podría congelar el avance al comunismo, imponiendo un capitalismo de Estado que, a corto plazo, involucraría antagonismos tan violentos, entre burocracia soviética y obreros soviéticos, como entre burguesía y proletariado, en la Rusia de 1917.

En todo régimen de transición del capitalismo al socialismo hay un peligro de retorno al antiguo régimen, si el avance económico, social y político, no conduce —como en China— de la propiedad privada a la propiedad cooperativa y de la propiedad cooperativa a la propiedad comunalista. Aquí el cambio cualitativo se va aproximando a los límites superiores de ascenso hacia el comunismo, mientras que por ejemplo, en Polonia y en Yugoslavia, el régimen económico, social y político han ido retrocediendo hacia los límites inferiores, que se aproximan al capitalismo: un capitalismo sin capitalistas; pero usufructuado por una frondosa burocracia que absorbe una enorme masa de plusvalía, restada a la inversión social, que de invertirse útilmente conduciría rápidamente hacia los límites superiores cualitativos: el socialismo, el comunismo, la subresión del Estado.

Al no aplicar la dialéctica al régimen soviético y a las repúblicas populares —como lo hace Mao-Tse Tung, reconociendo las contradicciones en presencia, en la etapa inicial del socialismo—, se niega el marxismo; puesto que no se aplica la lógica del devenir al perecimiento del Estado soviético y

la destrucción de las clases antagónicas. Tal marxismo es puramente formalista, antidialéctico, burocrático, incapaz de transformar el capitalismo en socialismo, por cuanto la burocracia, en tanto que casta, no es capaz de abolir el Estado, superar la Nación y el culto del Individuo, que son categorías burguesas que se oponen a la instauración del socialismo y al advenimiento del comunismo en todo el mundo: (sin fronteras, clases, religiones, razas privilegiadas, alienaciones y contradicciones, derivadas de una sociedad antagónica, tribal, dividida en clases o en castas).

Como el materialismo histórico es menos conocido que el materialismo dialéctico —ya que es más difícil aplicar las leyes del pensamiento dialéctico a la Sociedad que a la Naturaleza—, consideramos de suma importancia filosófica y económica, dar una síntesis del método de interpretación de la historia, según la doctrina marxista.

## EL REVISIONISMO SOVIÉTICO

La dialéctica marxista ha sido desvirtuada por los revisionistas soviéticos y sus seguidores occidentales (partidos comunistas pro-rusos) que aceptan el mito de la infalibilidad, encarnado por el dirigente de turno en el Kremlin. El marxismo revisado en la URSS constituye un conjunto de dogmas tendientes a justificar la sociedad soviética, como expresión de la perfección suprema. Desconociendo el papel de la contradicción como motor de la historia, los revisionistas soviéticos caen en alienaciones y contradicciones de la sociedad burguesa. Ven el papel de la contradicción en el capitalismo privado, pero no en el capitalismo del Estado, al cual identifican como socialismo, dejándose así alienar por la política como otros se alienan por la religión.

El culto del líder supremo (como ser infalible), el Estado soviético (sin devenir ni perecer) y el Partido (como especie de Iglesia) sacralizan la política como sustituto de la religión. *Alienarse por la religión o la política es propio de mentalidades no marxistas*, de filósofos e ideólogos que gustan vivir de la plusvalía, tanto bajo el capitalismo privado como del capitalismo del Estado, donde rige el fetichismo de la mercancía, como en la economía de libre empresa.

El revisionismo soviético tiene una visión reducida del mundo (todavía a la escala panslavista) propio de una filosofía abstracta, separada de la vida social. La ideología soviética es *alienante* por el hecho de que impone, prescindiendo del análisis dialéctico del mundo contemporáneo, la ilusión de la coexistencia pacífica: (una alienación política tendiente a justificar el nacionalismo panslavista o el camino al socialismo en un solo país, como si se tratara del camino del mundo). La alienación política y filosófica en la coexistencia pacífica, es evidente porque —sin pruebas históricas, económicas y políticas— ésta impone su visión del mundo, como deseo más que como realidad, pero ella es desmentida por la práctica social y la política internacional.

Al intentar hacer que los trabajadores del mundo renuncien a la lucha de clases, en holocausto del socialismo en la Unión Soviética, se aliena al ser humano, como lo hace la religión prometiendo el paraíso. En el caso de la URSS, el paraíso estará en 1980, cuando ésta gane el primer puesto como potencia mundial a los Estados Unidos. Tal ilusión es menos seria que el paraíso prometido por la religión. Ello evidencia que la alienación política es un sucedáneo de la alienación religiosa, para quienes se dicen no creyentes, formalmente ateos. Di-

vinizar una idea o una doctrina es lo mismo que divinizar un dios con figura humana: la religión es tanto más efectiva cuando más incorporea sea la cosa divinizada: (moral, ideología, polémica).

La mistificación de la realidad de nuestro mundo por medio de la coexistencia pacífica, es un insulto a las masas trabajadoras. Se les pide a éstas que renuncien a la lucha de clases, para justificar la coexistencia con el imperialismo capitalista. La coexistencia pacífica es la ideología del interés nacional de la Unión Soviética. Ello, por mejor política que fuere, nunca estaría en interés de las masas de los países afro-asiáticos y latinoamericanos, que no pueden soportar más tiempo, pasivamente, la explotación y opresión del imperialismo.

Los ideólogos soviéticos piden a las masas de los países subdesarrollados resignación frente al imperialismo para salvar la coexistencia pacífica: (política nacional de la URSS). Al inmolar las masas de los países capitalistas y de los países semicoloniales al interés soviético, mediante la no-acción revolucionaria contra el imperialismo, se cae en un nacionalismo exasperado, contrario al internacionalismo proletario y a la revolución socialista internacional. El mito del socialismo en un solo país no resiste más, ni en la URSS, ni en ninguna parte. El socialismo y el capitalismo se quieren mundiales: la categoría de *mundialidad* es excluyente, no coexistente, porque ello está en la dialéctica de la historia de nuestro mundo a la escala planetaria (no nacionalistas), total.

La dialéctica es la ley de la Naturaleza y de la Sociedad: las contradicciones cambian de signo, no desaparecen, pues sería tanto como petrificar el mundo. Todo debe perecer en el devenir para elevarse a planos de más perfección: el Estado, las

clases y las naciones perecen, (incluyendo el Estado: "las clases amigas" (Jruschov) y las naciones del mundo soviético). Como dijo Hegel, "la identidad no es más que la determinación de lo que es simplemente inmediato, del ser *muerto*, mientras que la contradicción es la fuente de todo movimiento, la raíz de toda vida" (1).

---

1 Hegel, *Gran Lógica*, cap. IV.





## CAPÍTULO II

# TESIS SOBRE EL MATERIALISMO HISTÓRICO

### *Pensamiento y Acción*

El revisionismo marxista, de línea soviética o social demócrata, coinciden en la condenación de la violencia, en diferir la revolución, en la coexistencia entre países imperialistas y países subdesarrollados, en sustituir la "guerra de los pobres contra los ricos" (Engels) por el cambio pacífico o evolución de las *estructuras*. Como decía Engels "*La revolución debe venir; es ya demasiado tarde para llegar a una solución pacífica del problema*". "*Las clases se separan más y más netamente, y el espíritu de resistencia más y más entre los trabajadores; las escaramuzas aisladas en guerrillas se concentran en combates y en demostraciones de más importancia; y un pequeño choque será bien pronto lo suficiente para un movimiento en avalancha.*"<sup>(1)</sup>.

El pensamiento y la acción fueron siempre unidos en el método dialéctico de Marx y Engels: ... "Los comunistas —dicen— desdeñan disimular sus ideas y proyectos. Declaran abiertamente que no lograrán sus objetivos más que destruyendo por

---

<sup>1</sup> F. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1845.

la *violencia* el antiguo orden social' (1). Marx y Engels, a diferencia de los revisionistas soviéticos, expresaron que *la violencia es la partera de la historia*, cuando la vieja sociedad cargada de injusticias y contradicciones, lleva en su vientre una nueva sociedad, que solo se impone por la vía revolucionaria, no evolutiva, por la *violencia*, no por la coexistencia.

La izquierda intelectual y los movimientos prosoviéticos de los países subdesarrollados están impregnados de esencias burguesas. La discusión, sin autocrítica revolucionaria, ha divagado por los senderos tortuosos del individualismo burgués. Sólo la revolución —la acción creadora— da prevalencia a la idea de clase o de pueblo sobre la vaga noción del individuo burgués, incomprensible para un obrero o un campesino. En plena revolución social, la *autocrítica* debe formar una nueva conciencia popular, liberada del populismo parlamentario, del reformismo sindicalista, del intelectualismo pequeño-burgués y del revisionismo marxista; todas estas posiciones se comportan *objetivamente* como vulgares oportunismos.

Los grupos políticos reformistas o revisionistas tienen miedo a la *violencia* revolucionaria, a la marea ascendente de las masas, no quieren actuar sobre las fuerzas históricas comprometiéndose revolucionariamente con las masas. Para aclarar ciertos aspectos de la dialéctica marxista nos parece oportuno precisar el análisis de la *praxis*, en la sociedad capitalista.

### 1. — *Las ideas y los hechos*

Las ideas no producen las revoluciones: éstas sur-

---

(1) Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*.

gen, necesaria e históricamente, como resultado de la creación de fuerzas productivas, no asimiladas por el modo de producción vigente, en un determinado momento histórico. Las condiciones materiales, casi invisiblemente, van creando, en el vientre de la vieja sociedad, la sociedad que viene, que deberá implantarse, cuando la crisis del sistema —que debe perecer— llegue a sus puntos críticos o nodales. Entonces las contradicciones en presencia buscan su desenlace revolucionario, no esperan más: la cantidad se cambia en calidad mediante un salto violento, es decir, sin evolución al infinito, sin coexistencia, por la *violencia*.

La revolución social es un destino implacable que se cumple en la historia, cuando lo que debe cambiar no puede durar más. En nuestra época, a pesar del monopolio de la prensa, la radiodifusión, la cultura, el arte, la televisión, el cine, la literatura, la riqueza y el Poder por la burguesía, la Revolución es inaplazable: ha sonado en el reloj de la historia; ni la coexistencia pacífica, ni la "Alianza para el progreso" la pueden detener en la América Latina: los días del capitalismo están contados en el devenir de los pueblos oprimidos.

Las guerras de liberación nacional lanzarán a los pueblos en una sola dirección, sin neutralidad posible. Los partidos, que inscriben en sus programas la no-violencia, están a contrapelo de la historia, ya se llamen comunistas o demócratas. La violencia revolucionaria por su praxis es totalizante: no admite neutrales en las guerras de liberación. *La acción* es desintoxicante para el pensamiento enfermizo de las ideologías pequeño-burguesas: libera a los pueblos de los mitos religiosos, políticos y morales, que se oponían a la *violencia* para conservar así el Poder de la clase dominante.

## 2. — *La Liberación de las clases oprimidas*

Históricamente, la liberación de una clase explotada se produce cuando la crisis económica (aspecto objetivo) llega a sus puntos de máxima desocupación o de paralización de fuerzas productivas. Ello crea, en la conciencia de las clases oprimidas, un espíritu de rebelión (aspecto subjetivo). Las depresiones económicas son las parteras de las revoluciones sociales. Una persistente depresión en América Latina puede ser el mejor aliado para los movimientos de liberación contra el imperialismo y el feudalismo residual.

La estrategia debe basarse en la guerra del pueblo en armas, combinando formaciones guerrilleras (a retarguardia enemiga) con formaciones de línea (ejército de liberación); todo ello apoyado en una alianza de los campesinos y de los obreros, de unión de la ciudad y del campo: unidas contra el imperialismo, el feudalismo y el militarismo.

Una revolución está madura cuando lo objetivo y lo subjetivo se armonizan, pero con prevalencia de lo objetivo. En este caso, la acción de una minoría hace de detonante para poner en marcha a la mayoría, adormecida por políticas pequeño-burguesas e izquierdizantes, sin contenido revolucionario. En la América Latina, los movimientos de liberación están maduros. Sólo les faltan minorías audaces que sepan emplear la estrategia de la guerra revolucionaria, que utiliza todas las formas de lucha en una guerra total. Dadas las características sociológicas de los países subdesarrollados, el proletariado tiene que dirigir el frente de liberación en estrecha alianza con los campesinos pobres (que luchan por la revolución agraria contra los feudales) y contar, además, con el apoyo de las clases medias, económicamente débiles, interesadas

en la lucha contra el imperialismo y el capitalismo indígena de signo monopolista.

Dialécticamente, en los países imperialistas, no hay frente de clases, sino de clase: proletariado contra burguesía y viceversa.

En los países semicoloniales, las clases no son dos, sino cinco: oligarquía terrateniente y gran burguesía nacional e imperialista (en un polo del antagonismo revolucionario); en el otro polo: la clase obrera, el campesinado pobre y los peones de campo y, además, la clase media (económicamente débil).

Lo que constituye el contenido y la forma de una clase social es su categoría económica: el salario define al obrero, la renta de la tierra, al campesino, el interés y la plusvalía, al capitalista, la percepción de la renta territorial, a la aristocracia feudal.

Una clase está determinada por su unidad de destino histórico; su pensamiento y acción en común (praxis); su base económica; no está formada por su espíritu, sino por sus condiciones concretas. Las clases son contradictorias entre sí; pero, por ejemplo, el obrero, el campesino y la clase media económicamente débil (salarizada), pueden renunciar a sus pequeñas contradicciones de interclases para resolver una contradicción principal, que sólo será posible superar formando una alianza revolucionaria para derrocar, en los países subdesarrollados, la oligarquía terrateniente nativa, el imperialismo económico y la burguesía nacional (monopolista y proimperialista).

### 3. — *Cambios de Posición Política en las Clases*

En 1789-93, durante la Gran Revolución Francesa, la burguesía luchó al lado de los campesinos y de los obreros contra la Iglesia y la Nobleza. Ac-

tualmente, la burguesía lucha al lado de la Nobleza terrateniente y de la iglesia contra los campesinos y los obreros, como se evidencia en los movimientos de liberación social y nacional del sudeste asiático y de la América Latina.

La descreída burguesía de 1789-93, una vez que llegó al Poder, se hizo santurrón y tan reaccionaria como la nobleza feudal. En 1789-93, la burguesía iba con el pueblo trabajador contra los privilegios de la Nobleza y de la Iglesia; en 1965, la burguesía (imperialista o indígena) lucha junto a la oligarquía terrateniente, las altas jerarquías de la iglesia y los dirigentes de los "trusts" imperialistas, en contra de los obreros, los campesinos y la clase media asalariada. El frente de la reacción anticomunista defienden la bandera de la "santa inquisición" bajo la bendición del Cardenal Spellman, la democracia de los "marines" del Pentágono y el capitalismo de Wall Street...

Frente a la reacción granburguesa, terrateniente e imperialista, pueden ser creados, en los países semicoloniales, frentes de liberación que unan, en una misma aspiración revolucionaria, a los obreros, los campesinos y las clases medias (económicamente débiles). Desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria, una revolución social está madura cuando el interés de la clase oprimida mayoritaria y más poderosa coincide con el interés nacional y con los intereses de las demás clases oprimidas por la clase o las clases opresoras, que deben ser derrocadas por la violencia: partera de la historia, a pesar de la mitología de la coexistencia pacífica (colaboración de clases).

Durante la Gran Revolución Francesa de 1789-93, las aspiraciones de liberación de la burguesía urbana coincidían con las del proletariado industrial y con las del campesinado. Entonces el obrero que-

ría liberarse del feudalismo gremial que le impedía vender libremente su fuerza de trabajo, en cualquier parte del país; el campesino aspiraba a liberarse (como siervo) de los dominios feudales de la Iglesia y de la Nobleza, para acceder a la propiedad de la tierra. En estas condiciones de clase, fue posible crear un frente de liberación contra la Nobleza y la Iglesia e incluso contra el imperialismo intervencionista y reaccionario de las potencias europeas, acaudilladas por Inglaterra contra la Revolución Francesa.

En nuestra época, el interés nacional, en los países afro-asiáticos y latinoamericanos, coincide con los intereses de liberación del proletariado, como clase dirigente y conductora de la alianza obrero-campesina y, con las clases medias económicamente débiles. El obrero aspira ya al control de la producción industrial, a una economía socialista, sin desocupación ni crisis económicas. El campesino, desposeído de la tierra, está interesado en aceptar la dirección del obrero para con tal ayuda realizar la revolución agraria, que entregue la tierra a quienes la trabajan.

Una enorme masa de funcionarios (empleados y clase media económicamente débil) están dispuestos a seguir al proletariado industrial, en la lucha contra el imperialismo, el feudalismo, el militarismo y el capitalismo monopolista. Consecuentemente, los intereses de clase del proletariado coinciden con los intereses nacionales y, además, con el interés de los campesinos y con los intereses de las clases medias económicamente débiles. La revolución social, históricamente, está madura, objetiva y subjetivamente, pero se necesita una doctrina política de liberación de las clases oprimidas, una estrategia coherente de la guerra revolucionaria, para que el pueblo pueda merecer la victoria, sin gran derramamiento de sangre, sin muchos sufrimientos materiales y morales.

#### 4. — *Interconexión de las Revoluciones*

La Revolución Inglesa de 1648 se inspiró en la insurrección de Holanda contra la dominación imperialista de España.. La Gran Revolución Francesa de 1789-93 hizo suyos los ideales burgueses de la revolución británica, capitaneada por Cromwell.

La Revolución Rusa de 1917 tomó los ideales y aspiraciones populares de la Comuna de París de 1870. La Revolución Socialista China de 1927-1949 tuvo sus motivaciones políticas en la Revolución Rusa. Los movimientos de liberación nacional de nuestra época, en los países subdesarrollados, tienen en la Revolución Socialista China, en la Revolución Socialista Cubana, en el Viet-Nam y en Argelia sus fuentes de inspiración revolucionaria.

Desde el punto de vista cronológico, la Revolución Inglesa fue la victoria del siglo XVI. La gran Revolución Francesa es el triunfo de la burguesía del siglo XVIII sobre la nobleza del siglo XVII. En fin, la Revolución Rusa y la Revolución Socialista China constituyen la victoria del proletariado del siglo XX sobre la burguesía del siglo XIX y del siglo XX.

El triunfo del proletariado sobre la burguesía significa la instauración de la propiedad socialista sobre la propiedad privada del capital, la abolición de las clases, la prohibición del latifundio, la planificación de la economía social frente al caos de la libre competencia: significa la prevalencia del interés general de la sociedad sobre el mezquino interés privado de las plutocracias industriales y financieras y las oligarquías terratenientes.

#### 5. — *Terrorismo Burgués*

La burguesía llegó al Poder mediante la *violencia*.



haciendo del terrorismo un instrumento de destrucción implacable del poder feudal. En la actualidad, la burguesía condena el derecho de huelga; reprime a sangre y fuego las insurrecciones proletarias; castiga la *violencia de las masas*; hace uso y abuso del *terrorismo democrático*, bajo la forma de leyes de excepción contra el comunismo.

Una vez en el Poder, la burguesía se ha hecho conservadora: su hecho de dominación lo ha convertido en derecho de clase, que es privación de derechos para los obreros y los campesinos, desposeídos del capital y de la tierra. Las masas proletarias, consecuentemente, deberán derrocar el poder de la burguesía mediante la *violencia revolucionaria*. Ninguna clase cede a otra el poder sin combatir, sin *violencia*, sin lucha, con coexistencia pacífica. La vida es lucha y la *naturaleza* es dialéctica. Y la sociedad, mientras existan las clases y las naciones, no se rige por el subjetivismo de la "coexistencia" de los revisionistas soviéticos, sino por la lucha revolucionaria de las masas populares.

## 6. — *Contenido de las Revoluciones.*

La victoria política de la burguesía sobre la aristocracia feudal fue el triunfo de la propiedad capitalista (economía mercantil urbana) sobre la propiedad feudal (economía rural, poco mercantilizada). Con la victoria de la Burguesía, la Nación triunfaba sobre la región feudal; la competencia mercantil, sobre los compartimentos-estanco del feudalismo localista y sobre las corporaciones de maestros y oficiales, que limitaban con sus anacrónicos estatutos medievales el desarrollo de las fuerzas productivas.

El capitalismo, al derrocar al feudalismo, imponía el derecho burgués sobre los privilegios feuda-

les; la razón burguesa, sobre la religión feudalizada; la ciudad industrial, sobre el campo feudal: el acceso a la propiedad para todos los campesinos (suprimiendo la institución del mayorazgo; es decir que estableció el dominio del propietario sobre el suelo, en vez de dominar el suelo al propietario, como señor feudal dentro de su familia (*mayorazgo*). Todas estas reivindicaciones las consiguió la burguesía mediante la *violencia*: constituyéndose en clase dominante: no resolviendo así (dentro de los límites de la propiedad capitalista) la emancipación de las clases; creando una nueva injusticia social que, actualmente, es tan intolerable para el proletariado, explotado por la burguesía como lo era, en los siglos XVII y XVIII, para la burguesía la aristocracia feudal.

Lo sublime en la Revolución Proletaria es que el obrero al suprimir al capitalista suprime todas las clases, al instaurar la propiedad socialista. La *desalienación económica* impone, con el hecho revolucionario del proletariado, la supresión de la explotación del hombre por el hombre. En consecuencia, sin alienación ni contradicciones, el hombre, libre de mitos y prejuicios, reencontrará su conciencia que, bajo el capitalismo, estaba infelizmente desgarrada, *alienada*.

## 7. — *La Ley de Desarrollo Económico desigual*

Las fuentes de acumulación de capital están en razón directa de la productividad por obrero-hora, en cada país. Mientras un agricultor norteamericano produce alrededor de 50 toneladas de trigo por año un agricultor hindú, boliviano, marroquí o español, no pueden producir más de 1 tonelada de dicho grano. En los países de baja tasa de productividad, los salarios son bajos y los precios muy altos.

En los países de alta tasa de productividad, los precios son económicos y los salarios más altos: la moneda es más firme y estable, ya que ésta no revela más que el mundo de la mercancía, abundante y barata, pues la moneda es una mercancía que cambia todas las demás, sin consumirse ella misma.

La *acumulación del capital* es desigual de país a país. La acumulación primitiva del capital tuvo sus fuentes principales en España y en Portugal, durante el siglo XVI, gracias al despojo y explotación de las poblaciones americanas colonizadas. Luego la acumulación de capital tuvo su epicentro en Francia, Holanda e Inglaterra, durante los siglos XVII, XVIII y XIX, explotando a las masas obreras nacionales y, además, despojando a las masas coloniales en los países colonizados por Francia, Holanda e Inglaterra. Después, bajo el signo del capitalismo imperialista, la acumulación del capital ha sido bombeada, durante la primera mitad del siglo XX, hacia los Estados Unidos que han establecido, en todo el mundo no socialista, la colonización financiera, no menos rentable y oprobiosa que la colonización bajo bandera.

Actualmente, la *acumulación del capital* marcha mucho más rápidamente, en China y la URSS, que en los países capitalistas. La URSS crece 3 veces más rápidamente, en su producción, que Estados Unidos; China comunista (menos burocratizada que la URSS) crece 3 veces más rápidamente que la Unión Soviética.

Hay desarrollo económico desigual de país a país dentro del mundo capitalista. Ello también es válido en el mundo socialista, mientras el socialismo no sea instaurado en todo el mundo.

El desarrollo desigual hace imposible la paz entre las naciones. Por lo tanto dialécticamente es inoperante la doctrina de la "coexistencia pacífica";

incluso entre la URSS y China: (el socialismo no triunfa en un solo país). Mientras la ley de desarrollo económico desigual de país a país sea válida, tanto en el campo capitalista como en la esfera socialista o del capitalismo de Estado, la guerra y la paz serán alienaciones y contradicciones, que solo se pueden resolver con la instauración planetaria de una sociedad socialista.

Al pretender el revisionismo la coexistencia pacífica, sobre la base del equilibrio de las "zonas de influencia" del campo soviético y el campo imperialista, está cayendo en la doctrina de Kautsky o Hilferding acerca del equilibrio "superimperialista". Lenin condenó esta utopía en su obra *El Imperialismo, última etapa del capitalismo*, demostrando que la ley de desarrollo económico desigual de país a país hace imposible el equilibrio entre las grandes potencias y, por lo tanto, se produce la guerra. Por ejemplo, España dominó el siglo XVI; Francia y Holanda, el siglo XVII; Inglaterra, el siglo XIX; Alemania, los finales y principios del siglo XX; Estados Unidos, durante las dos últimas guerras mundiales de 1914-18 y 1939-45; en fin, la URSS y la China Comunista crean un desequilibrio ahora en la balanza del poder mundial. Sin socialismo planetario la guerra es irreparable, a pesar de la "coexistencia pacífica".

#### 8. — *Contenido de clase del Estado burgués*

El régimen político de la burguesía, triunfante sobre el feudalismo, fundió todos los "estados feudales" en un Estado Nacional: sin corporaciones gremiales de maestros y oficiales; sin cofradías por medio de las cuales la Iglesia actuaba como un partido político; sin privilegios feudales; creando un mercado único nacional; un solo régimen impo-

sitivo; una policía y un ejército al servicio de la dominación de clase de la burguesía; es decir, la burguesía impuso el régimen de propiedad capitalista para desposeer a la gran masa asalariada.

Los juristas, los filósofos y los políticos burgueses presentan el Estado capitalista como el representante del bien general cuando, en realidad, no es más que un comité permanente de la burguesía, que quiere justificar de derecho la desposesión de hecho, que impone a las masas asalariadas.

El Estado burgués nació de un acto de violencia revolucionaria contra el absolutismo feudal; si bien resolvió este antagonismo creó otro, dialécticamente, entre la burguesía y el proletariado. Los antagonismos de clase, entre proletarios y burgueses, crecen, se acumulan y exasperan, lo que obliga al Estado burgués a resolverlos: se hace así éste más caro y más malo cada día; pierde su apariencia de representante del bien general, al hacer crudas represiones en las huelgas, motines o insurrecciones de los trabajadores; los enormes gastos militares, policiales y burocráticos determinan un déficit astronómico en los presupuestos gubernamentales; las monedas nacionales se desprecian hasta límites de degradación tal que el dinero vale más como papel que como moneda; nada marcha bien, en tales condiciones; hasta los burgueses no pueden soportar el pago de un Estado caro y corrompido; el militarismo dentro de ese clima de podredumbre política, hace uso y abuso del poder; en ese momento histórico está madura la revolución proletaria, dado que el Estado burgués —que es la organización de la sociedad capitalista, según los intereses de la burguesía— no puede marchar ya ni política ni económicamente; cuando más quiere afirmarse el Estado más se niega; pero la negación del Estado burgués sólo puede realizarla el proletariado, mediante un acto

de violencia revolucionaria, sin dejarse embrujar por el socialismo parlamentario o por el comunismo liberaloide, predicador incansable de la "coexistencia pacífica".

Las leyes dialécticas del materialismo histórico demuestran científicamente que, en la Naturaleza y en la Historia, todos los cambios cualitativos se realizan por medio de cataclismos, revoluciones o violencia. Todo contradicción en su desenlace es revolucionaria; jamás conservadora o coexistente: entre lo que nace o lo que perece, no puede haber coexistencia.

### 9. — *La ley de la negación de la negación*

En toda contradicción hay dos polos opuestos e interdependientes: proletariado y burguesía; ellos están en permanente conflicto como términos de oposición. Ambos polos se desarrollan, en su movimiento histórico, desigualmente, debido a su conflicto de negación recíproca. El movimiento objetivo del contenido de esa lucha o antagonismo tiende a ser cada vez más violento como necesidad del *devenir*, es decir, de lo que tendrá que suceder inexorablemente; puesto que nada permanece, en la Naturaleza y en la Historia, igual a sí mismo. *Todo nace, crece y muere*: toda cosa es ella misma y otra cosa diferente. El capitalismo ha sido capital mercantil en los siglos XV, XVI y XVII; capital industrial, en los siglos XVIII y XIX; capital financiero y capital imperialista, en el siglo XX.

Los cambios adicionales (cuantitativos), sin cambio revolucionario total, constituyen el trabajo (cualitativo), casi invisible, del devenir. La evolución no es más que un movimiento de crecimiento o de decrecimiento que, al alcanzar ciertos puntos críticos (nodales) o insuperables, se transforma en

revolución violenta, para superar la contradicción como "negación de negación". Por ejemplo, el Estado burgués nace de la negación del Estado feudal; como no resuelve la lucha de clases, en su afirmación está ya su negación.

Sólo el proletariado podrá realizar, de un solo golpe histórico, la doble negación de las clases. Si el proletariado toma el poder a la burguesía y socializa la propiedad privada crea, con ese acto, la propiedad socialista, es decir, que el proletario (no propietario) deja de serlo, cuando desaparecen todos los propietarios. Pues él es no propietario respecto de otros que son propietarios: luego al destruir la propiedad capitalista el proletario se niega asimismo, como tal proletario, mediante la dialéctica de la doble negación. Consecuente, sólo el proletariado puede emancipar a todas las clases y superarse él mismo como clase: tal es su magna obra histórica y y revolucionaria.

El burgués se emancipó de la aristocracia feudal, pero estableció su dominación y su explotación sobre las masas asalariadas: fue incapaz de liberar a toda la humanidad. Sólo el obrero asalariado puede cumplir esa gran tarea redentora del hombre: pues a ningún obrero de la General Motors Company se le ocurriría, al llegar la revolución social, llevarse un torno, una fresa o una cadena de producción, ya que con ello disminuiría la productividad a los grados de la industria artesanal. La producción capitalista, altamente concentrada, es va social por su forma de producción; pero es capitalista por su forma de distribución; sólo falta, pues, sustituir a los capitalistas por organizaciones obreras de productores libres, para que el capitalismo de los "trusts" dé como fruto maduro, el "socialismo".

## 10. — *Contradicciones de clase*

Desposeído de sus medios de producción, el obrero que es productor, se ve obligado a vender su fuerza de trabajo al capitalista, que es propietario de ellos, pero no productor. Así el proletario trabaja en beneficio de la propiedad privada; no se pertenece a si mismo; es *alienado* como mercancía durante unas horas, en que sus músculos y cerebro pertenecen al capitalista; es un instrumento de la propiedad privada: no será, por consiguiente, libre, sino la destruye, mediante la revolución social, que es un acto de rebelión del obrero para su *desalienación*, para recuperar su personalidad, su libertad.

Dentro del fetichismo de la democracia parlamentaria, el burgués (sus filósofos e ideólogos) repiten a coro, que el proletario es libre... y vive en un mundo libre: ¿cómo puede ser libre una persona que no posee nada en que apoyarse?... No hay libertad política, sin libertad económica. La libertad del presidente de la U. S. Steel no es la de sus obreros, sobre todo, cuando la desocupación condena al obrero a ser libre para morir de hambre, justamente porque el burgués tiene la propiedad como derecho de usar y de abusar del obrero.

Dentro del capitalismo concentracionario ni siquiera el burgués es libre, aunque él se lo crea; pues cuando llevan las crisis económicas es *alienado* por la propiedad y la mercancía: únicas causantes de la crisis estructural capitalista que dejaría de producirse en una economía socialista. Bajo el *fetichismo de la mercancía* y el culto de la propiedad privada, el burgués se siente conservador, pero las fuerzas productivas creadas por el capitalismo, son revolucionarias; obligarán al proletariado, con la ayuda de la mayoría de la sociedad, a ser el destructor de la propiedad capitalista: que se niega tan-



to cuanto más quiere afirmarse, en el capitalismo concentracionario de los carteles, los trusts y los pools.

En su *devenir*, por exceso de fuerzas productivas, la propiedad capitalista tiende a su disolución, como algo independiente de la voluntad y del estado de conciencia de los capitalistas. La propiedad monopolista o grande, produce la desposesión de la mayoría de la sociedad y, consecuentemente, lleva implícitamente, la dialéctica de su negación.

De nada servirán los monopolios, para evitar las crisis económicas, pues la competencia sólo toma un mero disfraz, elevándose a planos superiores: en el siglo XIX la competencia era entre muchos capitalistas de un mismo país; ahora es la competencia entre pocos capitalistas de un mismo país y, además, la competencia internacional entre las naciones. Ello crea un riesgo permanente de guerra, ya que lo que es bueno para una nación es malo para otra y viceversa: dentro del capitalismo imperialista o del capitalismo de Estado.

#### 11. — *Dirección de clase*

Una clase dirige la rebelión de las clases oprimidas contra la clase que debe ser derrocada del poder, cuando representa —como clase dirigente— el interés general de la sociedad, como lo representa en nuestro tiempo el proletariado. Para que sea posible *un frente de liberación de las clases*, oprimidas y explotadas por la oligarquía terrateniente y el capital financiero, la clase dirigente revolucionaria (el proletariado) debe satisfacer, también al estado de conciencia y a la voluntad de los campesinos y las clases medias (económicamente débiles). La insurrección popular se producirá, inexorablemente, cuando todos los vicios, culpabilidades y corruptelas

de la burguesía sean insoportables para el pueblo trabajador.

La clase oprimida, más fuerte en número y más firme por su conciencia política, tiene que ser la que denuncie los vicios de la burguesía, los negocios sucios de los monopolios, la explotación colonial del imperialismo económico y la dictadura de los terratenientes y los capitalistas.

La insurrección popular es una técnica de movilización de masas, dentro de un frente de clases oprimidas, en los países semicoloniales. En ellos, una minoría aguerrida, que conozca perfectamente la estrategia y la técnica de la guerra revolucionaria, puede movilizar, en función del *general tiempo* y del *general espacio*, las grandes masas hacia el torrente de la revolución social, para que las masas hagan la historia activamente, en vez de recibirla pasivamente.

## 12. — Misión histórica del proletariado

Con su liberación revolucionaria, el proletariado tiene que emanciparse a sí mismo y emancipar a las demás clases oprimidas y explotadas por el capitalismo monopolista y el feudalismo residual.

El hombre será *desalienado* con la acción revolucionaria del proletariado y, por tanto, reintegrado, plenamente, a la sociedad de hombres libres, en que no existirá la explotación del hombre por el hombre. Con la caída de la burguesía será abolido el régimen de la propiedad privada y con ese acto, dialécticamente, serán suprimidas las viejas clases sociales, explotadoras y explotadas, opresoras y oprimidas.

Como el capitalismo es un régimen de signo universal, la liberación de los trabajadores es a la escala planetaria. La revolución, si bien comienza sien-

do nacional, es por naturaleza, *revolución permanente*, sobre todo, en los países semicoloniales, como los países de la América Latina, donde no pueden emanciparse uno de ellos, sin presuponer la liberación de todos, como lo demuestra la revolución socialista cubana.

El socialismo en un solo país constituye una utopía, un revisionismo marxista de la peor especie. Si para mantener las fronteras nacionales de un país (dicho socialista) se destina al rearme el 20-30 % de su renta bruta nacional, ello impide la mecanización de la agricultura; crea una alta tasa de población pasiva e improductiva; estimula la burocratización de la economía; eterniza la existencia de un Estado burocrático, tan contrario al ascenso al socialismo como al descenso hacia el capitalismo (como está sucediendo en la URSS, bajo el revisionismo marxista).

Sólo el socialismo, en todo el mundo, suprimirá los antagonismos de clases, las causas eficientes de las guerras, las crisis económicas, los conflictos sociales, los mitos de la alienación política y religiosa y el Estado como ente parasitario y opresor de la sociedad.

El Estado deberá transformarse en una administración de las cosas, como ya ha comenzado a suceder en las comunas populares chinas, donde se está comenzando a realizar la más grande experiencia de descentralización de poderes de la historia, para realizar una revolución económica y tecnológica que conduzca al comunismo. La Comuna Popular China es socialista, mientras el koljós soviético es una simple cooperativa.

### 13. — *La injusticia social*

Objetivamente, según el análisis económico mar-

xista, la injusticia social está determinada por las condiciones y las formas de la propiedad privada, la competencia mercantil, la división del trabajo, la concentración del capital y las estructuras de las clases sociales.

La burguesía no tiene el Poder por su sabiduría, sino porque es dueña de los medios de producción y de cambio en la sociedad capitalista. No se es ministro de economía por ser un buen economista, sino porque se representa a la banca, la industria, el comercio, la oligarquía o el imperialismo.

#### 14. — *Los hombres y la historia*

Mediante un acto de *violencia*, la burguesía derrocó del poder a la nobleza feudal, sin que diera nunca marcha atrás; pues las condiciones de dominación de la burguesía ya estaban maduras históricamente: "Los hombres no hacen la historia, sino que es la historia la que hace a los hombres" (Marx). Pero como *el capitalismo es una categoría histórica perecedera*, una vez que sea derrocado como sistema social por el socialismo, tal proceso será irreversible.

La Naturaleza y la Historia no trabajan estérilmente, pues sólo se plantean lo que pueden resolver, como enseña el materialismo dialéctico y el materialismo histórico.

#### 15. — *Alienación económica y forma-dinero*

Marx —con su profundo análisis económico y dialéctico de la sociedad capitalista— como economista y filósofo desentrañó la *alienación económica*, en el mundo fetichizado de la mercancía, donde halló las grandes contradicciones del régimen capitalista. Para Marx, el dinero no es solamente, una mera cate-

ría de cambio, sino el medio económico por el cual la burguesía derrocó el poder de la sociedad feudal, en que la riqueza era la tierra; en la sociedad capitalista, la riqueza se identifica con el dinero, que aliena todos los valores.

Mediante el dinero —que no es más que el mundo de la mercancía— los siervos compraron su libertad, los burgueses sus derechos y fueros de las ciudades; con él, la monarquía feudal se convirtió en monarquía absoluta contra el poder de los señores, ya que se nutría de impuestos pagados en dinero, no en productos, como venía sucediendo en la baja Edad Media. La monarquía absoluta, más que el poder de los reyes absolutistas, era un régimen de transición hacia el Estado burgués; se basaba ya, económicamente, en la economía en dinero (la deuda pública, el papel-moneda y el régimen impositivo), reflejos de dinero, que hicieron de la monarquía absoluta un puente hacia el régimen de la burguesía. Estas categorías económicas creaban, paralelamente, categorías en el pensamiento y en la política, que conducirían a la Revolución Inglesa de 1648 y luego a la Revolución Francesa de 1789-93.

La deuda pública y la emisión del papel-moneda derrocaron más monarquías que los ejércitos revolucionarios de la burguesía.

Con la economía en dinero, el Estado Nacional aplastó a los microestados feudales. Como dijo Marx, "hasta los príncipes de la Santa Alianza fueron lasquettes al servicio de la burguesía de Inglaterra", que se oponía a una Francia poderosa, contraria a los intereses de la burguesía británica. Inglaterra, país burgués, se oponía a la Francia burguesa por la rivalidad de poder, en tanto que nación capitalista, lo cual evidencia que la identidad en política no puede superar las contradicciones econó-

nicas. cuando se trata de intereses opuestos entre naciones.

Si el capitalismo no pudo mantener la paz a la escala nacional, tampoco lo podría hacer el "socialismo soviético" con sus limitaciones nacionalistas entre la URSS y China, donde hay fricciones agudas con motivo de Mongolia, Manchuria y otros "rozamientos ideológicos", que envuelven contradicciones nacionales, únicamente superables con la fusión socialista de China y la URSS. El socialismo en un solo país no puede evitar la guerra, como el capitalismo en un solo país tampoco la pudo evitar, a lo largo de su historia.

#### 16. — *Interpretación Materialista de la Estrategia*

La lucha de la burguesía contra los privilegios de la nobleza y del clero y contra el abuso de poder de la monarquía absoluta, constituyeron las motivaciones insurreccionales de la burguesía; pero como el estado burgués es un régimen de clases explotadoras, parasitarias, tiene que perecer, a su vez, ya que la acumulación y la concentración del capital crean una creciente pauperización de las masas proletarias: "el capitalismo lleva tras de sí a sus enterradores".

La concentración de los obreros, dentro de grandes usinas y fábricas crea, por propia dinámica del capitalismo, el ejército proletario que lo derrocará como régimen de clases antagónicas, para sustituirlo por el socialismo, en que no habrá clases, ni régimen económico contradictorio, basado en la propiedad privada.

Por imposibilidad estratégica, los campesinos del Medioevo y de la Reforma no pudieron derrocar el poder de los Señores, debido a que la economía feudal no produciría concentración de masas, sino su dis-

persión. De esta manera, los Señores pudieron batir, unos detrás de otros, en sus respectivas comarcas y aldeas, a los campesinos insurreccionados.

El capitalismo ha creado grandes ejércitos obreros en empresas gigantescas: la General Motors Company cuenta con cerca de 500.000 trabajadores. El día que estos obreros tengan una estrategia de guerra revolucionaria urbana podrán, ventajosamente, derrotar a los ejércitos de la burguesía. La batalla de Orán (1961), bajo la guerrilla constituyó una anticipación estratégica de lo que será la guerra proletaria, en las grandes polis del capitalismo. La unidad del pueblo y de su ejército popular —empleando las tácticas fluidas de la guerra sin frentes— echará por tierra, en poco tiempo, el poder de la burguesía.

Los ejércitos campesinos dispersos no crearon unidades militares compactas y numerosas para vencer a los señores feudales, porque la aldea con su desconcentración se opone a la guerra de masas. El proletariado urbano aliado con los campesinos, puede redimir a éstos y redimirse el mismo haciendo que triunfe la revolución emancipadora de los trabajadores, en la ciudad y en el campo. Ni los campesinos pueden triunfar sobre los terratenientes (combatiendo sin el apoyo de los obreros de la ciudad) ni el proletariado urbano podrá derrotar a la burguesía (sin el apoyo del campo insurreccionado). En consecuencia, la base estratégica de la guerra revolucionaria es la creación de la Alianza Obrera y Campesina sobre la base de la Reforma Agraria y el control de la producción industrial por los trabajadores, para acabar con el feudalismo y con el capitalismo monopolista, que se oponen al bienestar y la felicidad de los trabajadores, en la ciudad y en el campo.

La magnificación del movimiento campesino (co-

mo autosuficiente para hacer la revolución) es una utopía que pueden pagar muy cara los campesinos pobres y los jornaleros de países semicoloniales, tales como Brasil y otros países que, con abstracción del proletariado urbano, hacen proyectos de guerra revolucionaria, sin asegurarse, previamente, la alianza con los obreros de las ciudades; y, además, contar con el apoyo de las clases medias, económicamente débiles, tan interesadas como los campesinos y el proletariado urbano en una guerra revolucionaria, dirigida contra las oligarquías terratenientes, el gran capital monopolista nacional y el imperialismo económico.

La gran industria ha concentrado al proletariado urbano en cuarteles de la producción (fábricas modernas). Sólo hacen falta revolucionarios capaces, y la ciudad y el campo podrán, en estrecha alianza de los trabajadores, liquidar de un golpe el feudalismo residual, el capitalismo concentracionario y el imperialismo económico. Ello no es posible, estratégicamente, si los obreros y los campesinos no van unidos, hombro con hombro, unos haciendo la guerra de montaña y de campo; otros, la guerra urbana; una guerra sin frentes fijos, cambiantes, y con operaciones de tipo avispa, fulminantes; apareciendo y desapareciendo; para que el ejército popular crezca con las armas quitadas al enemigo: hasta que la guerrilla se agrande y se convierta en gran ejército; y el ejército reaccionario, batido en muchas y pequeñas batallas de duración corta, haya sido diezmado y desmoralizado, debido a que habrá tenido que acudir a muchas partes, sin poder llegar eficazmente a ninguna.

Estratégicamente, los campesinos deben producir de día y combatir de noche (guerra a las comunicaciones); parte de los obreros y de los campesinos crearán un ejército permanente en zonas de mon-



---

taña (ejército regular de liberación que combatirá en todas partes, mientras que la milicia rural combate solamente en su jurisdicción); el ejército de las grandes ciudades, clandestinamente, operará a la manera de los grupos argelinos de choque, apareciendo y desapareciendo; cubiertos por la población, que debe ser un ejército combatiendo. Si la población no cubre al ejército insurreccional, si no le da apoyo, si no lo oculta y protege, no se puede ganar la guerra urbana. Napoleón fue derrotado en España con el apoyo de la población insurreccionada. Beresford, igualmente, fue vencido en Buenos Aires, con las mismas tácticas guerrilleras de la población del Madrid insurreccionado contra los franceses. Consecuentemente, lo que debe hacer el Estado Mayor de la guerra revolucionaria es realizar actos que conduzcan a ganar la población oprimida, defraudada y abandonada por los viejos partidos políticos.

### 17. — *La Revolución Social*

Cuando los antagonismos de clases llegan al máximo, las revoluciones sociales son inevitables: pues se plantean como una necesidad histórica la liberación de las clases oprimidas y la expansión de las fuerzas productivas.

Toda revolución subvierte el viejo orden, la infraestructura y la superestructura de la sociedad decrepita. Si la revolución es, solamente política, únicamente cambia la forma de Estado: Monarquía por República o viceversa, pero sin revolución económica ni social.

La revolución anticolonialista de América fue una revolución política, ya que dejó intacto el poder de los terratenientes, de la aristocracia criolla, limitándose a un cambio de forma de Estado, sin cambio

en la estructura de la propiedad territorial, ni en las clases sociales.

La revolución burguesa, estratégicamente, fue el triunfo de la ciudad sobre el campo, de la industria sobre el latifundio feudal, de las armas de fuego (fabricadas por la industria urbana) que aniquilaron el poder militar de los señores basado, tácticamente, en la caballería, la lanza, la espada, la cota de malla y el castillo. La pólvora, producto de la industria burguesa, derriba las almenas y los muros de los castillos.

La mercancía —que formó las agrupaciones urbanas— desarrolló la economía en dinero que destruía más al feudalismo que los “descamisados” de la Revolución Francesa. Igualmente en nuestros días, las concentraciones urbanas, en que es mayoría la población proletaria, crearán los ejércitos proletarios de choque que derrotarán, ampliamente, a los ejércitos reaccionarios, que sostienen débilmente el poder podrido de las burguesías nacionales y del imperialismo. En nuestro tiempo, la historia se plantea lo que puede resolver: la destrucción del capitalismo y la instauración del socialismo (sin coexistencia pacífica, sin democracia burguesa parlamentaria). A este respecto, Marx ha dicho concretamente: “Sin la revolución, el socialismo no puede realizarse de otro modo: tiene necesidad de ese acto político, tanto como tiene necesidad de la destrucción y de la disolución de la sociedad burguesa”... “Las ideas por lo demás —añade— no pueden realizar nada. Para la realización de las ideas, hace falta que los hombres pongan en acción una potencia práctica”. Sólo la concordancia, la unidad y la combinación del cerebro y de la mano, dan el triunfo de la revolución a la clase llamada al Poder (el proletariado), repre-

sentante del interés general de la sociedad, en este período de la historia de la humanidad.

## 18 — *Dialéctica de las Contradicciones*

La lógica y la experiencia revolucionaria enseña que toda alianza de clases, para triunfar sobre un enemigo común, se torna, a su vez, contradictoria, cuando se resuelve la contradicción principal que justificaba la unidad revolucionaria de clases. Por ejemplo, el proletariado, los pequeños propietarios rurales y las clases medias industriales y mercantiles, pueden crear un frente de liberación contra el imperialismo y las oligarquías terratenientes; luego de su victoria, reaparecen las contradicciones subordinadas o no principales, entre estas clases aliadas.

La Revolución China demuestra que las contradicciones subordinadas o de inter-clases pueden ser absorbidas, sin llegar hasta el antagonismo (guerra civil), cuando el signo dominante de la revolución es de carácter socialista. China pasó de la pequeña propiedad rural para todos, desde 1927 a 1949; a la propiedad cooperativa rural, desde 1950 hasta 1958; luego a la propiedad comunal o comunista, en 1958. La Revolución China, dialécticamente, se ha ido planteando lo que podía resolver; progresivamente ha eliminado, sin violencias, las contradicciones remanentes de clase, entre el proletariado, los campesinos y las clases medias. Conviene recordar que si por un defecto de planificación o de exceso de burocratización o de falta de crecimiento económico no se marcha, cuantitativamente, hacia la economía socialista, se retrocedería cualitativamente hacia la sociedad capitalista, en razón de la ley de la cantidad que transforma la calidad, ya sea hacia niveles superiores o hacia puntos críticos inferiores.

En los países subdesarrollados —que hay más clases en presencia que en un país capitalista avanzado— conviene recordar la experiencia de China, para no tener que ir hacia la NEP como sucedió en Rusia, donde un paso atrás al capitalismo, para quedar luego en un capitalismo de Estado, impuesto por la burocratización del Partido, del Estado y de la dirección de la economía nacional. Lenin, a pesar de su exaltación por la burocracia soviética, cometió muchos errores en la dirección de la economía que condujeron, inevitablemente, a la NEP, a partir de cuya política el comunismo se hizo capitalismo de Estado (socialismo nacional). Este reformismo, subsiguientemente, se ha opuesto a la revolución permanente (al socialismo en todo el mundo) a cambio del socialismo en un solo país. Ello, finalmente, justificó las alianzas con la burguesía, mediante los *Frentes populares*; últimamente con la "coexistencia pacífica", los soviéticos hacen de apagafuegos en las insurrecciones anticolonialistas de Corea, Viet-Nam del Norte, Viet-nam del Sur, Laos, Venezuela, Congo, Cuba y otros conflictos anticolonialistas, en que los soviéticos entraron en la política del Departamento de Estado, bajo la amenaza de no ir hasta el "borde de la guerra".

## 19 — *El Principio Universal de la Contradicción*

La lógica formal estimaba, como supremo criterio de verdad, la falta de contradicción en todos los procesos y en las cosas, así como en la sociedad y en la historia. Para la lógica formal, sí es sí y no es no, como meras tautologías; para la lógica dialéctica, sí es no y no es sí.

Por ejemplo, una curva es el momento de una recta, es decir, su contrario; menos por menos da

más en las operaciones algebraicas; el aumento del proletariado, como consecuencia de la acumulación y de la centralización del capital, lo llevará, inexorablemente, a su negación, como tal proletariado, cuando convierta en propiedad social la propiedad capitalista, ya que nadie entonces estará, desposeído. Así se realizará el depasamiento de tal contradicción, o sea, que el proletariado que era la clase dirigida bajo el capitalismo, se transformará en la clase dirigente, en el socialismo.

La guerra constituye un antagonismo en presencia cuyos dos polos contradictorios tienden a un desarrollo desigual en el curso de una campaña, durante la cual una fuerza se va haciendo más débil a medida que la otra se convierte en la más fuerte. El secreto de la estrategia, como arte sublime, estriba en desgastar e ir absorbiendo al contrario, hasta convertirse en el bando más fuerte, para resolver la contradicción, es decir, para que la guerra se transforme en su contrario: la paz. Si la guerra no resolvió las contradicciones que la determinaron volverá a estallar nuevamente, a menos que no se trate de una guerra revolucionaria que tenga como fin supremo la instauración de una sociedad socialista que supere las contradicciones de clase, las soberanías nacionales burguesas, la propiedad privada y las contradicciones estructurales, que se oponen a la desalienación del hombre.

En la guerra revolucionaria, su conducción dialéctica constituye el mejor medio de llegar a la victoria. Por ejemplo: cuando se tienen unas docenas de hombres y el enemigo tiene millares de combatientes, se hace una guerra sin frentes, apareciendo y desapareciendo instantáneamente, después de haber cercado y aniquilado al adversario, para abastecerse en armas y municiones a expensas de él.

Para que los combates sean victoriosos, fulminantes, se ataca 10 a favor contra 1 adversario.

Para que el enemigo no utilice sus armas pesadas ni pueda emplear sus masas de tropas, se hace la guerra (sin barricadas ni frente), en grandes ciudades; y, sobre todo, la guerra revolucionaria en zonas de alta montaña, muy cubierta de bosques, donde, tácticamente, el adversario no podrá emplear en una sola columna de ataque, más de 100 soldados, debido a que el bosque y los senderos tortuosos no facilitan el paso de grandes unidades: uno es fuerte sólo donde el enemigo es débil. En consecuencia, un criterio dialéctico de la guerra revolucionaria impone, entre otros, los siguientes principios: 1) atacar cuando el enemigo retroceda; 2) replegarse cuando el adversario ataque, para cansarlo y desgastarlo y luego contraatacarlo; 3) hostigar a un enemigo acantonado e inactivo para obligarlo a desgastarse; 4) perseguir implacablemente a un enemigo que huye, sin dejarlo reorganizarse; 5) concentrar masas propias, cuando el enemigo se dispersa; 6) cercar al adversario en un pequeño punto, cortándolo a manera de bocado de tenaza, cuando él haya tendido un gran cerco sobre una zona montañosa de guerrilla; 7) dispersarse cuando el enemigo se concentra, para que no sepa nunca dónde están las fuerzas revolucionarias; 8) rehuir las grandes batallas de mucha duración y dar muchas y pequeñas batallas de corta decisión (ya que muchas y pequeñas victorias hace una gran victoria, para ganar así la última batalla, de la cual depende la solución de la contradicción bélica en presencia); 8) en fin, hacer siempre lo contrario que haga el enemigo, mientras se sea el bando más débil, esperando el trastrocamiento en la correlación de fuerzas: (CLAUSEWITZ).

La guerrilla pequeña y dispersada, si sabe apli-

car estos principios se convertirá en su contrario: ejército regular, gran potencia armada; mientras que el ejército contrario, en el curso de una campaña se habrá dispersado; ello prueba que, hasta en el arte de la guerra, no es sí y sí es no, en virtud de los principios de la lógica dialéctica.

## 20 — *Contradicciones que Reaparecen*

Toda alianza contra un enemigo común, cuando se basa en un frente de clases no muy contradictorias, que se unen para derrotar a las clases opresoras, puede, luego de la victoria, hacer que surjan las viejas diferencias o contradicciones de interclase: obreros contra campesinos y viceversa; campesinos u obreros contra clase medias mercantiles o industriales; pero si la economía planificada avanza hacia los puntos nodales o salto cualitativo socialista, se irán absorbiendo las contradicciones de interclases.

El retroceso económico al capitalismo, por el contrario, haría que las pequeñas contradicciones interclases se convirtieran en antagonistas violentos y en inevitable guerra civil —como sucedió en Hungría— donde el partido comunista, debido a su burocratización, se separó del pueblo trabajador: así el antagonismo se convirtió en insurrección popular contra el gobierno.

Todo frente de liberación de clases contra la oligarquía, la gran burguesía y el imperialismo, luego de su triunfo, puede convertirse en antagonismo, si no se desarrolla más la economía socialista que las formaciones económicas pro-capitalistas, representadas por la propiedad rural (pequeña o mediana) y por la pequeña industria y el pequeño comercio. Si el socialismo no avanza, los amigos de ayer se convierten hoy en enemigos; pero si éste

progresan se van diluyendo las viejas clases medias campesinas y pequeño-burguesas como ha sucedido en China, bajo la dirección de un partido marxista, con un programa claro y unos líderes capaces de conducir a un continente al socialismo (a partir del feudalismo, sin pasar obligadamente por el capitalismo, como quieren los teóricos pseudo-marxistas occidentales de la desacreditada revolución democrática-burguesa, a base de los frentes populares o de la coexistencia pacífica).

La alianza de las clases oprimidas —para resolver la contradicción principal en presencia contra la oligarquía terrateniente y el imperialismo— puede permanecer unida estrechamente, en el curso de una guerra revolucionaria; pero a la hora de la victoria, si la conducción del frente de clases fuera débil, o poco cementada por el proletariado, tal alianza transitoria se tornaría contradictoria, volviendo a reaparecer los viejos antagonismos de interclases.

China ha demostrado dialécticamente cómo se resuelven, en razón del avance hacia la economía socialista, los conflictos y contradicciones de interclases, propios de la infraestructura social de los países subdesarrollados. Las Comunas populares han resuelto contradicciones fundamentales entre los campesinos, obreros y clases medias industriales y profesionales, creando una economía unitaria, desmercantilizada, basada en una nueva división del trabajo, que permite superar las barreras de la economía familiar y el fetichismo de la mercancía, cosa que no ha sucedido todavía en la URSS, bajo la economía mercantil y la burocratización del aparato del partido comunista y del Estado soviético, que no facilitan el paso al socialismo.

Para evitar que —como en Hungría— la cantidad decreciente económica (de bajo nivel de vida popular) lleve al capitalismo, provocando antago-



nismos en que toman las armas unos grupos contra otros, para resolver violentamente sus antagonismos. China es ejemplo vivo de avance económico creciente hacia el socialismo (salto cualitativo), para reabsorber las viejas contradicciones populares de interclases, sin llegar a la violencia, pasando progresivamente de la propiedad rural para todos (1949) a la propiedad cooperativa (1954) y a la propiedad comunal (1958). La revolución China se ha ido planteando, histórica y económicamente, lo que podía resolver dialécticamente: no fue del comunismo a la NEP, sino de la NEP al comunismo; pues Mao no es Stalin ni Jruschov.

## 21. — *La Rebelión Proletaria*

La gran industria concentra a miles de obreros en un solo centro fabril, usina o ciudad. Estas personas, sometidas a la alienación económica del salario, se desconocen entre sí; pero actúan solidariamente, en defensa de sus intereses económicos: (sindicatos); o de sus intereses políticos: (partidos proletarios).

La competencia económica opone a unos obreros contra otros, como si se tratara de mercancías; pero la defensa común del salario unifica a los trabajadores en sus sindicatos. La competencia, entre los trabajadores, condujo a su contrario: la formación de sindicatos para firmar contratos colectivos de trabajo, para apoyarse solidariamente los trabajadores en caso de huelga, a partir de una acción de clase, de una resistencia de clase. Así nació el tradeunionismo que, debido a sus limitaciones gremiales, no podía, a la larga, emancipar a los trabajadores, sin que éstos se agruparan en partidos políticos, para tener un programa claro, una acción revolucionaria coherente y una táctica y una estra-

**tegia, a fin de tomar el Poder y suplantar al capitalismo, para desalienar a los trabajadores, aboliendo la explotación capitalista.**

Aunque los obreros quisieran ser conservadores o dóciles a la explotación y la opresión capitalista, no podrían hacerlo ya que están obligados a luchar para superar su alienación, por medio de la revolución social. La acción revolucionaria del proletariado está por encima de su estado de conciencia y de su voluntad: es una determinación dialéctica en que la conciencia no tiene más remedio que rebelarse contra una existencia desgraciada, desdichada, desgarrada, alienada.

Hay, pues, que enseñar a las clases oprimidas el desprecio de la pasividad, de la coexistencia (como filosofía negativista propia de la mansedumbre de los animales domésticos). Al pueblo hay que conducirlo a la lucha revolucionaria, educándolo en un sentimiento heroico de la vida, para infundirle virtudes revolucionarias. Al obrero debemos enseñar una filosofía revolucionaria, sencilla y práctica, para que tenga conciencia de su inferior condición, de su desgarramiento moral y de su triste situación material; para que aflore así la lucha sorda, entre su conciencia y su vida, como acción revolucionaria de masas.

El obrero debe darse cuenta que el salario, la propiedad capitalista, el dinero y otras categorías del capitalismo, son las causas determinantes de su infelicidad como individuo y como clase social; sólo la revolución podrá superar esas categorías capitalistas haciendo que el capital cumpla una función social. Mientras el capitalismo dure (atacándolo sólo con las huelgas económicas), el obrero nunca será libre, no podrá ser desalienado, eternizará su triste suplicio como un nuevo Tántalo. El proletariado no tiene nada que perder y todo que ganar

con la revolución social derrocando violentamente el poder de la burguesía, sustituyendo el capitalismo por el socialismo.

## 22. — *El Socialismo Pequeño-Burgués*

La pequeña burguesía artesanal y profesional y el campesino independiente existieron en la Edad Media, antes de que se formara como clase dominante la burguesía mercantil, industrial y financiera. En los países de poco desarrollo económico, la pequeña burguesía artesanal y profesional y el campesino mediano se han quedado petrificados, como sucede en España, Portugal, países norteafricanos, Medio Oriente y países asiáticos. Tales clases, remanentes de la Edad Media, flotan entre el proletariado y la burguesía: temen, de un lado, a los grandes monopolios industriales y comerciales que destruyen (mediante la ley de la competencia y de la concentración del capital) a los productores independientes. Ello sucede en Francia y otros países europeos, donde hay todavía una clase media del siglo XIX que ignora la economía concentracionaria del siglo XX, lo cual produce una enorme *entropía económica*: (descapitalización progresiva). En Francia, los campesinos acomodados y medianos y la clase media industrial y mercantil, tratan de detener las fuerzas históricas: el desarrollo de las fuerzas productivas.

La clase media argentina, en cierto modo, trata, como la clase media francesa, de suprimir el capitalismo concentracionario, pretendiendo que las ruedas de la historia vayan hacia atrás, a fin de que toda la población alcance el estado económico de la clase media, planteando a la historia un problema que ésta no puede resolver haciendo a todos pequeños capitalistas, como quisieran los socialistas de

terciopelo. La tendencia del régimen capitalista apunta hacia la concentración y la centralización del capital para elevar la productividad, no hacia la desconcentración como quisieran los socialistas burgueses.

El socialista burgués despótica contra las crisis económicas capitalistas, pero no las resuelve llevando a los obreros parados hacia la revolución socialista, mediante la toma revolucionaria del Poder. El socialismo de terciopelo critica la división y la automatización del trabajo, sin suprimir el capitalismo; truena, con un verbalismo revolucionario, contra la gran propiedad territorial y contra los grandes monopolios industriales; pero cae en un conformismo burgués, entre la libertad y el miedo, mediante el uso y abuso del mito parlamentario. Estos socialistas, burgueses por su pensamiento y acción (praxis), quieren volver a las antiguas relaciones sociales de producción de la época de la manufactura. Las fuerzas históricas se vengan contra ellos desalojándolos del Poder como sucedió en España en 1936, en Alemania en 1933, en Francia en 1934-37 (León Blum) y en otros países que sería prolijo enumerar. El parlamentarismo social-demócrata, con sus diversas denominaciones de socialismo nacional o socialismo burgués, coincide, en lo fundamental, con el liberalismo y con la tesis del imperialismo, como ha quedado evidenciado en Bélgica, Francia, Inglaterra, Holanda, Italia y países escandinavos.

Los socialistas burgueses o el socialismo humanista —tipo Nehru— tienen una capacidad de adaptación al medio burgués propio de los animales domésticos. Todos los teóricos del socialismo parlamentario son liberales: pretenden (con la creación de una vasta clase media) el retorno al pasado corporativo de la Edad Media; quieren un socialismo mesocrático, planteando a la historia contemporánea

un problema que ésta ya ha resuelto, mediante la ley de la concentración del capital. Al pretender que los ríos corran hacia atrás, los socialistas burgueses ignoran las verdades elementales del materialismo histórico; no saben que los procesos económicos son irreversibles, en su movimiento dialéctico.

Los anacronismos de la manufactura, de las corporaciones gremiales y de la pequeña propiedad independiente están, dialécticamente, rebasados por las leyes del desarrollo de la economía capitalista, que hacen imposible el retorno a la pequeña industria y a la economía patriarcal, que todavía prevalece en la agricultura.

La propiedad mediana y chica son ejemplo de un régimen de libre empresa, dentro de un capitalismo de signo concentracionario, que no facilitó, en la economía rural, un ritmo de trabajo de alta tasa de productividad, debido a la falta de mecanización de las tareas agrícolas, por carencia de maquinarias y de concentración del capital social. Ello se ha logrado en las comunas chinas, donde ha sido multiplicada la productividad y el volumen de producción mediante una nueva división social del trabajo, en la agricultura.

El desprecio de las masas, (propio de un filósofo de esencias burguesas como Ortega y Gasset); el amor liberal hacia la clase media (la más mediocre de todas las clases); el culto de la violencia contra las masas (del cual hace gala un filósofo fascista como Spengler); las armonías sociales o de conciliación de clases (revisiónismo soviético y socialismo burgués); todas estas ideologías ignoran que la lucha de clases constituye el contenido de la historia de la humanidad, mientras la base de la economía reside en la propiedad privada y los obreros sean desposeídos de sus medios de producción.

Sólo hay un socialismo: el socialismo revolucio-

nario basado en la lucha de clases, en la toma insurreccional del Poder, en el internacionalismo proletario y en la socialización de los medios de producción y de cambio.

### 23. — *El Papel de la Violencia en la Historia*

Mientras la historia de la sociedad humana sea la historia de la lucha de clases —como decía Marx— la violencia derrocará clases y regímenes, sin posibilidad dialéctica de “coexistencia pacífica” entre las clases, las naciones y las distintas civilizaciones: “La violencia —como dijeron Marx y Engels— es la partera de la historia”, a pesar del fetichismo pacifista de la burocracia soviética.

Todas las civilizaciones, los regímenes y las clases perecen, finalmente, en una batalla o en una revolución social. Al alcanzar un determinado momento histórico, lo nuevo y lo viejo no pueden “coexistir”. La independencia de los pueblos latinoamericanos se afirmó en las batallas de Maipú y Ayacucho; la Francia burguesa nació de las victorias de Valmy (1792) y Jemmapes. Los Estados Unidos se formaron, históricamente, en la batalla de Saratoga (1777), y posteriormente en la guerra civil, con las victorias de Gettysburg y Vicksburg. La URSS surgió de la insurrección proletaria de octubre de 1917; China se sacudió el feudalismo, el imperialismo y el capitalismo, en una prolongada guerra civil (1927-49).

La violencia, mientras la sociedad esté dividida en clases antagónicas, constituye el devenir de la historia, aunque la tecnocracia soviética —que se siente conservadora— quiera un mundo de paz, que no puede imperar mientras exista la desigualdad económica entre las clases y las naciones. La guerra será —mientras haya estas contradicciones— no só-

lo inevitable sino necesaria, para destruir una cantidad de riquezas y de masas humanas; para mantener el capitalismo en función del principio de la escasez de bienes; único medio de seguir con una economía de precios o en dinero, sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción, de la desposesión de los obreros.

Sólo la revolución socialista, a la escala mundial, mediante la guerra revolucionaria, hará triunfar finalmente la paz perpetua: lo humano surgirá así de lo inhumano, como devenir necesario en la dialéctica de la historia. Los libertadores del proletariado y del campesinado, tendrán que perjudicar a los menos para poder salvar a los más. Tendrán que ejercer la violencia, no por deleite —como los tiranos—, porque para suprimir las clases tendrán que pasar por la guerra de clases; los socialistas no son responsables de heredar una humanidad dividida entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos, pero tienen que resolver esas contradicciones por la violencia revolucionaria.

Para hacer la historia humana del futuro, en que el hombre será desalienado, habrá que pasar necesariamente por un período de violencia. La guerra social será la última guerra: una guerra santa y necesaria para liberar al hombre de sus opresores y explotadores, de sus alienaciones y contradicciones, que derivan de las clases, de la propiedad privada y de los mitos capitalistas de la Nación y del Individuo.

Para suprimir la lucha de clases, hay que entrar, necesariamente, en la guerra de clases: lo humano triunfará a partir de lo inhumano cerrando, finalmente, el período de la barbarie humana. La revolución social es un acto histórico necesario, pues las clases dominantes no cederán sus privilegios sin combatir, sin utilizar la fuerza represiva del Estado

contra las masas oprimidas, explotadas y desheredadas. Consecuentemente, hay que enseñar al pueblo trabajador el culto de la violencia y el desprecio de sí mismo, hasta alcanzar la liberación de los trabajadores: sólo así se crean las virtudes revolucionarias que conducen a la toma del Poder. La colaboración de clases, o coexistencia pacífica, es resignación en la esclavitud, inmovilismo en política, todo lo contrario a la dialéctica marxista.

Debemos crear una teoría revolucionaria que encarne en las necesidades de liberación del pueblo trabajador, con una política de masas y una táctica y una estrategia que se sepan batir, ventajosamente, contra las fuerzas represivas del Estado burgués. La guerra revolucionaria constituye esa táctica y estrategia; su política reside en un frente de liberación de las clases oprimidas contra las oligarquías terratenientes, las grandes burguesías indígenas y el imperialismo económico.

Hay que liberar a los trabajadores asalariados y a los campesinos pobres de su miseria material y de un desgarramiento moral (alienación), de la angustia entre su conciencia desdichada y su vida física esclavizada (producto de la separación del ser y el pensamiento del obrero). El proletario se da cuenta, si bien no intelectualmente, que el salario, el dinero, la propiedad privada y el capital no son meras utopías, sino ataduras contra su ser alienado y su conciencia desdichada, justamente porque el capital no es una potencia social, sino un dominio privado sobre el trabajo asalariado.

Las cadenas, que atan al proletario como esclavo del capital, tienen que ser rotas por la violencia revolucionaria. El proletariado no tiene nada que perder y todo que ganar en la revolución socialista: si algo perdiera serían solamente sus cadenas. Para el proletariado y las clases oprimidas por el capital,



la revolución es un paso necesario para derribar por la violencia a las clases dominantes. Sólo por la acción revolucionaria —no por la política parlamentaria o reformista— podrá el proletariado superar su alienación.

El liberalismo es una falsa libertad con sus crisis económicas, sus represiones obreras y sus inevitables guerras: sólo el socialismo puede realizar la desalienación del hombre alienado, es decir, del hombre asalariado.

La gran misión histórica de la lucha por la desalienación del hombre corresponde al proletariado industrial, y, en menor grado, a los campesinos pobres. Marx y Engels —decían en el *Manifiesto comunista*, concretando la lucha de los trabajadores asalariados—, “De todas las clases, que se oponen a la burguesía, sólo el proletariado es una clase realmente revolucionaria. Las otras clases ceden ante la gran industria; pero el proletariado es un producto más auténtico”, es la clase revolucionaria creada por la concentración y la centralización del capital.

La emancipación de los trabajadores asalariados —al sacudirse revolucionariamente la dictadura del capital privado— supone, necesariamente, que todo individuo de la sociedad se convierta en trabajador, en productor, sin posibilidad de vivir ya del trabajo ajeno (plusvalía). Con la liberación del proletariado en una sociedad socialista, el trabajo productivo deja de ser una alienación económica o el atributo de una clase, para convertirse en actividad productiva de toda la sociedad, sin privilegios para nadie: el que no trabaja no come.

## 24 — *La democracia burguesa*

La libertad y la democracia no residen en el es-

píritu de las razas, de las civilizaciones o de los hombres, sino que se han desenvuelto como frutos maduros y paralelos del desenvolvimiento de las condiciones materiales de existencia, es decir, de la productividad del trabajo. No es por azar que la democracia parlamentaria haya sido instaurada en Europa occidental, antes que en ninguna otra zona del mundo. En esa región, el capitalismo industrial y colonial elevó los niveles de vida como para justificar el mito de la democracia parlamentaria, sobre todo, en países imperialistas como Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda. En estos países, la aparente colaboración de clases por medio del parlamentarismo, mistificaba la explotación de las masas coloniales. España, Italia y Alemania, desprovistas de imperio colonial, en el siglo XX, siempre tuvieron regímenes absolutistas o tiranías, si bien Alemania tenía igual o mayor industrialización y nivel de productividad que Inglaterra, pero no el mismo nivel de vida.

La Europa oriental fue gobernada por tiranías políticas. Los países del Medio Oriente fueron siempre absolutistas, principalmente debido a su falta de desarrollo económico. Los países asiáticos estuvieron regidos por oligarquías totalitarias, a causa de su atraso económico y tecnológico. Los países latinoamericanos, debido a la falta de industrialización, fueron oprimidos por las oligarquías nativas, por el imperialismo, sin poder estabilizar la democracia parlamentaria. África vivió dentro de un régimen de esclavitud colonial. En fin, los Estados Unidos prescindieron de la esclavitud, cuando el esclavo de carne y hueso fue reemplazado por el caballo de vapor, por la energía mecánica.

Si en América del Norte hay más libertad burguesa que en América latina y en Inglaterra más que en España, ello no se debe al espíritu de

la raza sino a las condiciones materiales de vida. La libertad y la democracia, aun en su forma burguesa, están en función de la productividad del trabajo, que determina el nivel de vida popular. Consecuentemente, cuanto más atrasado sea —económica y tecnológicamente— un país, que pase del capitalismo al socialismo, la dictadura revolucionaria deberá ser tanto más férrea para planificar la economía; dirigir las nuevas estructuras hacia el socialismo; determinar la masa de inversión y de consumo popular; crear el fondo de acumulación socialistas; evitar por medio del poder de la clase trabajadora el retorno al pasado, al capitalismo.

El atraso económico y tecnológico de Rusia y de China —antes de sus respectivas revoluciones— justifica una dictadura más férrea que si la revolución socialista hubiera triunfado en una zona de gran desarrollo económico, como Europa occidental o Estados Unidos. La libertad tiene su determinante y contenido concreto en la productividad del trabajo, no en el espíritu de las razas o de los pueblos.

Dialécticamente, mientras haya necesidad no habrá libertad. Sólo en el comunismo puede resolverse esta antinomia, mediante la creación de una economía de abundancia, liberada del dinero, de la mercancía y del Estado: (ente distribuidor por medio del dinero de una producción insuficiente, mediante salarios diferenciales, impuestos por un aparato represivo).

En el mejor de los países democrático-burgueses, la democracia es un régimen de ficción, una dictadura económica, en que los antagonismos sociales no se disuelven, sino que se desenvuelven dialécticamente, a pesar del Parlamento, donde no se controla la política internacional, la estrategia y los planes económicos. La crisis de la democracia reside en que

el Parlamento no puede dirigir la guerra, ni evitar las crisis económicas, sin recurrir la burguesía a medidas totalitarias.

Al entrar en lucha abierta contra los trabajadores en huelga o contra la democracia burguesa de otro país (guerra), la democracia degenera en dictadura. Se presenta así como un puente entre el totalitarismo de izquierda o de derecha, cuando no es posible, por más tiempo, la colaboración de clases, en un período revolucionario como en nuestra época de transición, entre guerra imperialista y revoluciones socialistas.

Bajo la presión de las crisis económica, a medida que el capitalismo actúa contra la empresa de Estado desnacionalizándola, restablece el viejo juego de la oferta y de la demanda. Precipita así a la sociedad burguesa en una nueva crisis, de la cual no se puede salir más que por la desocupación en masa o el desperdicio de enormes fuerzas productivas, por la renacionalización de las empresas desnacionalizadas (como mal menor), o por la socialización de los medios de producción y de cambio, instaurando una economía socialista planificada. En fin de cuentas, el retorno a un liberalismo anacrónico —como sucedió en la Argentina en 1955— impone, dialécticamente, la instauración del socialismo, para salir de una crisis estructural. En tales situaciones, no se resuelve la crisis cambiando los hombres en el gobierno, sino que hay que cambiar, necesariamente, el sistema.

## 25 — *Bases teóricas del materialismo histórico*

Para Marx, “del movimiento dialéctico de los grupos nace la serie, y del movimiento dialéctico de las series nace el sistema entero”. Por ejemplo, la mercancía comenzó a circular, limitadamente, entre la

ciudad y el campo, a lo largo de la Edad Media: pero, al desarrollarse, la economía urbana creó las grandes ciudades y con ello estableció la economía en dinero: el capitalismo, la sociedad burguesa, sobre las ruinas de la sociedad feudal.

La ciudad, que se ha separado de la naturaleza, por el dominio de la mercancía, es la forma más acabada de la alienación económica, bajo la forma dinero; es un sistema muy frágil, que no va más allá del fetichismo de la mercancía. En consecuencia la ciudad se opone a superar la forma dinero, debido a su enorme masa de habitantes y su extensión parcelaria, cosa que no sucede en las Comunas Populares chinas. Aquí la economía en dinero ha sido abolida en un 80 % por una nueva división del trabajo que reúne, dentro de un sólo grupo económico, la industria (obrero), la agricultura (campesino), la inteligencia (profesionales) y la defensa de la revolución (milicia), que trabaja y vigila. Los cobros, pagos y prestaciones de servicio, entre estos sectores, se hacen por compensaciones, sin necesidad de recurrir a la forma dinero, cosa que no sucede en el capitalismo y en la economía soviética, donde la mercancía domina todos los aspectos de la economía, justamente porque prevalece todavía la división del trabajo de la sociedad burguesa, una distribución de signo capitalista, un capitalismo de Estado.

Para la teoría del conocimiento marxista, en las categorías lógicas se encuentra la sustancia de toda cosa y su movimiento, tanto en Occidente como en Oriente: la URSS no puede ser una excepción, mientras esté dentro del fetichismo de la mercancía.

Los economistas burgueses razonan en función de categorías fijas e inmutables: la mercancía, el dinero, la competencia, el salario, el interés, la renta de la tierra, la división del trabajo, el crédito, la balanza de pagos exteriores, el proteccionismo o el

libre cambio, la ley del valor de cambio, la ley de la oferta y de la demanda, etc. Esas categorías no son inmutables, sino el resultado histórico de determinadas relaciones sociales de producción, del desarrollo de las fuerzas productivas y de las estructuras de clase, que crean un mundo reflejo con sus correspondientes ideologías y políticas. Las categorías económicas —que para los economistas burgueses son inmutables— en su movimiento dialéctico se transforman en su contrario: conducen del capitalismo, necesariamente, hacia el socialismo. Y es que la competencia se convierte en monopolio insoportable para la inmensa masa popular; el capital privado crea una potencia productiva social, pero funciona individualmente: la producción es social, pero la apropiación es individual; en fin, hay miseria en medio de la abundancia, porque el capitalismo es la crisis y la guerra. Sólo el socialismo es el fin dialéctico del capitalismo: pero no espontáneamente, sino por la acción violenta, revolucionaria, de los trabajadores. Las contradicciones existentes, en el seno de la sociedad capitalista, son el gran motor revolucionario; puesto que piden su solución dialéctica en la lucha revolucionaria, en la revolución social, en la violencia de las masas populares oprimidas y explotadas.

Para Marx, el materialismo dialéctico era un esquema lógico para la acción: *no basta con interpretar al mundo, hay que transformarlo*. Según la dialéctica marxista, el punto de vista del viejo materialismo era la sociedad burguesa; el objetivo del materialismo histórico es la sociedad socialista, la desalienación del hombre, la humanidad. A este respecto, Marx dice: "los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversas maneras: ahora lo que importa es transformarlo". Consecuentemente, la dialéctica marxista es una filosofía para la

acción, jamás la logomaquia de la "coexistencia pacífica", propia del conservadorismo de la burocracia soviética, del marxismo soviético, que es más panslavismo que marxismo.

La "coexistencia pacífica" es una alienación por el "terror atómico", razonado a la escala del nacionalismo y de la estrategia de las grandes unidades militares, en cuya cúspide están los mariscales. Para la estrategia de la guerra revolucionaria, el "terror atómico" tiene una valoración militar relativa; puesto que un ejército revolucionario dispersado —en superficie—, no presenta blancos para las armas atómicas. La estrategia atómica significa un poder contra las grandes unidades militares y contra las "polis" de nuestro tiempo, bajo el signo del capitalismo privado o del capitalismo de Estado, tanto en Nueva York como en Moscú.

Creer en la "coexistencia pacífica" es pretender regular el devenir en la historia, lo cual es la mayor de las locuras, el idealismo más antimarxista. La historia no la hacen libremente los hombres, en condiciones escogidas por ellos, sino en situaciones directamente dadas, legadas por la tradición de las generaciones muertas que son una pesadilla en el cerebro de las generaciones vivas. Tal es el esquema dialéctico de Marx, bien diferente, por cierto, de la concepción idealista de la historia, de los revisionistas soviéticos.

La historia es el resultado de la transformación de la naturaleza por el hombre. La interacción entre el hombre y la naturaleza cambia la propia naturaleza humana, no en función del espíritu de raza o de religión, sino del trabajo y de la técnica, que crean el mundo reflejo de la cultura y de la política. Los motores de la historia son las fuerzas productivas que determinan los modos de producción, las clases sociales y las culturas. Mediante su manera

de trabajar, los hombres están obligados a pensar de una manera determinada: al producir su vida material, el hombre fabrica su vida mental, espiritual.

Los hombres al producir y reproducir su vida, mediante el trabajo, crean las generaciones que vienen imprimiendo a la sociedad una esencia determinada, cambiante: si se experimentan cambios económicos cualitativos en la productividad del trabajo. Para los filósofos, el hombre es, sobre todo, un ser racional: como si la razón fuera un ser en sí. El hombre paleolítico también tuvo uso de razón: pero como no tenía fuerzas productivas no creó una historia; es, pues, el trabajo el que crea el pensamiento; aunque los filósofos desprecien la práctica, y la valoración de la vida cotidiana. El hombre ha dejado de ser un simple animal, no porque sea un ser dotado de razón, sino porque ya no es producto del medio, a la manera como lo son los animales.

El hombre estaba determinado por su medio en las penumbras de la prehistoria; actualmente, crea el medio que le conviene, mediante la técnica y el trabajo, que adaptan la Naturaleza a las necesidades humanas. El nivel histórico de las técnicas y de la organización del trabajo (fuerzas productivas) constituye el modo de producción y las relaciones sociales condicionan las ideologías, las formas sociales y políticas, las mitologías morales y religiosas, la dimensión de los pueblos: sin que de ese determinismo se salve ningún país, hasta que el comunismo impere en todo el mundo y no sólo en Rusia.

La producción de las ideas como la de las cosas es producto de la industria, el comercio y la organización del trabajo. La producción espiritual es paralela a la producción material. Los castillos feudales y las catedrales góticas representan el poder de la



Iglesia y de la Nobleza feudales; los rascacielos evidencian el poder de la burguesía; los edificios de los soviets, el poder de una sociedad capitalista. Desentrañando la mistificación de la superestructura —deriva de la infraestructura económica— Marx dice: "Si en toda ideología, los hombres y sus relaciones parecen invertidos como en una cámara oscura, tal fenómeno fluye de su historia, tan naturalmente como la inversión del objeto en la retina resulta de su naturaleza física".

La moral, la religión, el derecho, el arte y las formas de conciencia —que le son correspondientes—, son productos de la praxis, es decir, de la interacción del hombre y de la Naturaleza por medio del trabajo y de las técnicas, determinantes de las superestructuras. Son los hombres —según Marx— los que al desarrollar su producción material y su comercio modifican, al mismo tiempo, la realidad, el pensamiento y los productos del pensamiento: no es, pues, la conciencia lo que determina a la vida, sino que es el modo de vida (praxis) el que la modifica.

En síntesis, sobre dialéctica materialista, Marx se expresa en estos términos: "En la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad (*alienación*), relaciones de producción que corresponden a un nivel de desarrollo determinado de sus fuerzas materiales de producción. El conjunto de tales relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se edifica una superestructura política y jurídica, a la cual corresponden formas determinadas de la conciencia.

No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino al contrario, es su ser social lo que determina su conciencia. En cierto punto de su

**desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, en otros términos jurídicos, con las relaciones de producción en el seno de las cuales esas fuerzas productivas se han movido hasta entonces. Esas relaciones, que en otros tiempos constituían las formas de desarrollo de las fuerzas productivas, se convierten en obstáculo para éstas. Entonces se abre la etapa de la revolución social".**

Con el cambio de las bases económicas, toda la colosal superestructura (Estado, arte, ideologías, religión, derecho, etc.), se ve, más o menos pronto, "transformada". Este sería el caso del capitalismo y del feudalismo (remanente) en la América latina. Si ésta se emancipara, dejaría al capitalismo yanqui sin "espacio vital" y, en consecuencia, éste se convertiría necesariamente, en socialismo. La revolución socialista pasará antes por Latinoamérica; pero irá inmediatamente a Norteamérica, luego de que el Tío Sam pierda su Commonwealth latinoamericano: ello comporta un serio peligro de guerra grande entre las dos Américas, sin posibilidad de "coexistencia pacífica".

Para Marx, "una forma social no desaparece jamás, antes de que se hayan desarrollado todas las potencias productivas que es capaz de contener, y no la reemplazarán relaciones superiores de producción antes de que las condiciones materiales de tales relaciones no hayan sido incubadas en el seno de la misma sociedad. La humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver, ya que mirando el asunto de más cerca resultará siempre que el problema mismo se plantearía donde las condiciones materiales de su solución existen o, al menos, se hallan en vías de producirse"... Como era el caso en Alemania y Austria en 1918-23 o en Francia e

Italia en 1945, donde socialistas y comunistas no quisieron la revolución social.

En la sociedad burguesa y semifeudal latinoamericana, dialécticamente se plantean grandes contradicciones, que se irán agudizando progresivamente en antagonismos de clases, cuya solución es revolucionaria. El fin del capitalismo en el Hemisferio Occidental está próximo; sólo la "coexistencia pacífica" retrasa su desenlace revolucionario. América y Europa debieron entrar antes en el socialismo que China, pero la dirección fue aquí más revolucionaria que allí; en Occidente, el proletariado fue sacrificado a las necesidades diplomáticas y estratégicas de la Rusia soviética: "frentes populares" (durante la gran crisis económica); ahora a la "coexistencia pacífica"; tales son los exponentes de la política contrarrevolucionaria del Kremlin, en Oriente.

## 26 — *Modos de producción y épocas históricas*

El materialismo histórico —en tanto que método de interpretación de la historia de la humanidad— es la filosofía más científica y coherente, por más que sus detractores de la "inteligentzia" burguesa pretendan desprestigiarlo, para presentar el capitalismo como un régimen "ab aeternae", mientras que Marx lo interpreta, dialécticamente, como categoría histórica, ni más ni menos que lo fueron el esclavismo o el feudalismo, tan precedido históricamente como ellos.

Marx ha demostrado científicamente que las épocas, las edades y los períodos de la historia humana, no sólo están caracterizadas por lo que se fabrica (hacha de sílex, hacha pulimentada, bronce, hierro, carbón, petróleo, electricidad, etc.), sino más bien por la manera como se fabrican los objetos de trabajo, para satisfacer las necesidades humanas.

Las fuerzas productivas no son meramente el exponente de la técnica del hombre en el curso de la historia, sino que expresan, necesariamente, las condiciones sociales dentro de las cuales trabajan las sociedades y los pueblos que pasan por la historia: esclavismo, feudalismo, capitalismo. Estos grados de producción indican un cierto período de desarrollo de las fuerzas productivas, más que los caprichos de los reyes, los sacerdotes, los generales o los filósofos.

“El molino de viento os dará la sociedad feudal, el molino de vapor la sociedad capitalista.” (MARX).

“Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material, producen también los principios, las ideas y las categorías de sus relaciones sociales. Así, pues, tales ideas y categorías son tan poco eternas como las relaciones que expresan; son productos históricos y transitorios.” (MARX).

El hecho, por ejemplo, de que los productos del trabajo humano revistan la forma de mercancía o de dinero, dentro del modo capitalista de producción y distribución, es consecuencia de una cierta división del trabajo, de la cantidad de fuerzas productivas disponibles, de las formas de la propiedad y de otros aspectos objetivos que hacen al capitalismo, que abarca una época histórica de desarrollo de la humanidad; pero este régimen, dialécticamente restituido al devenir, no es eterno; aunque los ideólogos burgueses, pretendan para la sociedad burguesa la eternidad de los dioses en las religiones.

Juzgando al capitalismo como categoría histórica transitoria Marx, en insuperable definición, dice: “Las relaciones de producción son idénticas a las relaciones de distribución, son correlativas a esas relaciones, de suerte que ambas tienen el mismo carácter histórico y transitorio”.

El carácter histórico de esas relaciones de distri-

bución es el carácter histórico de las relaciones de producción, de las cuales no son sino su aspecto. La distribución capitalista difiere de las formas de distribución que derivan de otros modos de producción; pues cada forma de distribución desaparece con la forma definida de producción de la que ella deriva y a la cual corresponde (históricamente).

La economía soviética —todavía íntimamente ligada al dinero y a la forma mercancía— es una economía de transición entre el capitalismo y el socialismo, quizá estancada en el capitalismo de Estado, en la economía de Estado. Por su forma de producción, la economía soviética es socialista; en cuanto a la distribución, es casi de signo capitalista; puesto que hay burócrata o tecnócrata ruso que percibe una renta diaria igual a 10 veces más que el obrero soviético mejor remunerado. Esta forma de distribución justifica un Estado fuerte, burocratizado, que a la luz del marxismo, no es la dictadura del proletariado, sino la dictadura de la burocracia contra el proletariado, en que el Estado, coactivamente, impone diferencias de ingreso personal entre 1 y 10, como queda indicado.

En este sentido, cabe subrayar que, en Suecia, no hay ningún capitalista —como promedio— que pueda percibir una renta neta superior a 10 veces más que el obrero mejor pagado. La excesiva burocratización de la economía soviética, inercia su crecimiento a un ritmo del 6,8% anual, en la producción contra un aumento productivo del orden del 20% en China, país donde el socialismo se aplica con poco criterio burocrático. Ello explicaría, dialécticamente, que la burocracia soviética se sienta conservadora: “una nueva clase”, partidaria de la “coexistencia pacífica” con el imperialismo; pero los dirigentes comunistas chinos, se pronuncian por la

instauración del socialismo en todo el mundo, sin coexistencia con el imperialismo.

## 27. — *Caracterización del capitalismo*

A la luz del materialismo histórico, en los siglos XVI y XVII, la sociedad de signo mercantil evolucionaba dialécticamente hacia el capitalismo, como régimen histórico dominante. La producción de mercaderías en las ciudades y el régimen de libre competencia, separaron de la naturaleza a las poblaciones de las grandes urbes, a diferencia del hombre de la antigüedad y de la Edad Media, que no se habían separado nunca de ella. Con la economía urbana mercantil comenzó la alienación económica: las mercancías comenzaron a dominar al individuo bajo la forma metamorfoseada de dinero, que tiene la virtud de alienarlo todo, bajo el capitalismo privado, y, en menor grado, en el capitalismo de Estado.

Dentro del mundo místico y fetichizado de la mercancía, por un fenómeno de alienación del ser por la cosa (mercancía), la sociedad en abstracto prevalece sobre la sociedad en concreto; el valor de cambio se sobrepone al valor de uso. Por ejemplo, se queman los sobrantes de productos para mantener los precios elevados, a fin de que la ganancia de los capitalistas tome una buena parte de la renta bruta de las naciones, mediante la destrucción de riquezas o la creación de vastos monopolios.

En la Antigüedad y en la Edad Media, el esclavo y el siervo, respectivamente, no estaban separados de la Naturaleza: el esclavo recibía alimentos y cobijo, a la manera de como se trata a un animal en la sociedad capitalista; el siervo medieval no podía ser desalojado de la tierra: la propiedad feudal era un condominio del rey, el señor y el siervo; no el de-

recho de usar y de abusar del prójimo, como sucede en el régimen de propiedad capitalista.

El obrero, si bien es libre, está alienado en el salario, si éste le faltara dentro de una gran urbe —separado de la Naturaleza— no puede procurarse ningún bien ni servicio, que circulan siempre en forma de mercancías, sólo asequibles si se tiene dinero. La alienación económica se transforma así en la alienación del espíritu; esa alienación es el motor de la revolución proletaria, en nuestra época de agonía del capitalismo.

El salario, la renta, el interés son formas capitalistas que no existieron ampliamente, bajo la esclavitud o en la sociedad feudal. Cada forma de producción engendra sus propias categorías económicas, sus relaciones jurídicas, sus clases sociales; y andando el tiempo, dialécticamente, las causas de su destrucción o negación. Dialécticamente, todo tiene que perecer en el devenir para tomar formas más elevadas, incluso la dictadura de la burocracia soviética, a la cual los marxistas rusos no parecen aplicarle la dialéctica del devenir: se ve la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio.

Para desarrollarse, la gran industria capitalista engendró una creciente masa de fuerzas productivas separando —como dijo Marx— a los pequeños productores y artesanos de sus medios de producción, destruyendo la propiedad directa por la propiedad anónima, igualmente que la manufactura capitalista destruyó las corporaciones medievales. Y es que bajo la manufactura capitalista se destruyeron las corporaciones medievales. Pero bajo el régimen de rigurosa propiedad directa no podían ser utilizada, ampliamente, las fuerzas productivas, que iban creando el capitalismo. Por ejemplo, las pequeñas dimensiones de la propiedad rural retrotraen a la Edad Media la agricultura de tipo minifundista,

a pesar de que los socialistas burgueses y los comunistas parlamentarios se afanen para crear pequeños propietarios, haciendo girar las ruedas de la historia para atrás, hacia el minifundio.

La agricultura minifundista, que es el ejemplo más puro de libre empresa, es el sector económico más atrasado, de más baja productividad en nuestra época. Sólo las *comunidades populares chinas* demuestran, con ventaja sobre los *koljos* y los *sovjos* soviéticos, el desarrollo acelerado de la agricultura, como si se tratara de una industria, en función de concentrar la riqueza de una región o comarca, no quedándose en los estrechos límites de la aldea soviética. El progreso económico y tecnológico marchan en razón directa de la concentración, la acumulación y la centralización del capital social, dentro de unidades económicas que se liberen de la monstruosidad económica de las urbes capitalistas (alienadas en la mercancía) o del cooperativismo limitado de los *koljoses* y los *sovjoses* (que se han hecho categoría económicas inmutables en la URSS).

La gran industria capitalista, siguiendo la ley general de la acumulación capitalista y su correspondiente centralización, ha destruido a las naciones débiles, bajo el signo del capitalismo imperialismo.

Objetiva y subjetivamente, en la gran industria afloran los elementos económicos, sociales y políticos que formarán la nueva sociedad socialista, a la escala planetaria como el mundo de los satélites artificiales, que ha borrado las fronteras de la época del caballo a las cuales sigue aferrada la burocracia soviética, empeñada en realizar el socialismo en un solo país, como quien pretende hacer correr los ríos hacia atrás.

La gran industria ha superado los límites estrecho de la producción y la distribución capitalistas. El capitalismo está al borde histórico del socialismo. La



gran industria echa las bases creadoras de un nuevo orden mundial socialista. Los elementos retardantes de la vieja sociedad (como antagonismo permanente entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que nace y lo que perece, entre el ascenso y declive de un ser) deberán resolverse sin "coexistencia pacífica", por la violencia, por la lucha de clases, revolucionariamente, a la escala mundial. La gran industria, bajo el imperialismo económico, ha metido en sus redes a todos los pueblos, sujetos a los avatares del mercado mundial, al fetichismo de la mercancía.

La revolución, aunque comienza siendo nacional, será de signo internacional, aunque los revisionistas soviéticos pidan la paz hasta 1980, hasta que la URSS sea la primera potencia militar del mundo. Tal nacionalismo es demencia política, contrario a la razón dialéctica de la historia.

Las contradicciones de nuestro mundo buscan su desenlace a pesar de los revisionistas soviéticos. Los antagonismos del mundo capitalista no esperan para su solución. Tales antagonismos —entre otros— son: crisis económicas (derivadas de los antagonismos capitalistas); huelgas económicas y revolucionarias; guerras de liberación antiimperialista; conflictos entre las pequeñas y las grandes potencias; guerra económica entre el comercio de Occidente y de Oriente; contradicciones entre la URSS y otros países de la órbita socialista (por la conducción de la política internacional comunista); contradicciones entre la burocracia soviética y la clase obrera de la sociedad soviética: (conflictos que no propiciarán un período de paz tan largo como la deseada por los revisionistas para que la URSS sea la primera potencia en 1980). Estas luchas instaurarán antes el socialismo en Occidente que en la Unión Soviética.

Contra la coexistencia pacífica conspiran: 1) la

crisis económica en los Estados Unidos; 2) el incremento de la productividad y el bajo nivel de ocupación en los países capitalistas; 3) el caos espontáneo de la producción capitalista; 4) la lucha por los mercados mundiales entre las potencias imperialistas; 5) el antagonismo entre los países socialistas y los países capitalistas; 6) la contradicción entre el volumen de acumulación de capital y los límites de inversión y de capacidad de consumo social; 7) la contradicción entre el *trabajo pasado* (capital constante) y el *trabajo vivo* (capital variable o fondo de salarios; 8) el aumento del capital constante (máquinas, herramientas energía mecánica) y la disminución paralela del capital variable (fondo de salarios) lo cual disminuye la tasa de ganancia de capital e incrementa la tasa de desocupación; 9) la exasperación de la lucha de clases como consecuencia de la profundización de la crisis capitalista; 10) la antinomia entre la necesidad de los obreros y la libertad de los capitalistas: (mientras haya necesidad material no habrá verdadera libertad). Marx decía: "*Sin antagonismos no hay progreso. Tal es la ley que la civilización ha seguido hasta nuestros días. Hasta el presente, las fuerzas productivas se han desarrollado en razón de antagonismos sociales*". Esta dinámica del capitalismo no es conocida, dialécticamente, por la tecno-burocracia soviética, que se empeñan con la coexistencia pacífica en parar el movimiento revolucionario de la historia contemporánea, negociando con el imperialismo la paz (en Laos, Corea, Berlín, Viet-Nam del Norte y del Sur) para que no estalle la violencia. La guerra es la forma más generalizada de la violencia —ya sea atómica o convencional— y seguirá vigente, entre los hombres, mientras existan la desigualdad económicas entre las naciones y la desigualdad económica entre las clases. Este devenir dialéctico es superior al

idealismo soviético cuya manera de pensar es inferior al racionalismo burgués.

## 25. — *Economía urbana y socialismo*

Durante el esplendor de la civilización antigua, en que la economía esclavista constituida su infraestructura, alternaban la economía urbana y la economía rural como formas determinadas de la división social del trabajo; pero sin que la mercancía constituyese el signo dominante del proceso de cambio. En el Egipto de los Faraones y en el Imperio asirio-caldeo-babilónico pasando por Persia, Grecia y Roma hasta el advenimiento del feudalismo, las ciudades antiguas y los centros rurales intercambiaron sus respectivas producciones, cualitativamente diferentes, tomando este proceso de cambio una forma restringida de valores en dinero. Luego —con el triunfo de los bárbaros y la caída de Roma, en el siglo V—, la división social del trabajo, entre ciudad y campo, que prevaleció a lo largo del régimen esclavista, se suprimió con la instauración de la economía feudal: los señores, durante el curso de la baja Edad Media destruyeron la economía urbana del mundo antiguo.

Los antiguos oficios e industrias, que conocieron las ciudades greco-latinas, se fueron al campo, al borde del castillo feudal: el intercambio se realizó a manera de trueque, o revistiendo solamente la forma de dinero una parte infinitesimal de la producción.

El Mundo Antiguo estaba preparado para entrar en una economía mercantil adelantada, tipo siglo XV o XVI de nuestra era. Si los bárbaros no hubieran destruido a Roma o, mejor dicho, si el trabajo esclavizado hubiera sido transformado, revolucionariamente, en régimen de trabajo asalariado. Al negarse la aristocracia a superar la esclavitud —por-

que ello era contrario a sus intereses privados—capituló moral, política, económica y estratégicamente ante sus enemigos de fuera y de dentro, en el Imperio Romano. La civilización de la esclavitud estaba vencida, antes de defenderse del ataque de los bárbaros: sufría ya una crisis de sistema. Igualmente el capitalismo, al resistirse a la abolición del trabajo asalariado y la propiedad capitalista, que da el derecho de usar y de abusar del prójimo, está irremisiblemente perdido. Los cañones, los acorazados, las bombas atómicas, los cohetes y los ejércitos norteamericanos valdrán menos en defensa del capitalismo, que las legiones romanas para imponer anti-históricamente el esclavismo del Mundo Antiguo. Lo que destruyó al Imperio Romano fue la esclavitud, la barbarie germana era su consecuencia.

Lo que aniquilará a los Estados Unidos no será la URSS o la China comunista, sino sus millones de proletarios que, cuando la crisis económica los deje sin trabajo, se lanzarán contra sus enemigos de dentro, no contra ejércitos que pudieran venir de fuera para imponer el socialismo.

La burguesía norteamericana tiene sus enemigos en los Estados Unidos, más que en la Unión Soviética. Será, por consiguiente, Norteamérica, a corto plazo, la base más firme, económica y tecnológica, para el triunfo del socialismo en todo el mundo, cuando América latina ya no sea el Commonwealth del imperio del dólar.

La historia se plantea —en cada uno de sus momentos— lo que puede resolver: hacia el siglo X comenzó a producir, como en el esplendor del Mundo Antiguo, *la separación de la ciudad y del campo*.

Las comunas medievales eran la anticipación de las grandes “polis” burguesas de nuestro tiempo que, cuando pase el capitalismo, comenzarán a desintegrarse: su monstruosidad económica se opone,

con el fetichismo de la mercancía, a la instauración del socialismo. Desde el siglo X hasta los siglos XV y XVI, las ciudades y villas fueron emergiendo del mundo tenebroso del feudalismo.

Las armas de fuego fabricadas en la ciudad fueron el poder de la burguesía y la anticipación de las derrotas de la aristocracia británica en 1648 y de la nobleza francesa en 1789-93. Las murallas de los castillos, las cotas de malla de los señores, la lanza y la espada, se rindieron ante la fuerza superior de la pólvora y de los cañones, producto de la economía burguesa.

En nuestra época, las armas atómicas significan que la guerra con grandes unidades (brigadas, divisiones, cuerpo de ejércitos y ejércitos) no se puede hacer entre naciones que poseen armamentos nucleares. De otra parte, las bombas termonucleares ofrecen blancos óptimos para destruir las grandes "polis" del capitalismo. Sólo la guerra revolucionaria, en base a la dispersión concentrada de unidades guerrilleras, puede librar —con ventaja— la guerra convencional en la era de los armamentos atómicos. Consecuentemente, el pueblo en armas es la única estrategia válida en nuestro tiempo. Se neutralizarán —entre sí— la URSS, de una parte, y los Estados Unidos, de la otra; pero la guerra seguirá su curso bajo la forma de "guerras revolucionarias que, en vastos espacios de América latina, instaurarán el socialismo. Al perder el capitalismo de Wall Street su imperio latinoamericano no podrá sobrevivir; se convertirá, a su vez, en socialismo. Dialécticamente, el socialismo norteamericano pasa, revolucionariamente, por el escenario tumultuoso latinoamericano.

En América latina puede cerrarse el ciclo del capitalismo y abrirse, históricamente, la era del socialismo. Si los Estados Unidos entran en la sociedad socialista, como consecuencia de la liberación latino-

americana. China quedará reforzada, en su avance hacia el socialismo: y, finalmente, la URSS tendrá que desprenderse de su numerosa burocracia, del culto del "socialismo en un sólo país", de la mitología panslavista de la burocracia soviética (nueva clase).

Si se produjera una guerra termonuclear, como secuela de las "guerras de liberación anti-imperialistas", los "polis" del capitalismo serían sus víctimas propiciatorias. La catástrofe atómica sobre las inmensas urbes capitalistas bajo una tercera conflagración internacional, que tuviera como colofón histórico la implantación del socialismo en todo el mundo, crearía las condiciones objetivas para que desaparezca la desigualdad de desarrollo económico y tecnológico entre la ciudad y el campo. Ello a condición de crear un tipo de ciudad de proporciones demográficas razonables —agrovillas— que permitan, como en las comunas populares chinas la supresión de la economía en dinero en un 80 % —inicialmente— hasta superar, definitivamente, la economía mercantil del capitalismo privado y del capitalismo de Estado.

A este respecto, es de subrayar que, siguiendo la tendencia del capitalismo, las ciudades soviéticas crecen a expensas del campo. Los economistas soviéticos se sienten felices por ello, porque ignoran las verdades elementales del marxismo. No saben que el socialismo no puede triunfar mientras exista la producción mercantil y la ley de desarrollo desigual entre la ciudad y el campo. En la URSS, todos los valores de la producción revisten la forma de dinero. La ley del valor de cambio de las mercancías es una determinante de la economía soviética, si bien no capaz de producir una crisis económica como en el caso de la economía de capitalismo privado. Sin embargo, la economía soviética, sometida al fetichis-

mo de la mercancía, tiene una división del trabajo propia de las naciones capitalistas. Los obreros (industria), los técnicos e intelectuales (técnica y ciencia), los campesinos (agricultura) y los órganos de defensa (soldados), están separados, tanto en el campo como en las ciudades. Esta escisión obliga a todos ellos a entrar en el mundo de la mercancía —dinero— para comprar bienes y servicios separados: si estuvieran juntos —como en la Comuna Popular China— no tendría, necesaria y obligadamente, que tomar la forma de dinero el intercambio de esos bienes y servicios.

La existencia de la mercancía, como categoría económica, implica según la dialéctica del materialismo histórico, una determinada forma de producción, una división social del trabajo, una caracterización de la propiedad privada, una estructura de clases sociales, una forma de Estado.

La mercancía, jurídicamente, significa la relación comercial entre propietarios privados de diferentes valores de uso, o la separación de distintos trabajos en la sociedad, que pudiendo estar juntos están separados (como en la URSS). Dialécticamente, la mercancía se opone al socialismo, sobre todo, en las grandes urbes, donde todo es confuso, monstruoso y caótico en el mundo fetichizado de la mercancía. Si prescindimos de la mercancía y del dinero, en una Comuna Popular todo marcha mejor: no podemos hacer lo mismo en una ciudad como Buenos Aires, en que la mercancía y el dinero, han edificado una ciudad cuyo vientre se traga a todo un país, creando una alienación económica: (el desarrollo desigual, irreversible, entre la ciudad y el campo).

Lo que constituye la esencia del ser humano es —según los filósofos e ideólogos burgueses— la predestinación del ser o su espíritu puro. Dialécticamente, la esencia humana es un producto social

adquirido: *nadie es libre —como decía Marx— de escoger la sociedad que quiere, sino la que le es impuesta al nacer*; ahí se forma la esencia y la conciencia del ser humano. La *Nación* y el *Individuo*, en tanto que categorías, son propias del capitalismo, de la sociedad burguesa; no regían en la Antigüedad y en la Edad Media, como en el capitalismo. Si los soviéticos no suprimen estas categorías no pueden entrar en el socialismo por más que lo prometiera Jruschov en sus ampulosos discursos, donde brilló la apología del capitalismo de Estado; pero jamás la dialéctica de un marxista que se proponga seriamente la instauración del socialismo; pues ignoraba que la mercancía y el dinero —que son el anverso y el reverso de la misma categoría capitalista— prevalecen en la URSS, tanto en la ciudad como en el campo, determinando alienaciones y contradicciones que impiden la instauración del socialismo.

Una ciudad es tejida por el hilo invisible de la mercancía. Todo, en ella, ha sido separado de la Naturaleza; el ciudadano entra ahí en relación con las mercancías, en su vida cotidiana, sin poder liberarse de ellas: y ni el cooperativismo fabiano ni el socialismo soviético son capaces de desalienar al ciudadano del fetichismo de la mercancía. En la ciudad hace falta dinero para todo, es decir, se va en pos de una mercancía (dinero) que cambia todas las otras; dinero, para pagar el alquiler, para tomar el tren o el ómnibus; dinero para adquirir los alimentos, las ropas; dinero, para distraerse; dinero, dinero, dinero; sin dinero la ciudad no puede existir, justamente porque es enorme; no se la puede dominar, económicamente, como a una *Comuna Popular China*. Así pues, con ciudades monstruosas, hechas por el capitalismo, sigue la mercancía y capitalismo, incluso el capitalismo de Estado, que no es el socialismo; aunque el revisionismo soviético,



confundiendo la economía y la dialéctica con la sofistiquería, diga y repita que la URSS está en pleno socialismo, cuando realmente, según el análisis marxista de la mercancía, la URSS es un país de capitalismo de Estado. Por eso, las ciudades rusas crecen mientras disminuye la población rural, lo que se opone, dialécticamente, al socialismo.

En la URSS la forma de producción es socialista, pero la distribución es de signo capitalista. Al sistema de intercambio individual corresponde una sociedad dividida en clases antagónicas; pero al régimen de cambio, bajo el capitalismo de Estado, correspondería la existencia de un pueblo asalariado y de una rentada burocracia.

Mientras la URSS no supere el desarrollo desigual entre la ciudad y el campo, no puede hablar de realización del socialismo. Sólo una nueva división social del trabajo soviético, a la manera como funciona en las Comunas Populares chinas, puede edificar el socialismo en la URSS, sobre el principio de la *economía comunalista*, que borre las diferencias o desigualdades entre la ciudad y el campo, establecidas por la economía capitalista.

El comunalismo chino permite la desalienación económica superando, finalmente, el fetichismo de la mercancía. La gran urbe —que todo lo reduce a dinero y crea una monstruosidad de masas humanas y de mercancías— no se presta, racionalmente, a la abolición de la economía mercantil.

En ciudades como Buenos Aires, Madrid, San Paulo, Praga, Nueva York, La Habana, París, Moscú, Tokio, Varsovia u otras ciudades, los bienes y servicios revisten, obligadamente, la forma de mercancías, es decir, de dinero.

En una Comuna Popular, los servicios sanitarios, educación, seguridad, restaurante, vivienda, transporte, etc., no toman la forma de dinero. Los alimentos

y otras necesidades pueden ser retirados del fondo de consumo de la comuna, en forma de vales, que es un dinero fungible, no propio para el atesoramiento, más social y flúido que el dinero capitalista o que el rublo.

La gran urbe —soviética o norteamericana— se oponen al socialismo, ya que tienen que funcionar sobre el principio de la mercancía, es decir, del dinero, lo cual comporta permanecer dentro del capitalismo privado o del capitalismo de Estado.

La mercancía —en tanto que estructura básica o celular del régimen capitalista, mientras ella perdure—, implica alienaciones y contradicciones que se oponen a la instauración del comunismo y a la igualdad entre los hombres. El capitalismo es un producto desarrollado de la mercancía o su expresión social, económica, jurídica y política.

Bajo el imperio de la mercancía —como dijo Marx— no hay cambio de productores, sino cambio entre productores concurrentes a la producción. Del modo de cambio de las fuerzas productivas, depende el modo de cambio de los productos. En general, la forma de cambio de los productos corresponde a la forma de producción. Cambiad la última, y la primera cambiará en consecuencia.

El hecho de que, por ejemplo, en la URSS todavía —luego de 45 años— siga intacta la economía mercantil, indica, según el análisis económico marxista, que el régimen de producción —en lo esencial— sigue estructurado en una división del trabajo de caracterización clasista, o que la distribución y el cambio son de corte capitalista; puesto que las masas no se han emancipado de las alienaciones económicas derivadas del fetichismo de la mercancía.

Si la URSS avanzara hacia la economía comunista china, rebasando de una vez el cooperativismo koljosiario, daría un gran paso hacia el socialismo.

Pero los intereses materiales de la burocracia y de la tecnocracia detienen —con sus privilegios—, el desarrollo de las fuerzas productivas soviéticas hacia el socialismo. Como los plutócratas yanquis, los burócratas soviéticos se oponen al socialismo; son más capaces de evitarlo los segundos que los primeros, en el devenir del siglo XX.

Al no superar las estructuras de la economía urbana ("burgo"), la economía soviética se deja atrapar en el fetichismo de la mercancía, creado por la economía burguesa. La gran ciudad, nacida con el capitalismo, es una trama invisible de alienaciones y contradicciones, que tienen su epicentro en el mundo místico de la mercancía. En una gran ciudad que no es posible desmercantilizar la economía: nada en ella es natural, si no gira la mercancía por sus poros urbanos, tanto en Londres como en Moscú.

Desde que el ciudadano sale de su casa tiene que ir determinado por la mercancía bajo la forma de valor equivalencial: dinero. Al tomar el ómnibus, el tren o el subterráneo lo que parecen boletos no son más que mercancías transfiguradas. Si se toma un café, un té o un desayuno, el dinero hace de medio de cambio universal. En el mercado o en el almacén, el ama de casa se relaciona con personas —aparentemente— pero sus movimientos son —realmente— entre cosas: (café, carne, verduras, tejidos, etc.). Todos estos bienes y servicios se adquieren bajo la forma de dinero, es decir, de una mercancía que cambia a todas las demás.

El dinero, por consiguiente, es la expresión de la *alienación económica*: el obrero se vende, como mercancía, por 8 ó más horas para recibir un salario, esto es, dinero. Todo se *aliena* por él en la ciudad, justamente porque todo *depende* de la mercancía, de la estructura de clases y de las formas de la propiedad privada que residen, ocultamente,

en el mundo ignoto de la mercancía. La mercancía en la gran ciudad burguesa hace de deidad absoluta, sin que haya ningún poder capaz de superar su *alienación transferida*, mientras no desaparezca la monstruosidad económica de las ciudades capitalistas, con un régimen comunalista, similar al existente ya en China comunista.

Para escapar al fetichismo de la mercancía y realizar la desalienación del hombre, no hay que seguir el camino de los soviéticos —empeñados en hacer crecer a Moscú— sino el método chino tendiente a descentralizar el poder y la economía, para que desaparezca la desigualdad entre la ciudad y el campo, a fin de que se pueda suprimir la economía en dinero en un 80% —inicialmente— creando unidades económicas como las Comunas Populares chinas.

A la luz de la dialéctica marxista, mientras exista el mundo fetichizado de la mercancía, no puede haber socialismo, sino capitalismo disfrazado. Ello impedirá el avance hacia una sociedad sin privilegios para nadie. El hecho de que los dirigentes soviéticos no se hayan liberado del mundo místico de la mercancía los aliena en la economía urbana, los aleja del socialismo, por más que hablen del comunismo como los católicos del paraíso: algo prometido, pero... nunca cumplido.

## 26. — *El devenir de la propiedad privada*

Como todas las cosas, la propiedad es ella misma y otra cosa diferente, en la dinámica del devenir, donde todo tiene que perecer para elevarse a formas perfeccionadas. Por ejemplo, en el período paleolítico imperó la propiedad colectiva o de la tribu. Los pueblos, que vivían de la caza, la pesca y la recolección de frutos, no podían apropiarse

la tierra como durante la sociedad esclavista, feudal o capitalista. Durante el período del *comunismo primitivo* con una rudimentaria división del trabajo, sin contar casi con fuerzas productivas, el hombre no podía cultivar la tierra en forma de propiedad privada. En esa época, no existían las clases, la familia monogámica y el Estado. A nadie se le ocurría casarse con una mujer y quedarse en medio de un bosque, para apropiarse la tierra individualmente. Sin la solidaridad de una tribu, tal matrimonio hubiera sido pronto pasto de las fieras.

La familia —sin propiedad privada— no puede ser monogámica sino comunitaria, tomando aquí los hijos el apellido de la madre. Consecuentemente, la sociedad comunista futura —con economía de abundancia y producción automatizada— deberá retornar, en cierto modo, al comunismo primitivo, es decir, a realizar la doble negación de la propiedad privada. A este respecto cabe significar, dialécticamente, que el comunismo primitivo (por falta de fuerzas productivas) dio el paso a la propiedad privada. La toma del poder por el proletariado deberá negar la propiedad privada, para retornar a la sociedad comunista, posible en lo futuro objetiva y subjetivamente, por la automatización del trabajo y la energía nuclear, cuando la Tierra sea un país.

*La propiedad comunal* —segunda forma de la propiedad privada— surgió de la fusión de varias tribus que constituyeron una ciudad o villa. Al lado de esa propiedad comunal, se desarrolló la *propiedad individual*, con la introducción de la esclavitud, que creó una nueva división del trabajo, clases antagónicas y un Estado opresor. Ello se produjo en las culturas del bronce o del hierro. El robo, las guerras y la violencia constituyeron los motores del mundo antiguo, basado en la economía esclavista

hasta la caída del Imperio romano. Este tipo de propiedad estableció las culturas sedentarias mediterráneas de las épocas del bronce y del hierro.

La *propiedad feudal* constituyó, históricamente, la tercera forma de la propiedad: la economía se basó en la servidumbre: más que en el dinero, en el dominio privado de la tierra. La economía esclavista concentró la riqueza en las ciudades y sus periferias. Al contrario, la propiedad feudal destruyó las ciudades greco-latinas: se llevó los oficios urbanos al lado del castillo señorial.

La industria y el comercio del mundo antiguo — casi ya de tipo capitalista— perecieron en la sociedad feudal.

A partir del siglo X, no obstante la actitud hostil de los señores contra las ciudades ("burgos"), se comenzó a separar, otra vez, la ciudad y el campo. Los maestros, oficiales y comerciantes comenzaron a edificar las ciudades. Clérigos, señores y siervos siguieron, preferentemente, en sus castillos, abadías y villorrios. En la alta Edad Media, se crearon las milicias comunales. Luego, con la invención de la pólvora y las armas de fuego, la burguesía comenzó a constituirse en clase dominante. Con ello nació una nueva división del trabajo entre la ciudad y el campo; nuevas clases: (la burguesía y el proletariado); una nueva forma de propiedad: la *propiedad capitalista* (basada en la *mercancía*, el *dinero*, el *capital*, el *interés*, el *salario*, la *renta de la tierra* (en dinero o en especie), el *pagaré*, el *cheque*, etc.).

"La separación de la ciudad y del campo cabe mirarla, también, como una separación del capital y la propiedad agraria, como el comienzo de la existencia y del desarrollo del capital (propiedad basada solamente en el trabajo y en el cambio de productos), independientemente de la propiedad agraria"<sup>1</sup>. Con

---

<sup>1</sup> Marx y Engels, *Ideología Alemana*.

esta forma de propiedad y de producción comenzó la *alienación económica*: el productor, al ser separado de sus medios de producción, fue alienado por los productos que salen de sus manos (mercancía), pero que no le pertenecen. La mercancía, además, en su movimiento, desarrolla forma de producción y reproducción del capital, del proletariado y de la burguesía, hasta que el capitalismo sea reemplazado, históricamente, por el socialismo.

La *propiedad capitalista* es contradictoria con el trabajo asalariado; crea una determinada división del trabajo, hace que la gran industria destruya a la pequeña industria por medio de la *propiedad anónima del capital*; somete al dinero todas las formas de la riqueza social; proletariza a extensas capas de la clase media (económicamente débil); atrae a las ciudades masas proletarias sobrantes en el campo; destruye las nacionalidades con el imperio del capital financiero internacional; fomenta las guerras de reparto del mundo; en fin, *aliena* todos los valores de la sociedad burguesa.

“El capital, o sea el trabajo acumulado, el trabajo propiamente dicho, son los pilares que sostienen a la sociedad actual. Si uno de ellos desaparece, ésta se vendría abajo” (Marx). La entidad contradictoria —capital privado y trabajo asalariado— constituye el fundamento de la sociedad capitalista: ambos polos contradictorios tienden a convertirse el uno en el otro, en su devenir dialéctico, para efectuar su doble negación. Como el trabajo es la humanidad suficiente y el capital la burguesía explotadora, el desenlace dialéctico de la contradicción burguesía-proletariado está ya en el porvenir inmediato: la revolución socialista, que creará una nueva forma de la propiedad: la *propiedad socialista*. Los *koljoses*, los *soujoses* y las *Comunas populares chinas* constituyen nuevas formas de propiedad.

Consecuentemente, la propiedad privada, en el curso de la historia de la humanidad, es ella y otra cosa diferente, siguiendo la ley inexorable del devenir. Lo lamentable es que los dirigentes soviéticos no conviertan en *propiedad comunalista* (tipo chino), la *propiedad cooperativa* (koljoses) y la *propiedad estatal* (sovjoses), para ascender hacia la sociedad comunista.

En el comunismo la riqueza debe estar en manos de los trabajadores constituidos en sociedades de productores libres: (sin la existencia del Estado, sin burocracias supernumerarias, sin aparato represivo, sin limitaciones nacionalistas, sin alienación económica del hombre).

Con su penetrante dialéctica, Marx estimaba que, "sobre las diversas formas de la propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se eleva toda la superestructura de impresiones, de ilusiones, modos de pensar y diversas concepciones de la vida". Al aferrarse a la *propiedad cooperativa koljosiana*, los soviéticos no salen del *fetichismo de la mercancía*: creyéndose ilusoriamente en el socialismo, no rebasan realmente el capitalismo de Estado (industria, banca, comercio, transportes, etc.) o el cooperativismo rural (agricultura y ganadería).

La *propiedad pública* (capitalismo de Estado) y la *propiedad cooperativa* (koljoses), no desmercantilizan la economía soviética. Por tanto, los dirigentes soviéticos sufren fenómenos de *alienación política* que les hace creer estar en el socialismo ("impresiones", "ilusiones", "modos de pensar") cuando, en verdad, no se han liberado —luego de 45 años— del fetichismo de la mercancía. Ello los conducirá al panslavismo, a las utopías de la "coexistencia pacífica", al nacionalismo y no al socialismo, y finalmente a la guerra con las potencias capitalistas. La *alienación* por la mercancía lleva a un mundo demo-



níaco que, al llegar las crisis económicas mundiales, tiene como fruto podrido la guerra imperialista.

### 30. — La "praxis" y la formación de la conciencia

El hombre puede hacer cualquier cosa, menos dejar de reproducir su vida mediante su trabajo que modifica a la Naturaleza rebelde, que da poco gratuitamente. La contradicción del Hombre y de la Naturaleza continuará hasta la *desalienación del hombre*, cuando sea instaurada la sociedad comunista, en razón de una economía de abundancia basada en la automatización del trabajo, gracias a la industrialización atómica, a la cultura politécnica, a la desaparición de la desigualdad entre la ciudad y el campo, a la socialización de la riqueza.

"La vida del hombre se agota por entero en su producción: en lo *qué* produce cuanto en *cómo* lo produce. Por eso está entrelazada con las condiciones materiales de la misma."<sup>1</sup> La producción, desde el paleolítico, fue acrecentándose con el aumento de la población: crecientes masas humanas entraron en relación de intercambio. Esas relaciones (o modos de producción) han sido condicionadas, a lo largo de la historia, por la infraestructura de producción.

El hecho de que en nuestro días, un norteamericano sea diferente de un latinoamericano reside, más que en el carácter o la idiosincrasia, en la técnica y los métodos de producción. La práctica diaria es la que forma la conciencia de los pueblos: es el trabajo, en cuanto a su productividad, el que forma el pensamiento y no viceversa.

Dialécticamente, "el nacimiento de las representaciones, las ideas, la conciencia, se halla inmediatamente enlazada, desde sus comienzos, con la activi-

---

<sup>1</sup> Marx y Engels, Obra cit.

dad y las relaciones materiales de los hombres, con su vida real". (1)

La manera de producir de un pueblo nos da su modo de pensar: como hace al hombre así piensa; su vida espiritual es un reflejo de su vida material; la ideología de una época es el transfondo de la economía social, de las técnicas, de la productividad del trabajo; pues la infraestructura domina toda la superestructura: (religión, política, arte, derecho, moral y filosofía).

La conciencia no es un producto abstracto o divino, sino de origen social. Sin fuerzas productivas, la conciencia del hombre de la edad de piedra no era muy superior a la vida instintiva de los animales más desarrollados de la escala zoológica. Ello prueba que hasta el lenguaje es un producto social. Cada objeto tiene una expresión oral, que antes ha sido creado objetivamente por el trabajo humano. El pensar viene con el trabajar, con la modificación de la Naturaleza por el hombre: la praxis es el resultado entre la naturaleza transformada por el trabajo y la Naturaleza humana reflejada en él.

En cada período de la historia, más que un montón de ideologías, encontramos una cantidad de fuerzas productivas, en función de las cuales se crearon las clases; se relacionaron los individuos entre sí y entraron en relación con la Naturaleza; se formaron las ideologías, como reflejo del modo de producción imperante; en fin, la generación o generaciones de una época fueron, en cierta medida, determinadas por las generaciones precedentes que les legaron una cantidad determinada de fuerzas productivas. Nadie puede ir más lejos de lo que le permitan sus propias fuerzas, en buena dialéctica. Consecuentemente, entre el capitalismo y el comu-

---

(1) Marx y Engels, *Ideología alemana*.

nismo hay un régimen de transición, determinado por las estructuras económicas retrasadas del capitalismo que, en el mejor de los casos, ni en Estados Unidos permite, inmediatamente, pasar al comunismo sino únicamente al socialismo.

La "praxis" (pensamiento y acción) indica que uno debe proceder según tiene que trabajar y modificar a la Naturaleza. De nada sirve pensar en burgués y tener un ingreso de proletario, o pensar en proletario (como muchos izquierdistas pequeño-burgueses), pero tener una práctica de burgués. En definitiva, el comportamiento es el que hace a la vida y a la conciencia de cada individuo perteneciente a cada clase. La "praxis" es la determinante de la conducta y la que fija la ideología, justamente porque los sistemas económicos están en el tiempo y en el espacio, no se los puede cambiar totalmente de la noche a la mañana.

Lo que los filósofos llaman —pomposa y metafísicamente— la esencia del ser humano, no es un producto divino, sino algo vinculado con la "praxis": la suma de fuerzas productivas; las relaciones sociales; las estructuras de clases; el nacer en una ciudad o el campo (en un país industrializado o subdesarrollado); el nivel de las técnicas; la productividad del trabajo; en fin, todo lo que un ser humano recibe al nacer, aquí o allí, forma su esencia y modelará su conciencia —rebilde o resignada—, según las contradicciones o equilibrios sociales, en una época determinada de la historia.

"Las condiciones de vida, que se encuentran las diversas generaciones, deciden también si la revolución que estalla en una época dada (las revoluciones se repiten periódicamente en el curso de la historia), será o no lo bastante vigorosa como para derribar el orden establecido en esa época".<sup>1</sup> Dialécticamente

---

(1) Marx y Engels, *Ideología alemana*.

te, sin ciertas condiciones históricas, económicas y sociales —objetiva y subjetivamente favorables— una revolución no se consuma. Las revoluciones sociales vienen a resolver contradicciones y alienaciones insostenibles para las masas populares, mediante la violencia (lucha de clases) que constituye el motor de la historia de la humanidad, hasta que triunfe el socialismo en todo el mundo y no en un sólo país, como lo pretenden los revisionistas soviéticos, apologistas de la coexistencia, de la no violencia. Para ellos, Gandhi es el profeta, no Carlos Marx.

## CAPÍTULO III

### LA ESTRATEGIA DE LA ERA NUCLEAR

#### *Guerra en superficie contra guerra atómica*

Para la burguesía degaullista, la realización del "gran destino" franco-alemán estriba en crear una "tercera fuerza", estratégica y económica, como la Comunidad europea, capaz de neutralizar o de oponerse al "gran destino" anglosajón sobre Europa, y de combatir por las armas, si fuera necesario, el "gran destino" soviético en Centroeuropa y en Alemania oriental.

Con la Europa carolingia, los franco-alemanes tienden a equilibrar, en poder, a los anglosajones y a los soviéticos. Una vez que los ejércitos germanos-galos posean suficientes armas nucleares, tratarán de negociar, de igual a igual, con soviéticos y anglosajones. El general de Gaulle aspira a incorporar la Comunidad europea al "club atómico", para tener derecho de guerra o paz en Berlín o en otra parte, sin fiarlo todo a la "cobertura atómica norteamericana". Las armas nucleares darán al eje

**Bonn-París** el rayo de Júpiter, para poder intervenir en las cosas de la tierra, sin pedir siempre permiso al Tío Sam y a John Bull: dos socios un poco inseguros, ya que suelen entenderse con los soviéticos, sin consultar con los franco-alemanes, en materia de estrategia atómica.

El "Club Atómico de Moscú" no cuenta con la simpatía de París ni de Bonn. El eje Bonn-París, a pesar de su aspecto neo-fascista, no podrá ser quebrado por los liberales, los social-demócratas y los comunistas revisionistas, porque la Comunidad europea es un hecho irreversible, dado que ha conseguido un crecimiento económico, como promedio anual, de más del 5 %, contra menos del 3 % antes del funcionamiento del Mercado Común Europeo.

Como los grupos liberales social-demócratas y comunistas son partidarios de la no-violencia, es poco probable que deshagan la alianza franco-germana, que por estar matizada de antiyanquismo y de anti-sovietismo, responde a los ideales de un nacionalismo europeo de corte burgués, capaz de proporcionar votos favorables al general de Gaulle, en repetidos plesbicitos. Además, los grandes banqueros e industriales europeos se oponen a la expansión de las inversiones norteamericanas en Europa y África. Por consiguiente, el antinorteamericanismo, no comunista sino capitalista, crea un reflejo sentimental en Francia y Alemania, es favorable a la política de unidad europea.

El eje Bonn-París concreta una alianza entre dos países continentales, sobre cuyo centro de gravedad girarán y se nuclearán, estratégica y económicamente, Italia, Bélgica, Holanda, España, Portugal, Aus-

tria y otros países. La "Alianza Atlántica" era demasiado grande, extremadamente contradictoria, únicamente válida cuando Estados Unidos aplicaba el plan Marshall y tenía el monopolio de las armas nucleares.

El pacto germano-francés, más chico que la OTAN, es, sin embargo, más coherente: ha surgido del poderío financiero e industrial de la Comunidad europea (CEE), de las bombas atómicas francesas, de la crisis de Suez (donde Estados Unidos abandonó a sus aliados europeos), de la crisis del Caribe (donde el Tío Sam pide la intervención de sus aliados europeos, sin recordarse de Suez), en fin, el eje Bonn-París se adelanta a los acontecimientos, en el sentido de que Moscú y Wáshington pudieran concertar una "gran alianza", sin consultar a sus aliados europeos.

La "paz atómica" impuesta por un acuerdo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, no conviene a los intereses franco-germanos, y, en consecuencia, éstos se oponen a la creación de una "fuerza nuclear multinacional" de OTAN, monopolizada por el Tío Sam, que tendría derecho de paz y guerra al reservarse unilateralmente, el empleo de las armas nucleares contra una tercera potencia.

## EL IMPERIALISMO DEL DÓLAR

Los Estados Unidos quieren permanecer en Europa para estar a la mitad del camino contra la URSS, lo cual simplifica y multiplica su capacidad de "represalias atómicas", gracias a tomar a Europa como escudo. Esta política, incierta y de segundas intenciones, no es tolerada por los alemanes y los franceses, que aspiran a concretar una potencia europea para plantear, sin los norteamericanos, el problema de Berlín, cuando la Comunidad europea sea una

tercera potencia atómica. En cuanto a China comunista, la Comunidad europea se entenderá con ella, sin tener en cuenta el bloqueo económico norteamericano contra Pekín, para debilitar a los yanquis, de una parte, y, a los soviéticos, de la otra.

En América Latina, la Comunidad europea tratará de desplazar a los capitalistas yanquis, mediante una política de préstamos, créditos y radicación de capitales, menos colonialistas que la "empresa norteamericana", tipo United Fruit o Standard Oil.

La "Europa carolingia" está en interés de los banqueros, los industriales, los curas y los generales. El capitalismo europeo, que aspira a una expansión interna y externa, no acepta de buen grado que las inversiones norteamericanas en Europa asciendan a unos 7.000 millones de dólares, según datos para 1961. Del total de esos capitales, unos 3.041 millones de dólares corresponden a países del Mercado Común Europeo, 3.523 millones a la Gran Bretaña y 408 millones de dólares a Suiza.

Los "trusts" norteamericanos han penetrado, profundamente, en la economía europea, cuando el Plan Marshall actuaba como "caballo de Troya" del *imperialismo del dólar*. Después de 1957, las condiciones han cambiado, debido a la crisis latente de la economía norteamericana.

En 1962, por ejemplo, Francia tenía en su poder 1.000 millones de dólares en títulos, letras y valores de los Estados Unidos, que si los convierte en oro podría exigir, inmediatamente, cerca de 900 toneladas de metal que aceleraría la crisis del dólar, hacia una inevitable devaluación, que implica su destronamiento, como divisa universal en el Fondo Monetario Internacional. El Tío Sam tiene que pedir hoy ayuda a Europa en vez de dársela: justamente por eso ahora Francia ha planteado una política independiente de los anglosajones porque la



esterlina y el dólar están en crisis, mientras el marco, el franco y el florín son divisas sólidas y escasas, en el comercio mundial.

La ley de desarrollo económico desigual de país a país ha favorecido a los países de la Comunidad europea, mientras ha detenido el crecimiento de los Estados Unidos. Como todo poderío estratégico es potencia económica, la república del dólar ha dejado de ser la potencia determinativa de la "alianza atlántica": Francia y Alemania ocupan, actualmente, la jerarquía norteamericana, particularmente en Europa occidental. Si Bonn quiere presionar sobre los soviéticos en Berlín tendrá que protegerse con el "paraguas atómico" de París.

Estados Unidos, hacia principios de 1963, entraba en una quinta crisis económica de posguerra, según declaraciones del presidente Kennedy. Para remediar esa situación, pedía al Congreso autorización para rebajar los impuestos al consumo en 12.500 millones de dólares, en un trienio, a fin de elevar la capacidad de consumo en 500 dólares por habitante, como medio de estimular la producción. Ello demuestra que el "tiempo de acumulación" no es favorable para el capitalismo norteamericano, incapaz de digerir su progreso económico y tecnológico, sin crisis económicas y sin desocupación en masa. De ahí la tendencia a obtener ganancias de fuentes externas, mediante la radicación de capital yanqui en otros países.

En Europa, los burgueses de la Comunidad europea, se oponen tenazmente a la expansión de las inversiones norteamericanas en razón de la ley de la competencia, de la defensa del mercado interno y de adelantarse a tiempos críticos. Francia limitará la esfera del capital norteamericano en Europa, debido a que las subsidiarias norteamericanas siempre aplican, en los países donde actúan, técnicas y pa-

a fin de que no sea jugada sin los franco-germanos la carta de Berlín o de la unidad de las dos Alemanias, entre soviéticos y anglo-sajones.

## SOVIÉTICOS Y ANGLOSAJONES

Los soviéticos y los norteamericanos están cooperando en los programas espaciales de ambos países. Y es sintomático —casi increíble— que cuando el incidente chino-hindú, entre el 21 de octubre y el 21 de noviembre, los soviéticos y los norteamericanos mantuvieron una misma actitud, una política similar. Estas "coincidencias" crean recelos en Francia y Alemania que se sienten, en forma de "sandwich", entre Washington y Moscú, mientras la Comunidad europea no sea, potencia nuclear. Para el general de Gaulle y el Estado Mayor Alemán, la contribución del Pentágono a la defensa de Europa occidental es insuficiente, ha devenido anacrónica.

Como la Comunidad europea se ha hecho una potencia financiera y económica de primera magnitud mundial con sus enormes reservas de oro y sus industrias, deberá convertirse, a corto plazo, en potencia nuclear, para tener derecho de guerra o paz, sin consultar con los Estados Unidos. Tal es la política y la estrategia de los germanos-galos, en los próximos años decisivos.

La correlación de fuerzas económicas y estratégicas en el campo imperialista ha cambiado mucho durante estos últimos años: Estados Unidos no es ya ni la sombra de la potencia mundial que era en 1948. Perdió la guerra de Corea (porque no la ganó siendo primerísima potencia); detuvo los acontecimientos contra la URSS (cuando la crisis de Suez, en 1956); exalta el nacionalismo africano contra las antiguas metrópolis europeas; azuza a las naciones europeas contra de Gaulle; en fin, el Tío

Sam se pierde en políticas vacilantes, cuando se plantea el problema de Berlín negándose a dar "cobertura atómica" contra Rusia.

Dialécticamente, la Comunidad europea está dirigida contra el "leadership" norteamericano sobre el viejo mundo, que ya puede pasarse sin la diplomacia del dólar, como en otras épocas. A medida que la Comunidad europea se constituye en potencia atómica, Estados Unidos tendrá que rotar en torno de ella, o enfrentarse con ella en África, Asia oriental y América Latina, donde los europeos pueden acorralar a los norteamericanos.

## ANGLOSAJONES Y FRANCOGERMANOS

El eje Bonn-París, por consiguiente, quiere evitar la formación de una "gran alianza" yanqui-soviética, forzar a Inglaterra a entrar en Europa (sin privilegios o como punta de lanza de Estados Unidos); en fin de cuentas, obligar a la URSS a retirarse de Alemania y, subsiguientemente, en Europa oriental. Mientras duren las naciones, sus antagonismos se resolverán por medio de la violencia.

Alemania se ha orientado hacia Francia, negando su apoyo a Inglaterra para que entrara con privilegios en el Mercado Común Europeo; relegó la creación de una "fuerza multinacional nuclear" en la OTAN (contralada por Estados Unidos), justamente para que el grupo franco-alemán llegue a ser potencia atómica, con o sin permiso de los norteamericanos, los británicos o los soviéticos.

Estados Unidos amenaza a los germanos con retirar sus tropas de cobertura en Alemania, pero esta política ya no da resultado, para romper la alianza germano-gala. A su vez, Inglaterra presiona sobre Francia, con una ofensiva comercial, para separarla de Alemania; pero los juegos están hechos: el

**eje Bonn-París es política antisoviética y antian-glosajona, para crear una tercera potencia atómica mundial.**

Inglaterra es el eslabón más débil de la cadena de contradicciones inter-imperialistas: la libra esterlina no tiene masa de maniobra de oro para resistir la presión del franco y el marco; y sin el mercado de Europa occidental, la crisis económica estallará, en profundidad, al otro lado del canal de la Mancha. Ya la depresión se deja sentir en la zona de esterlina: la industria marcha (1963-64) al 75% de su capacidad, los astilleros al 78% y la fabricación de automóviles al 70 %.

Todo indicaría que Inglaterra tendrán que entrar en el Mercado Común Europeo, aunque tuviera que traicionar a los Estados Unidos, en materia de "secretos atómicos". Para "ablandar" al general de Gaulle, la rubia Albión le ofreció 100 kilogramos de plutonio: al parecer suficientes como para fabricar 20 bombas atómicas; pero el general no se conforma con una victoria parcial, quiere todo o nada, sin limitación de ninguna clase.

París rechazó la oferta de "Polaris" norteamericanos, contra la entrada de Inglaterra en el Mercado Común Europeo y la renuncia a la alianza franco-germana. El eje Bonn-París, principalmente, se opone a que Europa sea colocada bajo el total dominio de los Estados Unidos. Justamente, por eso Inglaterra fue vetada en la Comunidad europea, porque está dentro de la estrategia atómica del Pentágono y se resiste a compartir sus "secretos atómicos" con los militares alemanes y franceses.

Francia, que aspira a ser el epicentro de la Europa atómica, no formó parte de la Comisión Permanente de Desarme, que funciona en Ginebra. Y sin China popular y la Comunidad europea, en cualquier convenio de desarme, no podrá funcionar el

'club atómico' de Moscú, entre soviéticos y anglosajones. Ya China es potencia nuclear. ¿Cómo mantener el "Club Atómico de Moscú"?

Francia quiere fabricar bombas atómicas a menos que la URSS, EE. UU. e Inglaterra no destruyan las que tienen —ya que estas armas dan una superioridad estratégica en materia de armamentos. Francia extiende su estrategia hacia la península ibérica: (España y Portugal), para desplazar de ahí a los norteamericanos; tomar posiciones geo-estratégicas en las islas Baleares, Canarias, Madera y Cabo Verde, para vigilar a los yanquis, sobre todo, en Africa occidental. Al mismo tiempo, las minas de uranio españolas pueden constituir las bases de la industria atómica de la Comunidad europea. El eje Bonn-París tiene tendencias a centrifugar todas las naciones de la Europa continental, occidental y mediterránea, salvo los países de democracia popular. Sin embargo, Bonn duda entre París y Washington. Por eso, París viró hacia Pekín en 1963 y apoyó a Bucarest, en 1964, para industrializar atómicamente a los rumanos, contra los deseos de Rusia.

El equilibrio de fuerzas nucleares, entre la URSS y los EE. UU., planteó la necesidad de un acuerdo total soviético-anglosajón, para suspender las pruebas de bombas atómicas; pero ello no conviene a los franco-germanos. La paridad de potencia atómica, entre el Este y el Oeste, ha creado un grave vacío político y estratégico, que no permite resolver el problema de Berlín y la unidad de las dos Alemanias ya que, actualmente, no se podría hacer ni la guerra convencional ni la guerra atómica, entre las grandes potencias. Para salir de la "impasse", el eje Bonn-París creará una nueva potencia nuclear, y, entonces, los soviéticos tendrán que enfrentar una línea dura en el perímetro de Berlín.

Kruschov declaró que no hay posibilidad de cons-

tituir una "tercera fuerza atómica": la verdad es que Francia y Alemania ya la han esquematizado y pronto estará formada, en función de un mayor poderío financiero que Estados Unidos o Inglaterra. La potencia industrial y financiera de la Comunidad europea, superior a la de la URSS, contará con un "poder nuclear de disuación", dentro de poco tiempo. Entonces, habrá llegado el momento de plantear, definitivamente, el problema de Berlín y la unidad de las dos Alemanias. Esto sucederá, posiblemente, antes de 1980. De Gaulle tiene prisa por formar la Unidad de Europa-occidental, pues le quedan pocos años de vida...

Bajo el pacto germano-galo, que pone fin a 400 años de guerra, entre Francia y Alemania, París con el apoyo de Bonn dio en 1963 un doble "no" a Inglaterra (mediante el veto a su entrada en la Comunidad europea); a Estados Unidos (rechazando los cohetes "Polaris"); pues en opinión del general de Gaulle ello era un cuchillo sin hoja. La alianza franco-germana producirá la "tercera fuerza atómica", para interferir el amable diálogo, entre el Kremlin y el State Department, sobre el problema de Berlín, los programas espaciales yanqui-soviéticos, el desarme y la suspensión de las pruebas nucleares, cosa que, actualmente, no conviene a Francia y Alemania ni a China comunista.

Estados Unidos quiere mantener el monopolio de las armas atómicas en la "alianza atlántica", para decidir la paz o la guerra entre Oriente y Occidente, para prevenir la guerra nuclear, para hacer la política, la diplomacia y la estrategia del "mundo libre". Frente al monopolio atómico de los anglosajones o de los soviéticos, Francia, con la colaboración de Alemania, quiere crear una "fuerza de disuasión atómica", capaz de matar a 20 millones de personas.... Así, pues, cuando se plantee

el problema de Berlín los norteamericanos y los soviéticos tendrán ante ellos a una gran potencia nuclear, que puede producir una guerra atómica.

Si la URSS no se aviniere a "replegarse de Berlín", los franco-germanos la amenazarían con una guerra convencional, que podría ser nuclear por derivación. Los Estados Unidos no podrían eludir su entrada en tal conflicto, a menos que no expusieran a Europa occidental a una invasión soviética, que daría a la URSS el indiscutido dominio material y geoestratégico del mundo. El día en que el eje Bonn-París tenga la posibilidad objetiva (atómica) de desencadenar una conflagración por Berlín, u otro problema en disputa con la URSS, la "decisión última" dejaría de ser un monopolio de la Casa Blanca: entonces se habrá disuelto el "Club Atómico de Moscú".

A medida que los franco-germanos se constituyan en tercera potencia nuclear, los anglosajones se irán replegando de Europa: podrán entenderse con los soviéticos, pero sus intereses de clase y estratégicos están ligados al Oeste, como Prometeo lo estaba a la roca que lo retenía encadenado en el Cáucaso. La guerra se presenta, así, como una continuidad de la política por otros medios, con armas atómicas o sin ellas, a pesar de la mitología jruschoviana de la coexistencia pacífica, que ha naufragado en China, Berlín, el Caribe, el Sudeste asiático, África y América Latina.

La Comunidad europea, más concretamente el eje Bonn-París, constituye una potencia de igual valor que Estados Unidos o la URSS: el poderío financiero e industrial de la Europa integrada es capaz de crear una estrategia nuclear equivalente a la de la URSS o de los Estados Unidos. El advenimiento de tal potencia nuclear modificará la correlación de fuerzas estratégicas mundiales, deslizando el mun-

do hacia la guerra, al plantearse la unidad germana y la rivalidad europea y soviética en los países centro-europeos. El eje Bonn-París obligará a los anglosajones a comprometerse en una política seria y rígida respecto a la solución del problema de Berlín.

## LA DISUASIÓN NUCLEAR

Cuando la Europa occidental emplee la estrategia atómica, Moscú tendrá que ser definitorio en Berlín, mientras Londres y Washington tendrán que hablar claro o ser echados de Europa. Con la estrategia nuclear, en manos de los franco-germanos, Estados Unidos perderá la dirección política, económica y militar de Europa; puesto que ya no podrá decidir la guerra o la paz sino que ello puede ser decidido por los franco-germanos. La OTAN es una mera sigla: (abarcaba un círculo muy grande y aprieta poco a los soviéticos, para resolver el problema entre las dos Europas). El pequeño círculo Bonn-París es más concreto y coherente, más agresivo, más real que la "alianza atlántica"; aunque los buenos burgueses alemanes prefieran hacer de asno de Buridán, entre París y Washington, pero esa política de Erhard es poco durable, es de transición.

La estrategia nuclear, según el criterio yanqui, debe ser dirigida por una capital, no por dos o por tres. En este orden de ideas, los norteamericanos hacen toda clase de maniobras para evitar que los franco-germanos sean una potencia nuclear independiente, no sea que los comprometa en Berlín, o que se revuelva contra ellos en el Mediterráneo o en Africa. Los germano-galos saben que, con sus armas atómicas, quizá no detendrían a los soviéticos, pero bastan para comprometer, sin posibilidad de escape, a los norteamericanos y los británicos.



El acuerdo de las Bahamas (1963), entre Inglaterra y Estados Unidos, dejó la "decisión atómica última" en manos de los norteamericanos; pero el eje Bonn-París tiende a determinar los acontecimientos para la guerra o la paz, con o sin los yanquis. Tal es la estrategia de los militares franceses y alemanes.

Ante estas perspectivas belicistas, los yanquis piensan escaparse del "imbroglio" de Berlín y de la unidad alemana, cuando mueran Adenauer y de Gaulle. Washington cree que la historia trabaja para los hombres de 40 años y no para los de 70: (de Gaulle) o más de 80: (Adenauer). Se dice que la Europa franco-germana tuvo dos monarcas decrepitos y un nacionalismo anacrónico, pero tales interpretaciones son puramente subjetivas: los militares germano-galos llamados a hacer la política, por la inoperancia revolucionaria de los comunistas y los social-demócratas darán al eje Bonn-París el cemento necesario para que no lo quiebren las insidias anglo-sajonas y el "Club Atómico de Moscú". Con De Gaulle y Adenauer o sin ellos la Europa occidental planteará su contradicción frente a la Unión Soviética y, en cierta medida, contra los anglosajones.

Con la Comunidad europea y el eje Bonn-París los anglosajones han sido desplazados del continente. En adelante les será difícil ganar, por medio del comercio, las divisas necesarias para pagar sus tropas estacionadas en Europa, sus bases aeronavales y su política de prestigio. Además, se hace imposible crear un mercado occidental atlántico bajo la protección de sus privilegios en el Mercado Común Europeo.

## UNA FICCIÓN: LA O. T. A. N.

El Pentágono, quiere mantener el control estratégico de la alianza "atlántica" (OTAN) reservándose el monopolio de las armas nucleares. Washington, con su quimera estratégica, ofrece a los europeos protección atómica, pero sin que éstos decidan, cuándo, dónde y cómo deben ser empleadas las bombas nucleares. La Casa Blanca amenaza al Kremlin con el torbellino atómico si se atreviere a invadir a Europa; pero los franco-germanos saben que ello es pura fantasía, ya que la URSS no lo hará; luego, tal política es prometer lo que no se va a dar o emplear. Por otra parte, los soviéticos amenazan a los norteamericanos con el "terror atómico", si intentaren atacar a Cuba o Centroeuropa. Directamente, los yanquis no lo harán; pero, indirectamente, es indudable que lo efectuarán, sin que los soviéticos puedan emplear sus armas atómicas.

Mientras se pueda emplear la estrategia indirecta, la guerra se manifiesta como un forma del arte de la política. Entre dos potencias rivales, con paridad de poderío nuclear, la guerra es posible en razón de la estrategia indirecta, con armas convencionales y en forma de guerras marginales. La URSS puede hacer guerras revolucionarias en los países subdesarrollados, pero no las hace; el Oeste, sí las hace, contrarrevolucionarias, en Cuba y en otras partes del mundo, en esta época de "ni guerra ni paz", entre Oriente y Occidente.

Con el ascenso de la Comunidad europea a potencia atómica independiente, la rivalidad, en el seno de la "alianza atlántica", es una necesidad y una realidad. En adelante, el eje Bonn-París decidirá por sí, sin viajar a Washington, cuándo, dónde y cómo debe resolverse, hasta sus últimas consecuencias, las contradicciones existentes entre la

URSS y Europa. Las "últimas decisiones" sobre la guerra o la paz, no corresponderán a los norteamericanos sino a los francogermanos. La interdependencia estratégica, entre los anglosajones y los franco-germanos obligará a los primeros a seguirlos hasta el "polvorín" de Alemania oriental, para forzar a los soviéticos a un repliegue. Este devenir trágico se producirá quizá antes de 1980, a menos que la América Latina no instaure el socialismo por medio de la guerra revolucionaria y se lo transfiera, por reacción en cadena, a Estados Unidos, una vez que este país haya perdido el *commonwealth latinoamericano*.

A pesar de las armas atómicas, es muy posible el estallido de una guerra realizada con armas convencionales en Europa. El general Taylor, estratega norteamericano, no descarta esa posibilidad: recomienda la fabricación de tanques, cañones, artillería, ametralladoras y aviones en cantidades considerables. No obstante las armas nucleares, puede librarse una guerra clásica por temor a la destrucción en masa de tropas y grandes ciudades, cosa que no rige para la guerra en superficie, en base a la desconcentración, sin *endivisionamiento* de las tropas, de modo que las unidades sean de pequeñas dimensiones, muy móviles, viviendo sobre el terreno, utilizándolo al máximo, para contrarrestar los efectos destructivos de las armas nucleares .

La estrategia atómica parece impensable mientras se razone en base a grandes unidades militares (divisiones) y a la defensa de ciudades; pero, en la guerra revolucionaria, la estrategia atómica es pensable, mediante la *concentración dispersada*: la guerra del pueblo en armas, para acabar, de una vez por todas, con las guerras grandes y las guerras pequeñas, suprimiendo sus causas: (los egoísmos nacionales, la lucha de clases, la propiedad privada

—como derecho de usar y de abusar—, las crisis económicas, la desocupación y otras determinantes de las guerras nacionales y las guerras imperialistas, factores alienantes en el capitalismo).

Vivimos una época de transición, de delirio y de ambición: la guerra termonuclear se presenta como una espada de Damocles, suspendida sobre el cuello desnudo del pueblo. Se habla en un clima de paroxismo, de alienación por el terror atómico, del 'fin del mundo', como en los años tenebrosos del siglo X, cuando los curas anticipaban el Apocalipsis para quedarse con los bienes de los tontos y de los timoratos. La bomba atómica, por más que se presente como el símbolo del Demonio, es una invención humana surgida de las contradicciones del capitalismo: sin ellas, no sería bomba, sino energía al servicio del hombre, para construir y no para destruir.

Mientras existan estos antagonismos y contradicciones, la guerra se presentará, en la historia humana como una forma de la política, derivada de la lucha de clases, de la desigualdad económica entre las naciones. Sólo el socialismo, a la escala mundial, no engaña al hombre y lo libera de lo inhumano, de la alienación, cuya causa eficiente es la propiedad privada de los medios de producción y la desposesión de la gran masa trabajadora asalariada, oprimida y explotada por una minoría que, en defensa de sus privilegios, recurre a la violencia, a la guerra, a la desocupación en masa de los obreros, en períodos de crisis económicas.

## EL EQUILIBRIO DEL TERROR

Los teóricos de la guerra —generales y políticos— hablan, con la mayor tranquilidad de ánimo,

acerca de la destrucción de millones de seres humanos por medio de las armas nucleares.

—“Sostengo categóricamente —dice el mariscal Malinovski— que como respuesta a los 344 proyectiles, con los cuales nos amenaza el señor Mac Namara<sup>1</sup> lanzaremos un golpe simultáneo de muchos más proyectiles y con una fuerza nuclear tan devastadora, que eliminará de la faz de la Tierra todos los objetivos, los centros industriales y políticos administrativos de los Estados Unidos, y destruirá completamente a los países que han cedido sus territorios para instalar bases norteamericanas”<sup>2</sup>.

Este lenguaje de Júpiter tonante pareciera elevar a los hombres, por el delirio de la guerra, a la categoría de los dioses malos. Sin embargo el “terror atómico”, como un juguete diabólico del entendimiento se presenta, cada día y cada hora, como una posibilidad de destrucción masiva de millones de seres humanos; pero solamente porque existen los egoísmos nacionales y los intereses de clases, como determinantes de la guerra.

En vez de amenazar con la coherería soviética a los Estados Unidos, en respuesta a las fanfarronearías de MacNamara, los líderes soviéticos deberían desmilitarizar la estrategia llevando la guerra revolucionaria a los países semicoloniales, hecha con armas convencionales; pero que, en definitiva, vencería al imperialismo con una vasta guerra en superficie, sin que éste pudiera emplear sus armas de destrucción en masa, en forma eficiente.

Los soviéticos truenan con amenazas contra los

---

<sup>1</sup> Mac Namara, ministro de defensa de Estados Unidos.

<sup>2</sup> Discurso del mariscal Malinovski, febrero 23 de 1963. Con motivo de la conmemoración del 45 aniversario del Ejército Rojo.

capitalistas, pero siempre pactan con ellos en Corea, Viet-Nam del Norte, Laos, Cuba y en otras partes del mundo, donde la guerra revolucionaria es el arma secreta más eficaz contra el imperialismo, más que la cohertería de Malinovski que, al ser empleada, atraería, como un pararrayos, a los cohetes norteamericanos portadores de cargas nucleares de represalia (según el lenguaje de Dulles, "represalias atómicas masivas").

Entre dos potencias nacionales con igual paridad de poderío nuclear, el resultado de su poder, para par, es igual a cero. En consecuencia, todo se reduce a un diálogo entre personas alienadas por el terror atómico; pero incapaces de salir de la crisis estructural de nuestro mundo; de la cual solo se saldrá por medio de la guerra revolucionaria, en los países semicoloniales y en los países capitalistas. La consigna de nuestro tiempo es: revolución social, pero no guerra.

Los militares y los políticos norteamericanos, en cuanto a estrategia nuclear, piensan, fría y calculadoramente, en estos términos: "La URSS no realizará un ataque sorpresivo contra los EE. UU., pero si lo hiciera nos produciría entre 10 y 20 millones de muertos. En caso de que dicho ataque, se efectuara como represalia contra los soviéticos, el precio no sería demasiado elevado para "desembarazar al mundo del comunismo". Dentro de esta moral de cafres, se razona en base a que una guerra limitada, en Europa u otra parte, quizá no provoque la guerra nuclear; pero, con todo ello, los estrategas del Pentágono estiman que la guerra atómica puede ser empleada, en pequeñas dosis, con armas tácticas nucleares, en las guerras limitadas o guerras revolucionarias.

Se dice que la Unión Soviética tiene 1.500 proyectiles intercontinentales, contra 130 de igual ca-

lidad los Estados Unidos. Los yanquis cuentan con 11 submarinos atómicos, portadores, cada uno, de 16 cohetes "Polaris", lo que hace un total de 128 a 144 ICBM, de esa clase. En materia de aviación estratégica, los norteamericanos poseen 600 bombarderos intercontinentales, contra 200 los soviéticos. Además, los Estados Unidos disponen de 250 bases aeronavales, en todo el mundo. Se afirma que el Pentágono ha camuflado 300 ICBM, dentro de silos blindados, en el Estado de Montana.

El "equilibrio del terror atómico", está, en cierto modo, logrado entre soviéticos y norteamericanos. Expertos en estrategia nuclear consideran que con su retirada de Cuba, los soviéticos han perdido el equilibrio del poder atómico; puesto que, desde esta isla, los rusos podrían haber anulado el poder de disuasión nuclear de Estados Unidos contra la Unión Soviética. Los especialistas en armamentos nucleares estiman que los norteamericanos disponen de 50.000 ojivas atómicas, contra 30.000 los soviéticos. La paridad de poder atómico, paraliza a las naciones, sin que éstas puedan hacer la historia; pero tienen que estar, directa o indirectamente, en todos los pequeños y grandes conflictos de nuestro mundo: siempre al "borde de la guerra".

## ARMAMENTISMO Y CAPITALISMO

La industria armamentista se ha convertido en la fuente más lucrativa de ganancias para los grandes monopolios de la industria pesada. Las inversiones en los programas de la defensa nacional, constituyen el mayor y más seguro mercado para la siderurgia, las construcciones mecánicas, las fundiciones de metales no ferrosos, la industria química, la industria electrónica y otras ramas industriales que sería prolijo enumerar. El general Eisenhower,

que no es sospechoso de marxista, hablando sobre la conjunción armamentista y militarista, dijo, en cierta ocasión: "la estrecha vinculación de un inmenso aparato militar y de una gran industria de armamentos es una experiencia nueva para los Estados Unidos. En los consejos de gobierno debemos guardarnos de la influencia indeseable que adquieren, deliberadamente o no, el complejo militar-industrial. El peligro existe y persistirá, mientras manos poco expertas usen de manera desastrosa el poder que detentan". Según informaciones —dignas de crédito— a la industria armamentista norteamericana se ligan 1.500 militares como empleados o como eminentes dirigentes de las grandes firmas, que absorben las inversiones estatales en la compra de armamentos.

La guerra es un negocio privado que proporciona pingües ganancias, pero ese oro es resultado de la transformación de la sangre humana en metal del Diablo. ¿Hasta cuándo los pueblos van a ser el conejillo de indias de los monopolios armamentistas o de las logomaquias del revisionismo soviético?... Sólo se puede salir de la crisis por la vía revolucionaria, no por el desarme utópico.

## PARIDAD DE DESTRUCCIÓN NUCLEAR

La paridad del poder nuclear acerca a los norteamericanos y a los soviéticos: ambos piensan que las armas atómicas deben ser retiradas de la primera línea avanzada y cerrojadas electrónicamente; y, en el peor de los casos, que sólo el presidente de los Estados Unidos o el "premier" de la Unión Soviética puedan abrir esos *cerrojos electrónicos*. Para evitar una guerra nuclear preventiva, entre la Casa Blanca y el Kremlin funciona un hilo directo. Kennedy tenía más contacto con Jruschov que con el



gobernador de Florida; la paridad de poder atómico entre soviéticos y norteamericanos condujo a un "statu quo" que no convenía al general de Gaulle. La neutralización del poderío yanqui-soviético en las armas nucleares, permite la entrada en escena de Francia y China, que romperán el equilibrio Moscú-Washington. Este desenlace, en el drama atómico, echa por tierra el deshielo de la guerra fría norteamericana contra los Soviets.

La guerra termonuclear es impensable a la escala de las grandes ciudades y las grandes unidades militares. Malinovski o Taylor, tienen iguales problemas estratégicos: ciudades como Moscú y Nueva York, y cuerpos de ejército. Dentro de ese esquema objetivo, la guerra nuclear es impensable subjetivamente; y las declaraciones de Malinovski o de Mac-Namara adolecen de los mismos defectos: *alienación por el terror atómico*, incapacidad de salir del círculo vicioso.

Sólo la guerra revolucionaria, en base a pequeñas unidades móviles extendidas en todo espacio, puede hacer pensable la estrategia nuclear, que tiende a ser desmilitarizada, en una guerra que no necesita de espuelas, gorras y galones, sino un ejército militante, guerrillero, clandestino, dispersado para vivir sobre el terreno, concentrado por unos instantes al ataque sorpresivo, para vencer al enemigo y abastecerse de él. Pero esta guerra, no conviene a los mariscales soviéticos porque la guerrilla modificaría el carácter de la sociedad soviética, la desmilitarizaría y la desburocratizaría, como lo está haciendo la milicia popular cubana o china. En cuanto a los norteamericanos, si dieran las armas al pueblo, el capitalismo duraría menos que un poco de carne en la jaula de una fiera.

Las jerarquías militares y civiles soviético-yanquis por el "equilibrio del terror atómico" están en punto

muerto, sin posibilidad de pensar la estrategia nuclear. Si los soviéticos fueran realmente revolucionarios, lanzarían a sus amigos comunistas de Occidente a la guerra revolucionaria, como el mejor medio de acabar con el imperialismo, lograr la paz socialista y hacer triunfar la sociedad comunista sin negociar con los anglosajones un acuerdo general de desarme, que no es posible obtener a la escala del capitalismo imperialista.

## REPRESALIAS ATÓMICAS

El principio de incertitud, que domina las investigaciones físico-químicas, es mucho mayor en cuanto al problema de la estrategia atómica (sin solución), mientras se tenga en cuenta, objetivamente, un ejército endivisionado, o masas humanas aglomeradas en ciudades. Así las cosas, los norteamericanos por más que griten contra los soviéticos, habrían propuesto a éstos, en "conversaciones secretas" no bombardearse recíprocamente las ciudades. "No seremos los primeros —habrían dicho los yanquis— en bombardear las grandes villas con armas nucleares, y esperamos que ustedes estén a la recíproca. Los proyectiles yanquis sólo golpearán las bases estratégicas". En contrapartida, los norteamericanos salvan sus propias ciudades, mucho más concentradas e industrializadas que las urbes soviéticas. Por ejemplo, Detroit tiene casi toda la industria del automotor; Pittsburgo controla la mayor parte de la producción siderúrgica; en fin, los yanquis quieren hacer la guerra atómica, pero con ciertas limitaciones, para que sea pensable a la escala de los generales, de las grandes unidades y de las grandes ciudades. Ello conduce a la coexistencia con los soviéticos, pero sin suprimir la violencia contra los chinos o los cubanos.

Como la guerra nuclear, si es desatada preventivamente, tendría, inmediatamente, "represalias masivas", los Estados Unidos están muy preocupados por la insistencia de Francia en cuanto a constituir una "tercera potencia nuclear independiente" que, a la largo, comprometería a los norteamericanos en una guerra atómica. Para contrarrestar la política degaullista, tendiente a crear una "tercera fuerza nuclear independiente", los norteamericanos proponen a las potencias de la OTAN la formación de un Consejo Especial, integrado por cuatro miembros, que estaría encargado de decidir el empleo de los cohetes "Polaris" cuyas cabezas nucleares, sin embargo, serían controladas por el Pentágono.

París rechazó, airadamente, los "Polaris" sin cabezas nucleares; es partidario de crear fuerzas nucleares independientes del control norteamericano, señalando que, durante la "crisis del Caribe", Estados Unidos demostró tener una política unilateral, sin previa consulta con sus aliados europeos. Ello arrastraría a las naciones de la OTAN a una guerra devastadora, por cuestiones latinoamericanas que no les conciernen. Además, los dirigentes franceses ponen en duda que los norteamericanos apoyen una guerra contra la URSS iniciada por sus aliados atlánticos. Consecuentemente, el pacto de la OTAN no tiene significación estratégica ni realidad política mientras que el eje Roma-París abarca cuestiones militares, políticas económicas y geográficas, peculiares de Europa continental.

Como la guerra nuclear es un problema de difícil control, los norteamericanos no quieren perder el monopolio de las armas atómicas. Ello exige un mando único, una autoridad única y una dirección única. No debe haber "fuerzas atómicas independientes" porque, en tal caso, no se podría controlar la guerra nuclear. Por ejemplo, el bombardeo de una ciudad

rusa por aviones o cohetes franceses pudiera interpretarse hecho por los norteamericanos, recibiendo las "represalias" las ciudades y centros estratégicos de los Estados Unidos. La *alienación por el terror atómico* crea, así, un peligro y una angustia permanente, si aparecen nuevos miembros nucleares en la palestra de la estrategia atómica.

Para evitar estas situaciones, los norteamericanos proponen "fuerzas multilaterales nucleares" de la OTAN, como base de defensa global, no nacional o de bloques atómicos. Al gran comando nuclear de la OTAN podrían ser nombrados oficiales europeos, pero la "decisión última", para la guerra o la paz, correspondería a los anglosajones. Tal política, insistimos una vez más, está fuera de los mandos estratégicos germano-galos, que tienen un objetivo común: crear una potencia atómica, separada de los anglosajones, para jugarla, en los problemas de Europa, contra la URSS; y, en Africa y el Mediterráneo, incluso contra Estados Unidos o Inglaterra.

### ¿EL APOCALIPSIS DE LA CIVILIZACIÓN URBANA?...

La guerra nuclear se presenta, pues, como el fuego que destruyó a Sodoma y Gomorra: ¿las ciudades de las grandes potencias capitalistas o las ciudades soviéticas serán pulverizadas? El *trágico devenir de las "polis" capitalistas* parece tener un final apocalíptico: el capitalismo las ha creado por virtud del fetichismo de la mercancía; y las bombas atómicas, una creación de las técnicas capitalistas, parecen cernirse sobre las grandes villas de nuestro tiempo. Los "burgos", donde naciera el capitalismo, han terminado su expansión, su monstruoso crecimiento a expensas de las poblaciones rurales: la

industria, con sus crisis intermitentes, detiene el crecimiento demográfico de las ciudades.

Todo indicaría que la civilización urbana se aproxima a su fin. Pero las armas atómicas hacen impensable la guerra, si se quiere conservar las ciudades. El arma nuclear es devastadora para la ciudad y casi inofensiva en el campo: la estrategia nuclear quizá determine una desconcentración de las poblaciones urbanas en beneficio del campo. ¿No estará próximo el fin de la civilización urbana burguesa?...

La civilización industrial plantea terribles interrogantes: 1) ¿producirá la ciberneticización total creando la base técnica del comunismo?; 2) ¿encontrará un equilibrio económico, social y político, o sus múltiples contradicciones la llevarán a una guerra nuclear, o a una revolución social a la escala mundial?; 3) ¿creará una autorregulación económica, sin capitalistas ni burócratas, para transformar el gobierno de clase en una administración de las cosas"?; 4) ¿la ciberneticización del trabajo creará una nueva cultura no sometida a la burguesía ni a la burocracia?; 5) ¿estamos cerca del socialismo, más cerca de lo que suponen los revisionistas soviéticos, debido a que la humanidad no puede vivir dentro del nacionalismo estrecho, que crea condiciones nacionales para el terror nuclear? Todo indicaría que las ciudades, tejidas por el hilo invisible de la mercancía y el dinero, son frágiles a las crisis económicas y a las armas nucleares.

La ciudad se opone al socialismo porque todos los bienes y servicios adquieren forma de mercancía, salarios, rentas, intereses o una división del trabajo de corte capitalista. La gran experiencia de liberación humana comienza en China comunista, mediante la formación de *comunas que serán las agrovillas del futuro*, donde la mercancía y el dinero ya han

sido suprimidos al 80 %. Los intercambios, dentro de la comuna, no revisten la forma de mercancía, lo cual permite la *desalienación económica*, peculiar del capitalismo privado o del capitalismo de Estado.

Las ciudades parecen tener un destino macabro: todo tiene un fin en el devenir: ¿lo tendrán los "burgos" capitalistas en las bombas atómicas? La verdad es que las ciudades son engendros del capitalismo: divorcian la economía social; crean un parasitismo económico insoportable; producen entropía económica creciente; en fin, lo que ha sido hecho por el capitalismo pareciera estar condenado a irse también con él.

La condición primordial para el triunfo del socialismo, aun después de haber abatido el poder de la burguesía, estriba en superar la contradicción entre ciudad y campo: todo deberá ser campo y ciudad (sin aldeas y sin gigantismo urbano de corte burgués); la explotación del campo por la ciudad se opone al socialismo; en fin, la concentración urbana es un fenómeno monstruoso del capitalismo. ¿Se acerca ello a su final histórico con las armas nucleares?...

La estrategia de las grandes potencias, como política de sobrevivencia en la era nuclear, se orienta hacia la creación de una fuerza de disuación atómica contra un posible enemigo nuclear. Esta estrategia, un tanto abstracta, poco segura, se orientaría, en principio, a impedir al posible adversario el empleo de sus armas nucleares, amenazándolo con represalias atómicas masivas de dos diferentes valores cuantitativos: 1) destruirle sus ciudades (que es el objetivo más fácil y menos costoso); 2) aniquilarle las bases de lanzamiento de las bombas atómicas (estrategia contra-fuerzas). En el caso uno, concretamente, estamos en la estrategia nuclear contra-ciudades y en el caso dos, en la estrategia contra-

fuerzas, mientras que en el segundo sólo estarían en condiciones de hacerlo la URSS y los EE.UU. Pero, en realidad, lo que plantea la energía nuclear es poder emplearla como arma de disuasión, aunque no sea realmente empleada. Tal es la situación de la URSS y de los EE.UU., que tienen que coexistir para no autodestruirse recíprocamente. En fin de cuentas, estas dos superpotencias llegan a neutralizarse una respecto de la otra, a paralizarse, es decir, a quedar reducidas a un poder mundial nulo, ya que el motor de la historia marchará hacia las guerras de liberación, hechas con armamentos convencionales.

La Francia degaullista estaría pronto dispuesta a conseguir un puesto en la jerarquía de potencias nucleares, llegando a la categoría de la "estrategia atómica contra-ciudades" para alcanzar después la "estrategia nuclear contra-fuerzas". Pero la Europa franco-germana al llegar a la estrategia contra-ciudades... soviéticas, ya podría plantear la unidad de las dos Alemanias: la "liberación de Berlín", con la posibilidad de que los soviéticos se replieguen más allá de la línea Oder-Nisse. Si de Gaulle realiza ese "milagro" el ejército alemán lo aceptaría como nuevo "canciller de hierro" del IV Reich, constituido en epicentro de la Comunidad Económica Europea: nueva superpotencia dirigida, en el Este, contra la URSS y, en el Oeste, contra los anglosajones. Al resolverse las contradicciones nacionales entre Francia y Alemania (Francia no necesita a Inglaterra), ambas irán unidas contra el polo de la contradicción de la Europa occidental: la Europa oriental, es decir la Unión Soviética. En buena dialéctica, cuando se resuelve una contradicción, se crea otra de orden o de distinto signo, mientras exista el capitalismo.





## CAPÍTULO IV

### ESTRATEGIA E HISTORIA MILITAR

*La guerra es la continuación de la  
política por otros medios*

La estrategia nuclear, ya sea en forma de destruir las ciudades del adversario o las bases de lanzamiento de sus ingenios nucleares, al mismo tiempo, implica una economía de guerra para tiempo de paz. En este sentido, la estrategia destruye las economías nacionales: el militarismo se hace tan caro e insoportable que lleva implícito el "Estado caro y malo", la inflación monetaria y el sacrificio de los consumidores en holocausto de las industrias pesadas (armamentistas). Ello crea condiciones para la guerra revolucionaria e imposibilidades para la guerra atómica imperialista.

La "estrategia logística" (abundancia de medios militares para la guerra moderna) significa la degradación de las economías en función del aumento del consumo improductivo (armamentos) a expensas de los bienes de consumo y de producción, que son los que determinan los niveles de vida. El capitalismo, dentro de la impensable estrategia nuclear, se acerca a su extinción histórica, pues si recurre a la guerra puede destruir la civilización burguesa y si mantiene la paz (con inversiones masivas en

el rearme) aumenta demasiado la pobreza en las masas populares. Así las cosas, los pueblos subdesarrollados, que no han llegado a las armas atómicas, deben tomar las riendas de la historia, haciendo las guerras de liberación contra sus oligarquías nativas y contra el imperialismo económico. Los movimientos de liberación afro-asiáticos y latinoamericanos constituirán, a pesar de las armas nucleares, los motores de la historia de la segunda mitad del siglo XX, que busca un desenlace socialista no respetando el "statu quo" entre soviéticos y anglosajones, que es una manera de crear "zonas de influencia", de repartirse el mundo en la era nuclear, pero a expensas de los países semicoloniales o subdesarrollados: más de 2.000 millones de seres humanos.

Los firmantes del "Club Atómico" de Moscú — soviéticos y anglosajones — se han puesto de acuerdo para crear tres zonas en el mundo: 1) de dominio anglosajón, donde no deben intervenir los soviéticos; 2) de dominio soviético (Centroeuropa), donde los anglosajones tienen que respetar el "statu quo" del tratado de Potsdam, cosa que no conviene a los franco-germanos; 3) una zona intermedia, en la cual están algunos países subdesarrollados, China y otros países, donde soviéticos y anglosajones se mantienen a distancia empleando el verbalismo, pero no las fuerzas militares. A pesar de las "zonas de influencia", del superimperialismo entre soviéticos y anglosajones, el mundo occidental se plantea un desenlace revolucionario, con la URSS o sin ella. Muchas naciones occidentales van a ascender hacia la categoría de potencias atómicas, pues necesitan la energía nuclear para liberarse del imperialismo del carbón y del petróleo. Cuando las pequeñas potencias lleguen a ser naciones atómicas, el imperialismo del rublo o del dólar estarán heridos de muerte. Soviéticos y anglosajones tienen el monopolio de petróleo y

les interesa que los pequeños países no lleguen a ser potencias nucleares, para que no se liberen del imperialismo del petróleo, ni del monopolio nuclear, de la amenaza de guerra atómica, de las represalias atómicas, de la diplomacia nuclear, del chantaje atómico. Pero Francia, primero, China, y otras naciones después, van a romper el "Club Atómico" de Moscú, que no defiende la paz, sino que es un monopolio bilateral para ejercer el chantaje nuclear, ya sea de la URSS contra China, o bien de los anglosajones contra otras potencias capitalistas no nucleares. O hay desarme atómico total o un tratado de proscripción parcial de pruebas nucleares sólo beneficia al imperialismo anglosajón o al panslavismo soviético.

Las armas nucleares no pueden hacer impensable la estrategia, sino a condición de razonar en función de los viejos reglamentos tácticos y de no poder defender las grandes concentraciones urbanas, creadas por la sociedad capitalista. La bomba atómica, relativamente a su tiempo, no es una invención de mayor trascendencia que la de la pólvora, si bien las armas nucleares obligan a cambiar de raíz la táctica y la estrategia, en forma inmediata, mientras que el uso de la pólvora cambió más lentamente el arte de la guerra.

"El perfeccionamiento de las armas de fuego — dice Engels— se realizó con mucha lentitud. La artillería seguía siendo pesada y el fusil tosco, a pesar de los numerosos inventos de detalle. Hubo necesidad de más de 300 años para fabricar un fusil capaz de servir para el armamento de toda la infantería. Sólo a principios del siglo XVIII el fusil de chispa, provisto de bayoneta, eliminó la pica como armamento de la infantería."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Engels, *Anti-Dühring*, ap. III.

En 1346 fue empleada la pólvora como arma de guerra, en la batalla de Crecy. Bajo esta nueva técnica tuvo que transformarse el arte militar. La caballería feudal, las murallas de los castillos y una torpe y escasa infantería, tuvieron que dar paso a formaciones militares más ágiles, maniobreras y fluidas, a fin de presentar menos blanco a las armas de fuego. Con la pólvora, la burguesía triunfa sobre la nobleza feudal, porque la industria urbana la producía; vence la ciudad sobre el campo; se impone el taller sobre el castillo; imperará la moneda sobre la renta en especie; se crea la nación por encima del feudo; la infantería desplazará a la caballería como reina de las batallas.

La pólvora, inventada en el siglo XIV preparaba la revolución inglesa de 1648 y la revolución francesa de 1789-93. Contra las murallas feudales, la cota de malla y la caballería acorazada, la pólvora instauró una nueva doctrina militar, y con ella, el ascenso paulatino de la burguesía al poder. El átomo, con su gran potencia destructora, es una energía para el socialismo, no para el capitalismo, por cuanto crea una nueva doctrina militar: la guerra revolucionaria del pueblo, para terminar con todas las guerras, y asimilar la energía atómica como dominio del hombre sobre la naturaleza, y no de la naturaleza sobre el hombre.

Las armas nucleares a diferencia de la pólvora, obligan a cambiar la estrategia y la táctica inmediatamente, sin esperar muchos años como durante el período de las armas de fuego. El progreso marcha muy rápido en nuestro mundo contradictorio: si no se lo asimila socialmente, se convierte en retroceso. Las armas nucleares, si el pueblo no hace la guerra revolucionaria, pueden acabar con la civilización, tan sólo por salvar los intereses mezquinos de las burguesías nacionales, de las burocracias corrompidas o

de unas docenas de "trusts" internacionales. Ahora, más que nunca, la violencia tiene que cambiar el curso de la historia.

Durante la Edad Media desapareció la guerra de los tiempos antiguos: la "nación en armas". En la batalla de Arbelas (311 a. J. C.) se enfrentaron más de medio millón de hombres. Alejandro el Magno venció a Darío, luego de realizar una enorme carnicería; nunca hasta la guerra franco-alemana de 1870, se habían enfrentado, en una batalla, tantos combatientes como en Arbelas; jamás, en combate o batalla alguna, murieron casi medio millón de hombres como en Arbelas; y es que la pica y la espada fueron, en cierto modo, más cruentas que las armas de fuego ¿o tanto o más que la bomba atómica?

En la batalla de Canas (216 a. J. C.), Aníbal derrotó a Varrón, aniquilando a unas 80.000 romanos. Cedió en el centro, obligando a entrar estratégicamente a su enemigo, al par que extendía las alas de su caballería: nunca la maniobra de un general fue más cabal, perfecta y rápida. La táctica de líneas regulares en la batalla encuentra su expresión más acabada en Arbelas y Canas. Con ligeras variantes—modificando el orden de batalla, denso o liviano según las armas en boga— la táctica de línea ha llegado hasta nuestros días; pero las armas atómicas la obligan a desaparecer. En adelante, para obtener la victoria, hay que saber combinar la línea y la superficie, es decir, un ejército muy móvil, en base a pequeñas unidades en zonas de montaña, con una enorme masa de guerrilleros clandestinos, en ciudades y campos, que combaten y trabajan. Tal es el arma secreta contra la bomba atómica: guerra en superficie.

### TÉCNICA, TÁCTICA Y ESTRATEGIA

Las técnicas cambian las tácticas y modifican la estrategia, a lo largo de la historia. Por ejemplo, la

falange macedonia y la legión romana, en cuanto a grandes masas de tropas, fueron posible gracias a una poderosa economía que las abasteció, teniendo a retaguardia produciendo a millones de esclavos. Las técnicas de esa época constituyeron una síntesis de la edad de bronce y la edad del hierro: la pica y la espada son de hierro, pero el casco y la coraza de la infantería pesada, de bronce. La pica y la espada, como armas principales de combate, dan a la infantería un papel decisivo en la batalla. En cambio durante la época feudal, la infantería es sustituida por la caballería.

En el mundo feudal prevalece el caballero armado, no las masas de infantería: la guerra de pequeñas dimensiones, casi individual (no colectiva como en Canas y en Arbelas). La economía feudal es más débil que la del mundo antiguo: no puede permitirse producir concentraciones armadas de más de 10.000 a 20.000 hombres. Sólo la economía capitalista, luego de la época de vapor, puede producir grandes batallas. El período del maquinismo, con la existencia de un mercado mundial y con una alta concentración de capitales y de poblaciones urbanas, procuró los elementos humanos y económicos para las grandes batallas de las dos últimas guerras mundiales, donde las tropas movilizadas y concentradas son muy superiores a la batalla de Arbelas.

La guerra grande constituye una necesidad de desperdicio de fuerzas productivas y de masas humanas, cuando éstas existen en exceso para un régimen de producción y de distribución, contradictorio, basado en la propiedad privada, en la explotación del hombre por el hombre, en los egoísmos nacionales y en la lucha de clases; todo lo cual produce, en nuestro mundo, la desocupación, las crisis económicas y las guerras, como salida a las crisis, a fin de destruir para reconstruir, como si la civilización anacrónica

de nuestro tiempo estuviera condenada a reproducir el mito de Sísifo. Sólo la violencia revolucionaria nos sacará del marasmo histórico, bélico y depresivo del siglo XX.

Bajo la pica y la espada, la falange y la legión emplearon formas rígidas de combate; procedimientos tácticos inelásticos; estructuras geométricas regulares; es que las armas condicionaban a la táctica y a la estrategia; se diría que la técnica se hace táctica, en el arte militar. Las armas de fuego de pequeño alcance (el arcabuz, el mosquete y la artillería de poca potencia de fuego) no podía prescindir de la pica y, en consecuencia, el orden de batalla era perfectamente geométrico, durante la Guerra de los Treinta Años y la Guerra de los Siete Años.

Mientras las armas de fuego no rebasaban un alcance de 100 metros las líneas tenían que ser compactas e inelásticas: los movimientos, en el combate, evolucionan como un cuerpo de "ballet", justamente porque ni la potencia ni el alcance de fuego permitía la creación de unidades livianas como con la ametralladora, la artillería moderna y el bombardeo de aviación, con bombas convencionales o bombas atómicas. La batalla durante la guerra de los Treinta Años (1618-48) y la Guerra de los Siete Años (siglo XVIII) era todavía de pequeñas dimensiones: la economía oscilaba entre el capitalismo y el feudalismo bajo las monarquías absolutas; no permitía financiar o abastecer grandes unidades militares. Los ejércitos alcanzaban, más o menos, entre 30.000 y 40.000 hombres. La batalla es consabida: primero, una andanada (con la artillería en vanguardia) que puede perderse, si avanza el enemigo; después una progresión frontal de uno de los dos contendientes, encuadrado por la caballería y la infantería; mientras el enemigo atacado resiste por el fuego de sus mosquetes y por choque de los piqueros. Como todo

sucede dentro de grandes cuadrados formados por 70 hombres de frente y 70 de profundidad, la táctica de línea vuelve, a una rigidez similar a la de la legión o falange, justamente porque las armas de fuego tienen algo más de alcance que las ballestas o balistas antiguas.

Las grandes victorias militares, si se las despersonaliza siempre van acompañadas de la superioridad técnica o económica de un país o de un pueblo sobre otro: Ciro vence a Creso, en la gran batalla de Timbrea (548 a. J. C.) empleando un orden liviano de 12 filas contra un orden profundo de 100; pero Ciro es apoyado por carros falcados, una caballería potente, torres portátiles y armas de hierro. Como más allá de la 12 fila era difícil que pudieran emplear sus armas los soldados de Creso, las tropas de Ciro vencieron por superioridad técnica y táctica. ¿Para que quería Creso sus soldados en filas más allá del duodécimo lugar? Tropa que no interviene en la batalla es como si no existiera. En todos los lugares, y en todas las épocas, una victoria no es el logro de un genio personal, sino la combinación del trabajo, la técnica y las ciencias de un pueblo.

La derrota del antiguo Egipto faraónico, frente a Cambises (525 a. J. C.), es la victoria de las culturas del hierro sobre las culturas del bronce. Egipto no pudo rebasar el período del bronce por falta de riqueza geológica y por el sentido feudal de la monarquía faraónica que gastaba el capital acumulado en erigir tumbas a sus reyes, como si los vivos fueran sacrificados a los muertos.

La victoria de Alejandro el Magno sobre Darío es el triunfo de la cultura, la economía y las técnicas de los pueblos helénicos; pues sin ellas no era posible que, con una inferioridad de 1 a 10, hubiera vencido Alejandro en la batalla de Arbela. Aníbal vencía a los romanos porque sus armas eran más



perfectas, como ejército de línea era imbatible Aníbal. Por eso Fabio el Temporizador (217 a. J. C.) lo esquivó, en forma guerrillera, durante varios años, hasta desgastarlo, para tomar la contraofensiva, según la teoría del "trastocamiento de fuerzas", de Clausewitz. Varron intentó atacar a Aníbal en Canas, pero perdió todas sus tropas, por no practicar la estrategia de Fabio.

## GUERRAS REVOLUCIONARIAS CLÁSICAS

Espartaco, (79-71 a. J. C.), promovió la gran rebelión de los esclavos contra la aristocracia romana. Venció, en diversas batallas, pero fue derrotado finalmente por Craso. La victoria de Craso sobre Espartaco tiene sus determinantes en que detrás del primero estaba la economía esclavista organizada, mientras que tras el segundo iban miles de esclavos, ansiosos de romper sus cadenas, pero incapaces de crear una economía, una estructura social y una política no esclavistas. Espartaco vencía a los romanos, tácticamente pero era derrotado estratégicamente, porque las regiones que conquistaba no las organizaba en base a una economía no esclavista: suprimía la esclavitud, como un estado de fuerza, pero no la consolidaba política y económicamente. Espartaco nunca intentó, seriamente, tomar a Roma, sino que se proponía volver con los esclavos a su patria de origen, o a un país amigo. Si hubiera lanzado un frente de liberación antiaristocrático —que uniera a los esclavos, el proletariado y la clientela— hubiera tenido tres clases contra una que hubiese sido vencida fácilmente, en razón de la estrategia y no de la táctica heroica. La estrategia como expresión de la guerra total, es la violencia de las masas organizada, a fin de que se desperdicie la menor fuerza de ellas, en la consecución de los objetivos militares y políticos.

En la época contemporánea Lenin, con una brillante estrategia, en 1917 venció fácilmente a los generales blancos, lanzando estas oportunas consignas: "paz inmediata" (que estaba en el interés de los soldados rusos derrotados por los alemanes); "control obrero de las fábricas" (que representaba el interés del proletariado); "la tierra para el que la trabaja" (aspiración de las masas campesinas). Con estas banderas Lenin creó un amplio frente de liberación nacional que derrotó a la aristocracia terrateniente, la burguesía industrial y la pequeña burguesía acomodada, reaccionaria. En Lenin, a diferencia de Espartaco, la estrategia es superior a la táctica. La Revolución de Octubre en Petrogrado fue, en realidad, un golpe de Estado bien calculado, dentro de una situación de degradación absoluta del gobierno social-demócrata o pequeño burgués de Kerensky.

Fidel Castro, al levantar las banderas de la libertad contra el tirano Batista, formó un frente de liberación nacional que abarcaba los más amplios sectores. La estrategia castrista era eminentemente política, y la táctica guerrillera, aplicando correctamente el principio de la economía de fuerzas, consiguió derrotar a un ejército nacional organizado. En la Revolución Cubana la táctica se plantea dialécticamente lo que puede resolver, para no ser derrotado por fuerzas superiores, mientras que la estrategia, eminentemente política, cerca al enemigo detrás de sus líneas. Las contradicciones vinieron después, cuando la revolución socialista creaba conflictos de clase en Cuba.

Fidel Castro batió a sus enemigos por separado; unos detrás de otros lo cual es difícil, a menos de no esquematizar la victoria dentro de una estrategia sublime. Sin embargo, la posición insular de Cuba, luego de la victoria de Fidel Castro, plantea problemas estratégicos de difícil solución: bloqueo eco-

nómico norteamericano (falta de materias primas y de energía); guerra de grandes dimensiones, dentro de la isla que, geoestratégicamente es muy larga y poco ancha, que no permite ceder terreno a las divisiones pentagónicas; economía de monocultivo, que determina una alienación económica hacia un campo o hacia otro, sin poder tener una política internacional verdaderamente independiente, si bien Fidel Castro no renuncia a plantear problemas exteriores con más energía que cualquier líder del bloque soviético. El segundo tiempo de la Revolución Cubana es más difícil que el primero, estratégicamente hablando. Fidel Castro reproduce la figura de Espartaco contra Roma o mejor dicho, contra Estados Unidos, que es la Roma, de hoy. Si no gana la batalla de la producción su porvenir es incierto, en Cuba.

Estratégicamente la situación de Cuba no es favorable a la guerra de pequeñas unidades: el espacio es muy reducido, sobre todo, en la zona geográfica de La Habana, ya que existe una distancia de unos 60-70 kilómetros entre las dos costas. Este aspecto negativo del espacio obliga, en la defensiva, a tener que cubrir las costas, con pozos de tirador, para el emplazamiento de armas de tiro curvo (morteros del 61, 81 y 105), que puedan destruir sin ser destruidas, las tropas de desembarco, potentemente apoyadas por la artillería de marina y una aviación masiva. El pozo del tirador permite cubrirse de las granadas del 10,5 y del 15,5 hasta en explosiones a distancias, respectivamente, de 15 centímetros y 80 centímetros del brocal del pozo de tirador, siempre que esté reforzado con cemento. En la zona más estrecha de Cuba, las líneas de fortificación deben ser paralelas a los dos mares, para dar al espacio de 60-70 kilómetros una posibilidad defensiva como si se tratara de una anchura de 1000 kilómetros. El pico y la pala, en determinadas condi-

ciones, contrarrestan al motor de explosión (aviones y blindados) y a la gran metalurgia productora de la artillería y de las municiones. La carga hueca, lanzada por armas pesadas individuales, constituye un recurso técnico que refuerza a la infantería contra los blindados, permitiendo que el hombre sea más decisivo que la máquina.

Cuba, debido a su posición insular, tiene que practicar una guerra de pozos de tirador y de fortificación de campaña contra un enemigo poderoso, apoyado por divisiones blindadas, una potente aviación de caza y bombardeo y una marina colosal. A Cuba le es favorable el número de combatientes con su milicia rural, sus escalones regionales y su ejército regular; pero le es desfavorable el espacio, a menos de no fortificarlo y defenderlo, sobre las playas, en base a pozos de tirador y líneas de fortificación, en que prevalezcan las armas livianas de tiro curvo, para cubrirse de los fuegos concentrados, en tres dimensiones: (aire, mar y tierra) que puede emplear el atacante.

Para salir de una situación estratégica comprometida, Cuba tendría que sacar la guerra del Caribe al continente americano, en forma de guerra revolucionaria, a fin de que los posibles enemigos de Cuba tengan que acudir a sus propios problemas sin poder concentrarse sobre el Caribe, donde las garantías de Jruschov y Malinovski no bastaban para tener derecho a la existencia como país socialista, lo cual quedó bien demostrado en la crisis de noviembre de 1962. Fidel Castro, sin el apoyo de las masas latinoamericanas, no puede sobrevivir mucho tiempo como gobernante: tendría que volver a ser guerrillero, haciendo, luego de un choque con Estados Unidos, la "gran marcha" hacia el Oriente, como Mao-Tse-Tug lo hizo hacia el occi-

dente, en 1927, luego de la derrota de los comunistas en la China oriental y del medio.

Cuba necesita petróleo para tener una política independiente, plenamente revolucionaria, soberana, y ello implica la revolución socialista en el continente latinoamericano. Debido a las economías de monocultivo, creadas por el imperialismo del dólar, la revolución socialista latinoamericana comenzará siendo nacional, pero sólo se consolidará internacionalmente, en todo el espacio latinoamericano. Aplicar la tesis del socialismo en un sólo país, en cualquier nación latinoamericana, como se ha hecho en la URSS, sería cometer un error estratégico grave, que condenaría todas las revoluciones nacionales latinoamericanas al más rotundo fracaso, como ya se ha evidenciado en Guatemala, Bolivia y México.

La estrategia es, por consiguiente, la filosofía de la guerra y, sin conocerla, ningún revolucionario debe dirigir un movimiento de liberación. Mao-Tse-Tung por ejemplo, se replegó de la China oriental, en 1927, con cerca de 100.000 combatientes; luego de marchar unos 11.000 kilómetros hacia el oeste, perdió cerca de 80.000 soldados; con los 20.000 restantes se estableció en una base de montaña, practicando la guerra de guerrillas; antes de un quinquenio ya tenía un ejército poderoso y una vasta zona liberada; en 1946, el ejército maoista poseía una potencia similar a la del ejército de Chiang-Kai-Chek; en fin en 1949, el ejército que perdiera los 80.000 combatientes en la "gran marcha", se había constituido en el ejército de China. Estratégicamente, cuando no se es fuerte en el espacio hay que esperar serlo en función del tiempo. En saber combinar el *General Tiempo* y el *General Espacio* estriba, casi siempre, el secreto de una estrategia sublime, no

precisamente militar en el sentido estricto de la palabra sino pensando la guerra, filosófica y políticamente, en su aspecto total y social; pero los generales burocratizan la estrategia sin salir de las definiciones abstractas. La guerra es un acto de violencia en que las fuerzas históricas buscan un fin político, poniendo en acción las economías, las técnicas, las estructuras políticas y sociales, las culturas de los pueblos y las masas humanas. Consecuentemente la estrategia abarca todos estos problemas, no comprensibles por la mentalidad burocrática de los militares profesionales burgueses, que sólo tienen amor a la jerarquía, sin ideología coherente. Con la excepción de Clausewitz y de otros, la dialéctica de los militares burgueses no llega hasta los grandes problemas de la estrategia (en tanto que expresión filosófica de la guerra total).

Si se cometen errores estratégicos es difícil ganar una guerra, mientras que es posible ganarla con algunos fracasos tácticos, pero corregidos a tiempo. Por ejemplo a base de unas docenas de hombres armados, las guerrillas del general Marcos, en Grecia, desde 1946 a 1948, tuvieron muchos éxitos tácticos: se llegó a formar un ejército de cerca de 100.000 combatientes, pero se pasó muy rápidamente de la forma guerrilla al ejército regular, sin contar con aviación, artillería y blindados. La necesidad de acabar pronto la guerra, ignorando al *General Tiempo*, hizo que el *General Espacio* jugara todas las tropas, en batallas grandes, con formaciones de líneas, lo cual facilitó la tarea del enemigo, apoyado por los anglosajones, mientras que los soviéticos se replegaban en Grecia, por miedo al estallido de una guerra mundial.

El general Marcos tenía un frente de liberación muy poco extendido hacia las grandes masas griegas y, en consecuencia, le fallaba una clandestini-

dad coherente detrás de las líneas enemigas. Los errores estratégicos, en base a entrar en la guerra de grandes unidades demasiado apresuradamente, llevaban la política de la derrota; los errores políticos, debidos a un exiguo frente de liberación nacional, facilitaban la contra-guerrilla del enemigo en zonas rurales.

Así, pues, Marcos pierde la guerra con cerca de 100.000 combatientes mientras que Mao-Tse-Tung la gana con 20.000 soldados, pero en casi 20 años, sin apresurarse, es decir, sabiendo combinar tiempo, espacio, fuego y movimiento, como categorías de la estrategia. Fidel Castro, con una política inteligente, triunfó con unos cientos de hombres: la estrategia, en tal caso, era muy superior a la táctica, incluso era ésta poco necesaria ya que, cuanto más, los combates nunca rebasaban los efectivos de un batallón convencional.

Las guerras campesinas en Alemania, cuyo líder fue Tomás Munzer (1490-1525) demostraron que un general como Truchsses, que sabe su profesión, puede vencer a miles de campesinos, en hordas desarticuladas, incapaces de concentrarse o desconcentrarse, según las conveniencias estratégicas. Los campesinos alemanes fueron derrotados porque cada uno combatía en su pueblo o distrito sin preocuparse por la visión estratégica de conjunto. De esta manera un general profesional con 20 veces menos tropa que los campesinos juntos, pudo derrotarlos unos detrás de otros, no todos a la vez, empleando correctamente, el principio de economía de fuerzas, que es a la estrategia lo que la ley de gravitación es a la física o la ley del valor de cambio a la economía política capitalista.

Tomás Munzer logró muchos éxitos tácticos pero cometió, repetidamente, errores estratégicos que lo entregaron a sus enemigos. La base de la vic-

toria estriba en saber combinar un ejército de línea, o casi regular —ocupando zonas montañosas— con un enorme ejército clandestino a retaguardia del enemigo, o con milicias y escalones regionales en zona propia o liberada. Esta estrategia facilita el armamento del 50 % de la población, contra menos del 15 % en los Estados burgueses donde no permite la economía, sin entrar en una grave crisis económica, movilizar más del 20 % de la población total como ejército regular; puesto que, como milicia, ello no es posible en un país burgués, pues supondría armar al pueblo para derrocar a la burguesía con sus propias armas.

Una clase no puede llegar al poder antes de que tenga claras las ideas de cómo va a sustituir a la clase dominante y de que, objetivamente, las condiciones históricas y la lógica de los hechos lo impongan o exijan inaplazablemente.

Hacia el año 1750 (a. J. C.), debido a la tiranía faraónica, se produjo una gran sublevación campesina en Egipto. Esclavos y campesinos unieron sus fuerzas en la revolución. Documentos de esa época dicen acerca de este acontecimiento lo siguiente: “La capital del Faraón fue ocupada, en el término de una hora. El Faraón fue apresado por los pobres. Los cortesanos fueron arrojados de los palacios. Los funcionarios fueron muertos y los documentos destruidos”. Todas las planillas de impuestos, luego de la revolución debieron ser anuladas. Destruído el Estado, las obras públicas que financiaba éste comenzaron a funcionar mal. Al respecto dice un papiro: “secos están los torrentes, se los puede cruzar a pie. Había más playa que agua”. En un país que dependía del riego, ignorar las obras públicas, era caer en el pasado paleolítico. Como la historia, en buena dialéctica siempre se plantea lo que puede resolver, devolvió el poder



al Faraón y a los señores, debido a la incapacidad de los campesinos y los esclavos, para crear un régimen económico, político y social diferente de la esclavitud faraónica. Consecuentemente, la táctica dio el triunfo a los campesinos, pero los derrotó la estrategia, porque no suplantaron el régimen derrocado por otro mejor.

En el año 18 (d. J. C.), los "cejas rojas", campesinos chinos, hambreados, hicieron una vasta rebelión contra los impuestos y la tiranía del rey Van Mang y sus feudales. La sublevación comenzó en la provincia de Lu. El rey mandó a dos de sus mejores generales a reprimirla, con un ejército de unos 100.000 hombres. Los campesinos y esclavos, mandados por el líder popular Fang-Chuing derrotaron a las tropas reales. Cinco años lucharon los "cejas rojas" contra Vang Mang al que arrojaron del trono y luego lo decapitaron; pero los campesinos, incapaces de crear un nuevo régimen sufrieron finalmente la amarga y definitiva derrota, que les costó miles de muertos y sufrir una esclavitud más insoportable que la primera.

El problema no es vencer, sino convencer a todos de la justeza de la nueva causa y demostrar luego, en la economía, que se es más capaz de crear fuerzas productivas que el régimen derrocado. De lo contrario, el "eterno retorno" se impondrá como si las masas populares tuvieran el signo de Sísifo.

Durante el siglo anterior a la era cristiana las *rebeliones de los esclavos* se multiplicaron por el orbe romano: la primera sublevación de los esclavos en Sicilia sucedió en los años 137-30 (a. J. C.). Los líderes antiesclavistas Euno y Cleón llegaron a derrocar el poder de la aristocracia. Formaron un ejército de 200.000 combatientes. Respetaron la pequeña propiedad rural. Tuvieron una política de

alianza de clases oprimidas contra las clases opresoras; pero el mayor poderío de Roma los derrotó finalmente.

En 133 (a. J. C.), Aristónico sublevó a los esclavos del reino de Pérgamo. Los ricos esclavistas de Efeso y de otras naciones se opusieron a Aristónico e hicieron la política de los romanos. El movimiento antiesclavista no tenía, entonces, una dirección ni unificación internacional, como en nuestros días, el movimiento internacional del proletariado. En condiciones difíciles, Aristónico teniendo en contra a los reyezuelos esclavistas del Asia Menor, fue vencido y con él, el "reino del sol", en que todos los ciudadanos serían iguales y libres. La técnica de la época no permitía por falta de prensa, radio y comunicaciones mecanizadas, comunicar un acontecimiento rápidamente, como en nuestra época, que es plenamente universal. La estrategia, por consiguiente, tiene que producir, en la actualidad, una revolución socialista mundial para hacer posible el socialismo, como sociedad total, no nacional, mundial, universal, como lo exige el devenir dialéctico, acorde con las técnicas y la economía de nuestro tiempo.

En el siglo anterior y posterior a Cristo, Roma estaba atacada por las *revoluciones antiesclavistas*: en 104-100 (a. J. C.), se produjo la segunda sublevación de los esclavos, también en Sicilia, como la primera. 30 esclavos, de la ciudad de Heraclea se sublevaron, el gobernador de la isla mandó contra ellos 600 soldados pero los rebeldes los derrotaron. Los jefes libertadores —Salvio y Atenión— llegaron a formar un ejército de 20.000 hombres. Nuevamente, por intentar tomar las ciudades sin desgastar o destruir al enemigo en una guerra de usura, fueron cercados en la ciudad de Triocala y las legiones romanas los redujeron por hambre. Algunos de los sobrevivientes de esta sublevación fue-

ron llevados a Roma para convertirlos en gladiadores, pero antes que servir de diversión para los romanos se mataron unos a otros en presencia de la guardia y de los espectadores del circo.

En fin, Espartaco (73 a. J. C.), al frente de 200 esclavos de Capua, se levantó contra la tiranía esclavista de la aristocracia romana. Espartaco podría haber vencido si hubiera llevado, en el punto culminante de sus victorias el ejército libertador hasta Roma; pero siempre intentó ganar Grecia y Sicilia como refugio de sus tropas: quería salir del encierro esclavista, pero no libertar a Roma, y esa fue su derrota. Muchos de los combatientes de Espartaco eran campesinos romanos o de tribus germánicas asentadas en Italia, que no querían ir a Grecia o a la Galia.

Si Espartaco hubiera creado una sociedad apropiada para la convivencia y el progreso de los campesinos romanos pobres, el proletariado urbano de Roma y los esclavos, su triunfo hubiera sido fácil y definitivo contra las legiones romanas. En instaurar una nueva economía y una nueva estructura de clases, sin la aristocracia, estaba el secreto de la victoria espartaquista, pero esa estrategia no fue conocida por los esclavos, casi todos ellos analfabetos, sin noción de la economía o de la cosa pública.

## INSURRECCIONES MEDIEVALES

En la Edad Media, la rebelión de Watt Tyler (1381) constituyó una verdadera revolución. Los campesinos de Essex y Kent se amotinaron contra sus señores, obispos y abades. Se apoderaron de las tierras y de los castillos feudales. Libertaron de la prisión a John Ball, que predicaba un cristianismo comunista: el bienestar —decía— sólo será

posible cuando todos los bienes sean comunes, y no haya siervos ni nobles. El jefe militar de esta insurrección fue Watt Tyler. Los campesinos sublevados, con John Ball y Tyler a la cabeza, se presentaron en Londres. Los burgueses y aristócratas ordenaron cerrar las puertas de la ciudad, pero los pobres, el proletariado londinense, se opuso a ello revolucionariamente.

El rey Ricardo II tuvo que recibir a los insurrectos: prometió abolir la servidumbre, el trabajo obligatorio gratuito de los campesinos para los señores y moderar los impuestos por el uso de la tierra. El proletariado londinense, en unión de los campesinos se apoderó del comercio y la industria, derrocando el poder de la burguesía y de la aristocracia. Ante esta situación, el rey y las clases dominantes mandaron emisarios a todo el reino para que los señores vinieran en ayuda de Londres.

El alcalde de esta ciudad mató a traición a Watt Tyler. Al mismo tiempo el rey ofreció el perdón real para los campesinos que hubieran participado, a fin de alejarlos de Londres para darles la batalla por separado. Algunos campesinos se dispersaron; otros no; pero muchos por sus intereses rurales, volvían a sus aldeas. Por falta de coherencia, urbana y rural, la rebelión de los "Watt Tyler" fue sofocada a sangre y fuego. En todas partes se levantaron patíbulos. En la plaza del mercado de Londres se cortaban las cabezas de los proletarios que habían participado en la insurrección. Tácticamente, los "Watt Tyler" triunfaron en la ciudad y en el campo; pero, al no derrocar la monarquía ni el régimen social y económico imperante en todo el país, dejaron que sus enemigos se reagruparan estratégicamente para poder derrotar a los campesinos, separadamente.

En 1521, los comuneros de Castilla levantaron

gran parte de España contra Carlos V. El movimiento tuvo como epicentro Toledo, que fue el primer ayuntamiento que se sublevó contra el Rey. Le siguieron Zamora, Guadalajara, Murcia, Salamanca, Madrid, Cuenca, Alicante y otras ciudades. Constituyeron una Junta de Gobierno en Ávila y buscaron el apoyo monárquico de doña Juana la Loca. No se atrevieron a ser republicanos; dejaron tiempo al rey para prepararse; no tomaron la iniciativa; no crearon una nueva estructura social, política y económica; y, en consecuencia, sin estrategia y sin política concreta, se fueron dividiendo, hasta que fueron vencidos por el Rey en Villalar. Los jefes de la insurrección: Padilla, Bravo y Maldonado fueron decapitados al hacha, para ejemplo de cómo sabía castigar el Rey a quienes le disputasen su poder absoluto.

Dentro de un clima revolucionario apropiado, estalló, en 1358, la doble revolución francesa de los burgueses de París y de otras ciudades, y la insurrección campesinas de la "jacquerie". Los mercaderes, artesanos y proletarios de París exigieron al Rey el control de la administración y la percepción de los impuestos. *Esteban Marcel*, al frente de la burguesía, creó el gobierno comunal de París. Las masas parisinas sublevadas asaltaron el palacio real, mataron a dos cortesanos, en presencia del monarca, que se salvó de la muerte porque Esteban Marcel le cubrió la cabeza con su sombrero. Paralelamente a ese movimiento de la burguesía, se insurreccionaron los campesinos, mandados por *Guillermo Caillet*.

Los campesinos que tomaron inicialmente la ofensiva, derrotaron por sorpresa a tropas de los señores: Pidieron apoyo a los burgueses de París, en alianza de ciudad y campo, pero Esteban Marcel temía a los campesinos más que a las tropas reales,

y los tracionó. Batidos por separado, los campesinos fueron vencidos los primeros; luego lo fue la burguesía. En París, el gobierno no era satisfactorio para la plebe; pues ésta vivía, si cabe, peor que con el Rey. De haberse realizado la unidad entre campesinos, obreros y burgueses, la revolución de 1358 podría haber cumplido objetivos similares a la revolución francesa de 1789-93; pero, en cierta medida, la historia y la sociedad sólo se plantean lo que pueden resolver dialécticamente, en cada período de los pueblos y de las civilizaciones.

En la América Latina, durante el período de 1960-80, se presentan condiciones altamente revolucionarias: reforma agraria (que es una aspiración de masas); lucha contra el imperialismo económico (que une a la ciudad y el campo); ascenso de las masas obreras al control de la producción industrial de signo monopolista; movilización democrática de la intelectualidad, de la pequeña burguesía industrial, de los comerciantes medianos, y de los campesinos medianos; todo ello en un gran frente de liberación nacional y anti-imperialista, puede crear las condiciones político-militares, estratégicas y tácticas, para realizar una vasta guerra de liberación continental, dirigida contra el capital monopolista e imperialista y contra los grandes terratenientes indígenas.

La estrategia de la guerra revolucionaria dará el triunfo a los revolucionarios que sepan movilizar el partido del descontento, que es el 80 % de las masas latinoamericanas. Hay que estar muy seguro de lo que se va a destruir y lo que se va a construir, para no cometer los errores de los campesinos y esclavos egipcios contra los faraones, de los "cejas rojas" contra la dinastía china Tang, de los esclavos de Sicilia, de Espartaco, de los habitantes de las comunas medievales contra sus seño-

rea, de los "Watt Tyler", de los comuneros de Castilla, de la sublevación de Esteban Marcel y la "jacquerie", de Tomás Munster, de Pugatchev contra Catalina y sus boyardos.

Hay que tener una estrategia correcta, ofensiva o defensiva según las circunstancias, para que la violencia de las masas haga la historia sin los señores y los burgueses, desperdiciando las menores fuerzas posibles. No hay que gastar las masas como hacen algunos revisionistas modernos en manifestaciones y concentraciones pasivas, inútiles, que entregan el pueblo como rebaño o pira a las iras de la policía o del ejército. La guerra debe ser móvil, flúida, sin presentar frentes fijos, aquí o allí, hasta que se cambie la correlación de fuerzas en presencia, en forma favorable para el pueblo; pero en función de una lucha inteligente, de mucha duración, guerrillera, clandestina, montaraz, en superficie (primero) y en concentración (después o finalmente), para ocupar el espacio con plena superioridad moral y material, en el momento favorable de la guerra revolucionaria.

Cuando el capitalismo se está desintegrando con las crisis económicas y las guerras imperialistas, las masas trabajadoras de los países afro-asiáticos y latinoamericanos, que no pueden soportar por más tiempo la doble explotación de sus oligarquías nativas y del imperialismo capitalista, deben recurrir a la guerra revolucionaria, a la violencia revolucionaria, a la guerra subversiva, para hacer posible la unidad de los pueblos en el socialismo, acabando así con todas las guerras nacionales o imperialistas.

No se debe ser reformista cuando hay que proceder, dialécticamente, como revolucionario. Para salvar a la humanidad de la guerra nuclear, de una masacre colectiva, es necesario hacer la revolución socialista a la escala mundial, a fin de que el hom-

bre pueda utilizar la energía atómica (sin riesgo de guerra nuclear), la cibernética (sin crisis de trabajo o con millones de obreros desocupados) y el progreso (sin monopolios capitalistas que hagan la vida cara). Lo más humano será hacer la revolución social para evitar la guerra nuclear. Pero para realizar la revolución socialista, en esta hora confusa del mundo, los trabajadores del "Tercer Mundo" y los trabajadores de los países capitalistas tiene que liberarse de tres males de nuestro tiempo: 1) Rechazar la tutela de las burguesías nacionales (a las cuales siempre se han entregado los socialdemócratas y los comunistas revisionistas); 2) Oponerse a la entrega de los movimientos obreros nacionales a las cambiantes de la política exterior soviética; 3) Impulsar la lucha sin cuartel contra el imperialismo capitalista, aunque se presente bajo el disfraz inofensivo de la "alianza para el progreso", que lo es para el retroceso de las masas latinoamericanas. Para hacer la revolución hay que liberarse de tres enemigos: el imperialismo, el revisionismo soviético y las burguesías nacionales.



## Capítulo V

### LAS DOCTRINAS MILITARES

#### *Capitalismo y armas de fuego*

La estrategia es un medio para conseguir los objetivos o los fines de la política de una clase contra otra, de un país sobre otro, de un bloque de naciones contra otro. La estrategia es el arte de emplear la violencia de una nación o de una clase no desperdiciando, inútilmente, fuerzas combatientes. La estrategia es sublime subjetivamente (capacidad del jefe de guerra o de una revolución social) cuando permite objetivamente vencer a un enemigo más fuerte y numeroso, mejor armado, empleando los artificios de la estrategia, de la política de guerra.

No debe ser confundida la estrategia con la táctica y la logística, pues la táctica es el arte de emplear las fuerzas en el combate y la logística el medio o manera de desplazarlas y abastecerlas. Podría afirmarse que la estrategia es la política global para realizar una guerra total. Frecuentemente, no se gana una guerra por ser el más poderoso, sino más bien por ser el más fuerte moral y políticamente. Los "fellaghas" argelinos ganaron con 30.000 combatientes guerrilleros la guerra a los franceses (600.000), no decidiendo la guerra

por las armas, sino demostrando que ellos podían durar más que Francia en función del general tiempo y del general espacio. Francia perdía, todos los años, unos u\$s. 1.000 millones. Si continuaba la guerra se arruinaba y entraba la metrópoli en crisis. Por consiguiente, de Gaulle se decidió a negociarla, lo cual daba el triunfo a la guerrilla argelina. En América Latina, los norteamericanos pudieran ser derrotados, no en batallas grandes o de frente continuo, sino por medio de una guerra larga sin salida para ellos. La guerra revolucionaria no se decide por las armas, sino que la estrategia puede estribar en diferir la batalla grande en "saber durar moralmente" más que el enemigo. La guerra revolucionaria debe, por principio, retardar las operaciones hasta desgastar al enemigo moral y políticamente, antes de darle el golpe decisivo. En general, un jefe revolucionario debe operar cuando el enemigo esté en dispersión (él entonces en concentración); debe aproximarse en forma indirecta al adversario para darle la batalla (llevando profundamente el frente a la retaguardia por medio de la infiltración guerrillera); ha de procurar siempre atacar de fuerte a débil (para asegurarse muchas y pequeñas victorias); procurará decidir la campaña, no sobre objetivos principales bien defendidos, sino sobre frentes secundarios; pero de fáciles victorias para el bando revolucionario.

El arte militar, en la Edad Moderna, ha ido evolucionando lentamente: el progreso de las técnicas y la formación de las nacionalidades lo ha modificado, de acuerdo con las necesidades estratégicas de la monarquía absoluta y luego de la sociedad burguesa. La guerra, a medida que se impuso el capitalismo, apareció como una necesidad de la economía, para amortiguar las crisis económicas; y ésta depende, más que de los estados mayores, del ni-

vel de productividad del trabajo, de las redes de comunicaciones de cada país, y en el teatro de operaciones bélicas, en saber combinar el fuego, el tiempo, el espacio y el movimiento.

Gustavo Adolfo, rey de Suecia, durante la *Guerra de los Treinta años*, fue el mejor capitán de su época. El desarrollo económico de Suecia, le proporcionó 12.500 infantes, 200 caballos y algunas unidades de artillería. Gracias a los progresos de la metalurgia sueca, Gustavo Adolfo introdujo los cañones de batallón con peso inferior a 100 kilogramos, capaces de ser transportados por dos soldados, para dar movilidad en todo terreno y apoyo directo de fuego a la infantería. En función de la superioridad de fuego, Gustavo Adolfo busca la batalla, mientras que los capitanes clásicos, anteriores a él, siempre la rehuían; utilizó la potencia de fuego para la maniobra; en fin, realizó la acción decisiva con el empleo de la caballería, reducida a dragones y coraceros.

La nota táctica dominante de Gustavo Adolfo, es la posición de una artillería, pesada y liviana, de hasta 300 piezas; formó la brigada como unidad superior, en base a dos regimientos, ó 12 compañías; aumentó, en la infantería, los mosqueteros por compañía, (dos pelotones de mosqueteros colocados en las alas y un pelotón de piqueros en el centro). Con esta estructura orgánica y con la prevalencia de las armas de fuego sobre las armas blancas, Gustavo Adolfo, en razón de la potencia de fuego de sus tropas, maniobra fácilmente en el espacio y en el tiempo.

En Leipzig, (1631), derrotó a los imperiales utilizando, a tiempo, sus reservas e interviniendo, oportunamente, con su segunda línea; en la batalla de Lutzen obtuvo la victoria, desbordando al enemigo por las alas con la caballería, después de un

éxito parcial en el centro de la línea de combate, y de un ataque frontal. La táctica de Gustavo Adolfo no es eminentemente personal, sino el resultado del progreso económico de su país, si bien supo utilizar, correctamente, todas las posibilidades en el campo de batalla; combinación del fuego, el movimiento, el espacio y el tiempo, en una táctica fluida y una estrategia coherente.

Durante la *Guerra de los Treinta Años* —que fue la primera guerra europea, en los comienzos del capitalismo—, Francia, que ya contaba con una poderosa economía, llegó a movilizar hasta 160.000 soldados. Richellieu adoptó, como gran unidad, la brigada, integrada por dos regimientos con 4 a 6 batallones de 800 hombres, cada uno. La caballería estaba formada por regimientos, con escuadrones de 200 caballos.

Utilizando las experiencias de Gustavo Adolfo, la artillería liviana acompaña a los regimientos, con 2 a 4 piezas por regimiento. Louvois (ministro de guerra de Luis XIV) crea “el estado Mayor” encargado de establecer, constantemente, en el servicio general de los ejércitos, para tiempo de guerra, la regularización de los servicios de campamentos, subsistencias y mercados”. El reclutamiento de tropa es regularizado. Además, se organizan “milicias provinciales”: unos 25.000 hombres para tiempo de paz y 250.000 en tiempo de guerra. Se forma una artillería de reserva; y se instituye el servicio de ingenieros militares: el general Vauban será vencedor en más de 50 plazas fuertes, gracias a la técnica de la fortificación.

A tenor con los progresos tecnológicos del siglo XVII, aumenta la infantería, de la cual desaparecen, por fin, los piqueros, mediante la adopción de la bayoneta. La caballería ligera se desenvuelve en detrimento de la caballería pesada, resto táctico del

feudalismo; los dragones (infantería a caballo) constituyen la masa de la nueva caballería. La concentración de las masas de ejércitos exige una economía de tipo industrial que tuvo en Colbert, (ministro de economía), a su verdadero estratega, más que a Louvois.

El trabajo asalariado y el maquinismo son desarrollados, más que por los burgueses, por los militares: la guerra, indirectamente, desenvuelve el poder de la burguesía por medio del salario y de la mercancía.

Las grandes masas de ejército no son concentrables sin el pago de la soldada y la circulación de la mercancía. El capitalismo halla, así, en la guerra su marcha ascendente; y a la larga, su negación dialéctica por la ruina económica de las naciones, sobre todo bajo la estrategia atómica y la cohertería intercontinental. El militarismo —decía Engels—, como los restantes fenómenos históricos, se destruye por las consecuencias propias de su evolución.

En el siglo XVII ya los ejércitos fuerzan la economía a una forma cada vez más capitalista: las monarquías absolutas en Europa constituyen un régimen de transición entre el viejo feudalismo y el capitalismo ascendente. La *Guerra de los Treinta Años*, aparentemente guerra de religión, significa el triunfo de la sociedad burguesa en la Europa nórdica, con la derrota de la iglesia católica, exponiendo del feudalismo.

Hacia mediados del siglo XVIII, la *Guerra de los Siete Años* (1756-1763) modifica, ligeramente, el arte de la guerra: la gran novedad militar es la creación de la división, como gran unidad autosuficiente pues ya la brigada no basta. La concentración del capital y su centralización determina una tendencia similar en las unidades militares. Los grandes teóricos de la guerra, de ese período, son:

## Federico II de Alemania, Mauricio de Sajonia y el mariscal de Broglie.

Federico establece la movilización o reclutamiento general, que prevalecerá a lo largo de la sociedad capitalista; maniobra con la caballería ligera empleada en masa, por las dos alas del enemigo; organiza una artillería muy móvil —a caballo— para ser empleada en todo terreno; realiza marchas veloces, en un solo día, para no permitir a sus enemigos reunirse contra él en la línea interior; gracias a su movilidad bate por separado a sus adversarios; deja su bivac en columnas por alas y ataca en columnas por líneas; emplea el orden oblicuo como forma de batalla, es decir, en un ala, alejada, poca tropa de entretenimiento y, en el ala de ruptura, una superioridad de 2 a 3 sobre el enemigo. Este orden de batalla fue empleado, en la antigüedad clásica, por *Epaminondas* (420-362 a.J.C.), ganador de las batallas de Leuctras y Mantinea, donde fueron derrotados los espartanos y sus aliados.

El *orden oblicuo* consiste en separarse de un lado para agarrar, sostener o fijar al enemigo, mientras que, en el lado de la maniobra, se está más cerca con superioridad de número, para rodear al enemigo e invertir los frentes. Esta gran táctica fue empleada, magistralmente, por Federico II con lo cual la táctica de línea llega a su máxima perfección.

Las formaciones, regularmente geométricas del frente, obligan a la infantería a colocarse en tres cuadriláteros inscritos, sin poder moverse con agilidad; pues las alas avanzaban o retrocedían pesadamente, con lentitud. La táctica de columna y la guerrilla de la independencia de los Estados Unidos echaron por tierra, definitivamente, la táctica de línea, incapaz de vencer ante un ejército, que no presentara frente regular.

En las batallas de Valmy (1792) y Jemampes, los revolucionarios franceses derrotaron a la primera coalición europea, cuyos generales empleaban la táctica de línea, mientras que los revolucionarios atacaban en columnas más móviles y con guerrillas periféricas. Una vez más, la combinación de la línea y la superficie daba la victoria a los yanquis y a los descamisados. Mediante la táctica de línea, las tropas tenían que combatir en terreno apropiado, preferentemente llano, moviéndose a razón de 75 pasos por minuto y soldado. La Revolución Francesa de 1789-93 creó la columna móvil, con más densidad de fuego, y un ritmo de marcha de más de 100 pasos por hombre y minuto.

La impotencia de la línea rígida se hizo patente en Valmy y, sobre todo, en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, en que los tiradores aislados y la columna vencían fácilmente a los ingleses, por desgaste sucesivo, sin permitirles entrar en una gran batalla.

La Revolución Francesa combina la columna (ejército regular, para ocupar el espacio) con los tiradores guerrilleros, para dar fluidez al combate. El pueblo siempre ha sido más creador que los generales pues inventa la táctica y la estrategia, que necesita a cada momento.

En la actualidad, la guerra revolucionaria de China, ha sido durante 20 años, la base de la doctrina insurreccional del pueblo, para enfrentarse a las grandes masas de ejército regulares burgueses, en base a coordinar, armónicamente, la guerra en línea y la guerra en superficie.

Durante el siglo XVIII, la escuela militar francesa tiene a dos grandes teóricos del arte de la guerra: el conde Guibert y de Broglie; Turenne y Conde son más bien excelentes mandos que teóricos de la guerra. A de Broglie se debe la *táctica de vivir*

*separados en el espacio para abastecerse mejor, y luego atacar con todas las fuerzas reunidas.* Gracias a esta gran táctica el mariscal de Broglie derrota al príncipe Ferdinando, en Einbeck. Hasta que todas las fuerzas francesas fueron reunidas, de Broglie empeña una pequeña parte de ellas en combate retardante. Luego —cuando todas las tropas están juntas— envuelve y destruye al enemigo con superioridad de número, fuego y con la sorpresa, magistralmente preparada. Este tipo de operación es muy común en la guerra revolucionaria que, durante su primera y segunda fase, debe hacerse bajo el principio de *vivir separados y combatir juntos*.

Al conde Guibert, el arte militar del siglo XVIII le debe una teoría articulada de la guerra: la columna de compañía, que constituirá la base de la infantería del siglo XIX; la teoría de una vanguardia, encargada de cubrir la marcha del ejército, haciendo de tropa de exploración para informar sobre el mejor dispositivo de combate; una doctrina de la táctica defensiva a base de la maniobra para tomar, a su debido tiempo la contraofensiva, como después lo recomendará Clausewitz; la lucha articulada de las plazas fuertes; la extensión de los frentes en función de la intensidad de fuego, es decir, el orden liviano contra el orden profundo de la táctica lineal; el principio divisionario o de organización del ejército; la importancia del fuego de la artillería; la formación en columna o en línea, según convenga a la idea de maniobra; el escalonamiento de las tropas, en el tiempo, empuñándolas sucesivamente: (tropas de línea, ligeras y reservadas, yendo primero las ligeras); el procedimiento táctico de tiradores en grandes tandas; en fin, Guibert recomienda la dispersión para el acantonamiento y la concentración para el combate.

Guibert sabe sacar todo el partido necesario a



los avances de las técnicas, ajustando a ellos los cambios de la táctica y de la estrategia: la economía, ciertamente, determina la estrategia y la táctica. A medida que el progreso económico y tecnológico se aceleran con el capitalismo, el orden liviano se impone sobre el orden profundo.

Mientras el fusil es de chispa, y no se carga por la culata, la intensidad de fuego es muy reducida.

El fusil estriado, cargado por la culata será empleado por primera vez en 1866: acabará con las formaciones de columnas de tiradores que ofrecen un enorme blanco, como se demostró en los combates de Saint Privat, en 1870, en que la guardia prusiana perdió un 30% de sus tropas, en un combate de dos horas.

La bomba atómica con mayor concentración de fuego, obliga a formaciones más livianas, extendidas en superficie sobre todo un país, para hacer nulo el fuego nuclear o cuando menos no tan efectivo como presentando formaciones en brigadas, divisiones y cuerpos de ejército que son unidades muy grandes, propias de las armas convencionales, no atómicas. La guerra revolucionaria —con formaciones ligeras de montaña, dispersadas y “camufladas” y unidades en superficie en la retaguardia enemiga—, es la estrategia posible contra las armas nucleares. Con las armas nucleares el campo vendrá hacia la ciudad para hacer la revolución socialista, mientras que la pólvora llevó la ciudad contra el campo feudal: la técnica modifica la táctica y la estrategia, si bien la fabricación de nuevas armas estimula el progreso de la técnica.

Hacia principios del siglo XIX, el arte de la guerra había entrado en su forma burguesa: el servicio militar obligatorio es adoptado por casi todos los países; la organización y la administración de los ejércitos reviste una estructura de empresa ca-

pitalista; los mandos juegan, en el ejército, el mismo papel que los empresarios en las fábricas; en fin, la doctrina militar se aburguesa, perdiendo las formas semi-feudales del ejército de línea.

## LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Durante los primeros años de la revolución francesa de 1789-93, Carnot es el organizador de los ejércitos revolucionarios: eran cuatro grandes ejércitos, mandados por Jourdan, Moreau, Kellerman y Bonaparte. El cuerpo de ejército, gracias a la movilización popular en masa, supera la división como mayor unidad militar.

Hacia 1796, la doctrina militar tiene los contornos que tendrá en todo el siglo XIX con Napoleón Bonaparte. Carnot, para dar autonomía de movimientos y de abastecimiento a las tropas revolucionarias, las hace vivir sobre el terreno alojándose y abasteciéndose en las poblaciones campesinas, que no niegan su apoyo al ejército revolucionario. Con población favorable, la guerra encuentra su estrategia sublime en los primeros tiempos de la Revolución Francesa.

La guerra revolucionaria de nuestra época parte de un ambiente político favorable; de lo contrario, por más armas que se tuvieren, no se podría triunfar, sin asistencia de la población. Carnot, como comisario general, comprendió el papel de las masas populares, en unión del ejército revolucionario; igualmente Mao-Tse-Tung lo entendió así a la perfección, en nuestra época.

La tesis estratégica de Carnot es la siguiente: "Sobre todo, hace falta batir al enemigo en campo raso, perseguirlo y exterminarlo. Las ciudades, entonces, caerán, rápidamente, por sí mismas. Debemos actuar siempre en masa ofensivamente, con

una disciplina severa... tener siempre a las tropas en ambiente de guerra, sin excederse... y perseguir al enemigo hasta la destrucción completa". Además, Carnot recomienda una política y diplomacia que desuna a los aliados contra la revolución; atacar con plena superioridad de fuerzas; utilizar las plazas fuertes construidas por Vauhan y otros; en fin, hacer de la movilización general de la población la nodriza de masas para el ejército, que destruirá a los ejércitos de línea.

En la Edad Media, la guerra era un negocio de príncipes y señores feudales: el pueblo la sufre, pero no la hace; durante la Guerra de los Treinta años y de la Guerra de los Siete Años, los ejércitos profesionales, a manera de grandes bandas armadas, hacen la guerra; en fin, la Revolución Francesa moviliza al pueblo en armas: tal es su estrategia magistral e invencible frente a los reyes absolutos y semi-feudales de Europa.

A lo largo del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, la guerra se hace mediante el reclutamiento forzoso, bajo su forma capitalista de "nación en armas". Sin embargo, las regiones de un país, lejos del teatro de la guerra, no toman parte en ella, sino en forma indirecta.

La guerra revolucionaria es el "pueblo en armas": delante y detrás del enemigo, se extiende un espacio en que todo el pueblo toma parte en la guerra; y si ello no se logra no puede triunfar el pueblo sobre los ejércitos de las burguesías nacionales, unidos a los del imperialismo. La guerra del pueblo —en superficie sobre todo un país— constituye la estrategia de la guerra revolucionaria, capaz de batirse con ventaja contra unidades endivisionadas, desgastadas poco a poco; y contra armas nucleares, guardándose de no presentar un frente continuo, cubierto por grandes unidades. La guerra revolu-

cionaria debe ser articulada pero clandestina, flúida, aquí y allí, en todas partes y en ninguna. Así, estratégicamente, la violencia de las masas empuña el timón de la historia, en vez de hacerla pasivamente como clase oprimida.

La Revolución Francesa de 1789-93 como hemos indicado, fue la gran escuela militar de los ejércitos de la burguesía: *Napoleón* y *Clausewitz* surgen de la revolución como *Minerva* de la cabeza de *Júpiter*. *Carnot* es una anticipación de *Napoleón*, cuyo pensamiento militar se sintetiza en estas reglas: 1) estratégicamente, tomar la iniciativa de las operaciones dentro de un plan de campaña netamente ofensivo; 2) coordinar el pensamiento y la acción con vistas a imponer la batalla al enemigo; 3) concentrar las debidas fuerzas para ganar la batalla (principio de las fuerzas reunidas); 4) tácticamente, saber combinar la acción frontal con la maniobra en las alas del enemigo o sobre sus espaldas; 5) armonizar —estratégica y tácticamente— la batalla, con unidad de dirección.

*Napoleón* busca la “guerra relámpago” e impone la batalla, mientras que en las guerras anteriores ésta es librada por el mutuo consentimiento de los adversarios; piensa *Napoleón* que el fin de la guerra no es exclusivamente militar, sino político; procura dar una gran batalla, de decisión rápida para aniquilar totalmente a sus adversarios y resolver el problema de los abastecimientos; esquematiza sus operaciones a base del principio de economía de fuerzas.

“El arte militar —dice *Napoleón*— es todo de ejecución. Pero para realizar este arte, *Napoleón* reúne —como *Alejandro*, *Aníbal*, *César* o *Federico II*— todos los poderes: el poder político y el mando militar.

*Napoleón* procura batir a sus enemigos por separado, cuando están dispersos en el espacio, y él

puede concentrar más fuerzas que ellos en el lugar deseado y por un tiempo determinado. Técnica-mente, Napoleón hace un empleo correcto de la columna masiva de infantería, reforzada por una potente artillería: la táctica y la técnica se armonizan así coherentemente.

En la batalla de Rívoli (1797), Napoleón tuvo menos fuerzas que su contrincante Alvinzy; pero no dejó que este general reuniera todas sus fuerzas contra él; atacándolas unas detrás de otras —no todas a la vez— venció fácilmente apoyado por su eficiente artillería.

El hecho de que los voluntarios franceses no lleven retaguardias pesadas, ya que viven sobre el terreno permite a Napoleón emplear todas sus fuerzas en el lugar apropiado. A menudo los enemigos de Napoleón tienen una enorme masa de tropas, distantes 30 ó 40 kilómetros del frente de batalla, que no pueden desplazarse rápidamente por su impedimenta pesada.

Napoleón sabe que tropa que no entra en batalla es como si no existiera; puede ser batida por separado. Para lograr la velocidad de marcha Napoleón hace caminar a sus tropas permanentemente. Mis tropas —dice— son capaces de marchar 30 kilómetros en una jornada y luego combatir 2 horas a la tarde. Tal debiera ser la norma de un ejército popular guerrillero en la guerra revolucionaria, para merecer la victoria y poder escapar a los cercos que le tienda un enemigo más numeroso y mejor armado. Sólo la seguridad, la actividad, la combatividad y la velocidad dan posibilidades de batirse con ventaja sobre tropas regulares, cuyo ritmo de marcha es lento y no adaptable a todo terreno.

Napoleón comprendió la importancia de las marchas para batirse con agilidad en la línea interior,

para poder ser más fuerte que el enemigo en un punto del frente y no en todos, o poder modificar el orden de la batalla engañando al enemigo. “El gran arte de las batallas —dice Napoleón— es poder cambiar, durante la acción, su línea de operaciones; es esta una idea mía, completamente nueva”. Al cambiar en plena campaña la línea de operaciones y su centro de gravedad, el enemigo, si es lento en sus movimientos pierde la batalla, por falta de movilidad. La “gran táctica” estriba, entre otras reglas, en las siguientes: 1) fijar al enemigo al terreno mediante un ataque frontal; 2) atacar después sus flancos y retaguardia por un movimiento desbordante o circular; 3) en seguida, luego de la desorganización del adversario, producir el “acontecimiento” decisivo mediante el empleo de la reserva operacional, colocada en las inmediaciones de la lucha, no lejos de las reservas del enemigo; 4) explotar el éxito aniquilando al adversario. Tal fue a grandes rasgos el arte militar napoleónico —no propio de un genio, solamente, como creen algunos profesores militares burgueses—, sino resultado de la doctrina militar francesa nacida espontáneamente al calor de la Revolución Francesa, en 1789-93.

Napoleón dio forma a los grandes ejércitos revolucionarios, pero estos fueron formados por la movilización en masa; por el entusiasmo y además porque la economía burguesa permitía a Napoleón llevar al frente más infantería que todos los reyes de Europa, juntos.

En Lelpzig (1813) y en Waterloo (1815), Napoleón no puede maniobrar tan fácilmente como en otras batallas anteriores porque los reyes de Europa han establecido el servicio militar por reclutamiento, un Estado casi burgués y un sistema tributario que permite financiar la guerra, casi al

modo de la Francia burguesa. En Waterloo no fracasa la táctica de Napoleón, sino que triunfa el régimen —casi burgués— adoptado por sus enemigos coaligados, bajo la dirección y la financiación de la Inglaterra burguesa de Pitt.

## LA ESCUELA MILITAR ALEMANA

En los comienzos del siglo XIX, la escuela militar alemana da los más grandes teóricos de la guerra: Berenhorst, Scharnhorst, Lossau, Clausewitz, Molke y Schlieffen. La guerra es para Berenhorst un arte que la razón ignora; es la forma de la "razón pura" un don del genio; pero, a pesar de esta subjetividad kantiana Berenhorst expresa: "la influencia del factor fuego aporta a la batalla moderna un elemento «un azar» nuevo que no es posible, sin embargo, evaluar a priori". Esta confesión, no obstante, da a la guerra su forma capitalista: gran metalurgia, y economía de guerra poderosa.

Scharnhorst —discípulo de Kant y Herder— es un teórico de la guerra: 1) crea un estado mayor planificador de las operaciones y de los factores logísticos; 2) la instrucción y la organización del ejército, las proyecta en la acción; 3) sobre el individuo, exalta la nación (nacionalismo burgués); 4) aclara la noción de interdependencia del fin político y de los objetivos militares; 5) señala el factor fuego, en acción dispersada, a la defensiva; 7) preconiza la acción sobre un ala del enemigo, donde debe ser concentrado el número y el fuego; 8) recomienda el empleo de tiradores para fatigar al enemigo mientras deben ser concentrados, fuerzas y fuegos para el ataque decisivo, en puntos determinados; 9) considera que el arte de la guerra consiste en el fraccionamiento oportuno de los medios,

para maniobrar y ahorrar tropas en un lado, a fin de emplearlas en masas, en otro; 10) considera que la guerra es una ciencia y un arte. Más de un sargento —dice— que ha hecho numerosas campañas, con toda su capacidad, si no tiene cultura, será siempre un buen sargento, y nada más”. En cuanto a la forma ideal de la guerra, Scharnhorst es partidario de la batalla ofensiva, que debe tener en cuenta los siguientes principios:

—Principio de la superioridad de los medios:  
entre dos masas de tropas frescas,  
con igualdad de medios, vence la que  
tiene superioridad de número; puesto  
que la victoria es de los “gruesos  
batallones” como dice Napoleón;

—Principio del ataque concéntrico:  
una tropa, que es atacada en todas  
direcciones se considera perdida, sin  
salida táctica.

—Principio de considerar al enemigo en conjunto como un todo:  
ninguna parte importante puede ser  
aniquilada, sin que afecte la destrucción del todo.

—Principio de la solidaridad de las armas combinadas:  
cada arma tiene sus posibilidades, y  
se trata de encontrarle el empleo apropiado, en el conjunto del combate.

—Regla 1ª):

Es condición “sine qua non”, no dejar la batalla librada al azar, según los factores espontáneos, sino siguiendo un plan de maniobra, que debe dar al jefe atacante la convicción de la victoria.



—A fin de aumentar las posibilidades de éxito en la batalla, se debe actuar concéntricamente.

—Regla 2ª):

Escoger los mejores puntos de ataque, a menudo los flancos. La idea maestra del jefe militar debe ser: atacar de fuerte a débil, sobre puntos bien determinados.

—Regla 3ª):

En la batalla defensiva, lo principal no reside en defenderse, sino en atacar a su debido tiempo. El acto ofensivo es incluido así, en el combate defensivo, que puede presentar 3 casos: a) que el defensor no quiera abandonar, por nada, su posición, empleando todas sus reservas; b) que se instale una parte de las fuerzas, definitivamente, mientras que con otra parte se toma al atacante de flanco o de revés; c) que abandone la posición defensiva la totalidad de las fuerzas, para atacar al sitiador o el atacante, cuando éste es tomado por sorpresa.

La guerra se convierte en planificación por el Estado Mayor, en la doctrina de Scharnhorst; pero más como acto ofensivo que defensivo. La maniobra en retirada, sin embargo, fue prevista por este teórico de la ciencia militar Molke, durante la guerra franco-alemana de 1870-71, aplicaría en cierto modo, la concepción estratégica y táctica de Scharnhorst.

Von Lossau colaborador de Scharnhorst, le sucedió en la dirección del ejército alemán. Lossau, militar burócrata, típico de la sociedad burguesa,

desenvuelve la idea de economía de guerra. El jefe militar —dice— podrá exigir a su país una economía e instituciones apropiadas, teniendo en cuenta la situación de otros países, para la conducción afortunada de las operaciones. La guerra —manifiesta— no es un conjunto de reglas lógicas, ni de fórmulas rígidas, pues las que se aplican a ella admiten tantas excepciones, que el arte hace muy poco, mientras que el artista lo hace todo.

Lossau coincide con Napoleón en que la guerra es un "arte conjetural y combinatorio"; un acto ofensivo por excelencia ya que "aún en la defensiva, se puede pasar a la ofensiva"; el acto ofensivo, precisamente en la defensiva, tiene por finalidad colocar al enemigo en la defensiva; el fin del ataque es la batalla; un verdadero mando debe utilizar, adecuadamente, los hombres, los cañones y las fortificaciones, en la batalla defensiva. Para Lossau, la guerra es una mezcla de arte y de suerte.

## CLAUSEWITZ: FILÓSOFO DE LA GUERRA

Clausewitz, entró muy joven en el servicio de las armas. En 1812, en plena campaña napoleónica, pasó al estado mayor del Zar, ejerciendo el puesto de director de la escuela de guerra. Clausewitz fue el gran teórico de la guerra. Murió en 1831, el mismo año que Hegel: el filósofo de la dialéctica. Influidó por la filosofía de Hegel, la teoría de la guerra de Clausewitz está impregnada de una aguda dialéctica. La ofensiva o la defensiva para él, son dos formas de combate opuestas, sometidas a una contradicción en presencia, cuyo desarrollo es desigual en función del tiempo. En este sentido Clausewitz plantea que la posición más fuerte es la defensiva. Permite ésta, esperar en terrenos apropiados las faltas del adversario, adaptándose a los

acontecimientos. Clausewitz guarda las fuerzas disponibles para ser empleadas en tiempo oportuno: explota al máximo el terreno hasta un momento determinado en que es trastocan las fuerzas en presencia, a favor del bando defensivo que toma la ofensiva, luego de haber desgastado al enemigo. Clausewitz no recomienda la defensiva pasiva sino de desgaste, para tomar luego la ofensiva.

La maniobra de retirada debe ser elástica; el fin esencial es que la defensiva se convierta en ofensiva, para aniquilar al enemigo. En la dialéctica clausewitziana de los dos polos de una contradicción, uno se desarrolla desigualmente respecto del otro y tiende a convertirse en el otro, para negarlo, es decir para aniquilarlo.

Clausewitz, en "*De la Guerra*", ha escrito la enciclopedia del arte militar: libro I, de la naturaleza de la guerra; libro II, de la teoría de la guerra; libro III, de la estrategia en general; libros IV, V, VI y VII, de las diferentes formas de la guerra; libro VIII, de las grandes líneas de un plan de guerra. Este pensador ha puesto, bien en claro, el sentido y el fin de las diferentes clases de guerras; la importancia de los valores morales y subjetivos, en la guerra; en fin, la estrecha vinculación entre la guerra y la política: "la guerra es una forma de la política".

La guerra está contenida, esencialmente, en la política y constituye su "última ratio", como expresión de la violencia entre las naciones y entre las clases: es el "paso de lo absoluto teórico a la realidad", es decir, un acto de violencia. Por eso, ciertamente, lo ideal es realizar, en un mando coherente, la unidad del poder político y del poder militar, como Alejandro, César, Federico II y Napoleón.

Para Clausewitz —dialéctico de la guerra— el

verdadero mando es aquel que es capaz de “realizar el paso esencial de una forma objetiva de saber a una forma subjetiva del poder”, esto es, que el saber debe tener el poder; pues sin él es imposible mandar con conocimiento de causa, o pensar la guerra en su forma total: táctica y estrategia. Dialécticamente, la guerra no es enteramente defensiva, justamente porque constituye dos polos de una contradicción, en permanente desarrollo desigual: el bando que cometa más errores estratégicos —que desgaste sus fuerzas indebidamente, que tenga baja moral política, que decaiga— tendrá que perder necesariamente.

En la guerra revolucionaria, la teoría del intercambio de fuerzas (hasta que lo chico se convierta en grande y lo grande en chico, lo particular en lo general y lo general en lo particular, una banda armada en un ejército, una zona liberada en un Estado y, en fin, un grupo armado en ejército de liberación), constituye la esencia doctrinal de todos los movimientos de liberación. El mando de una guerra revolucionaria debe unir la política y la estrategia sin separación posible; pues la estrategia de la guerra popular debe ser desburocratizada, para que sea político-militar eficiente. Un guerrillero, en principio, debe ser más fuerte por el saber que por el poder; en cambio, un jefe militar burgués siempre es más fuerte por el poder que por el saber, debido a la empresa burocrática de los ejércitos burgueses, basados en la jerarquía, sin ideología militante, sin política coherente.

El pensamiento clausewitziano se concreta en estas palabras: “Ella (la teoría) no proporciona, como receta, la solución de los problemas; ella no es capaz de circunscribir sus vistas en una línea estrecha y obligatoria, jalonada, de una parte y de otra, por axiomas. Ella permite una visión sobre la

masa de elementos y de sus posiciones recíprocas para enviarlo a las altas esferas de la acción, a fin de actuar en la medida de los dones naturales. Él realizará entonces (el mando), lo verdadero y lo justo en una sola noción clara y precisa, dada por la impresión de conjunto de todas las fuerzas reunidas; pero más bien sentida que pensada". Este lenguaje de Clausewitz es muy hegeliano; está impregnado del estilo filosófico de Kant, Fichte y Schelling; pero prevalece la dialéctica hegeliana, más que el criticismo kantiano, si bien tiene un subjetivismo a lo Fichte. Clausewitz, gran enemigo de Napoleón, es, sin embargo, el teórico de la doctrina militar bonapartista: odia a Napoleón, pero lo admira; sabe contar y decir, filosóficamente, el arte del "gran corso", que llevó los ejércitos de la Revolución a toda Europa.

## JOMINI: FORMAS DE LA GUERRA

Jomini —contemporáneo de Clausewitz— hizo de la guerra un oficio, enseñando todas sus reglas formales en su obra: "Compendio del arte de la guerra o nuevo cuadro analítico de las principales combinaciones de la gran guerra y de la política militar". A diferencia de Clausewitz, que es un filósofo de la guerra, Jomini es un jugador de ajedrez, con soldados de carne y hueso, a manejar en un arte, puramente combinatorio, casi geométrico; pero sin volver a la táctica lineal.

Las principales tesis de Jomini pueden ser enunciadas así, sintéticamente: 1) el objetivo geográfico (capital política del enemigo) debe ser preferido al estrictamente estratégico o aniquilamiento de las fuerzas adversarias; 2) se debe ocupar, con el grueso de las fuerzas propias, los puntos decisivos de la batalla, particularmente en la retaguar-

dia del enemigo; 3) hay que batirse de fuerte a débil, atacando con el grueso propio las fracciones de tropas adversarias; 4) se debe lanzar el ataque decisivo sobre el centro de gravedad del enemigo; 5) Jomini halla las siguientes formas de combate o de batalla: a) tres suertes de batalla posibles; b) doce ordenes de batalla; c) cinco combinaciones para el combate en retirada y cinco formaciones de marcha hacia el enemigo. Como la guerra está en el tiempo y en el espacio, Jomini consideraba que "un teatro de operaciones no presenta más que tres zonas: 1) una, a la derecha; 2) una, a izquierda; 3) una, en el centro"; 4) igualmente sucede en cada zona de cada frente de batalla. Por consiguiente, "la cuestión del movimiento estratégico, como de la maniobra táctica, se reducirá siempre a saber si, para triunfar, se debe maniobrar a derecha, a izquierda o delante de uno".

## GUERRA SUBVERSIVA

La guerra revolucionaria se ha liberado de estas tres dimensiones (centro, derecha e izquierda) del frente de la táctica lineal, de la doctrina de Jomini y de toda fijación espacio-temporal. Por ejemplo, una guerrilla puede entrar en campo enemigo, para liberarse del rastrillaje o del peine que le tiendan sus perseguidores, a fin de encontrarse en seguridad, liberándose de su propia zona. Ello no es posible hacerlo con tropas regulares; si a una unidad le hunden el frente, éste queda quebrado; ella no puede replegarse sin que se repliegue el resto de las tropas; tiene una rigidez que la fija al terreno. Pero la guerrilla se libera de esa esclavitud del espacio, para derrotar al enemigo poco a poco —en el tiempo— a fin de ser más fuerte finalmente, para tomar la iniciativa general en grandes bata-

llas, para hacerse con el espacio; pero después de haber aniquilado, en el tiempo, al enemigo.

En la guerra revolucionaria lo más importante es combatir para producir armas y municiones a expensas del enemigo; lo de menos es ocupar el espacio en forma fija, con frentes regulares, con ejércitos de líneas; pues, entonces, un enemigo poderoso —bien equipado de blindados, artillería y aviación— tendría una correlación de fuerzas favorable batiendo con ventaja a un ejército que careciese de esas armas pesadas.

Contra la esclavitud del espacio, con la guerra de grandes unidades, la guerrilla y un ejército de liberación, muy móvil, pueden adaptarse a todo terreno y circunstancia, incluso pueden trasladar el frente a la retaguardia enemiga en forma de guerra clandestina, en superficie. Esta posibilidad no existe para ningún ejército regular: ninguna división enemiga puede pasar a la retaguardia de su adversario, porque sería cercada inmediatamente, a falta de sus abastecimientos y líneas de comunicación y de sus sostenes, a derecha e izquierda del frente. En la guerra revolucionaria el tiempo y el espacio son muy fluidos: no limitan el movimiento de las tropas; permiten toda clase de estratagemas y combinaciones; en saber combinarlos y utilizarlos con el fuego, el movimiento y la sorpresa, reside la estrategia brillante de la guerra revolucionaria: arma secreta contra los ejércitos de la burguesía, contra el arma atómica inclusive.

El general Giap —experto estratega de la guerra revolucionaria del Viet-Nam del Norte— dice, en consonancia con las anteriores afirmaciones: “Si el enemigo es fuerte, se lo esquivo; si es débil, se lo ataca; a su armamento moderno, se opone el heroísmo, sin límites, para vencer; sea hostigándolo, sea aniquilándolo, según las circunstancias, com-

binando las operaciones militares con la acción política y económica (de las masas); no se debe tener línea de demarcación fija: el frente está, en todas partes, donde se encuentra el adversario.

“Se debe realizar una concentración de tropas con una superioridad aplastante sobre el enemigo, donde se encuentre en descubierto, a fin de destruir sus fuerzas vivas; pero ello con iniciativa, flexibilidad, rapidez, sorpresa y velocidad, en el ataque y en el repliegue. Mientras la correlación de fuerzas estratégicas sea desfavorable, se debe agrupar tropas propias para lograr una superioridad absoluta, en el combate, en un punto dado, durante un tiempo dado. Obteniendo pequeñas victorias, hay que usar, poco a poco, al adversario para el mismo tiempo acrecentar las fuerzas propias. En estas condiciones concretas, es necesario no perder de vista el objetivo principal de la lucha, que es la destrucción de las fuerzas vivas del enemigo; hace falta en consecuencia evitar pérdidas por conservar, a cualquier precio, el terreno o por recuperar los territorios en manos del enemigo, o de liberar totalmente al país (en forma apresurada).

“En la guerra de liberación del Viet-Nam, la guerrilla se generalizó en todas las regiones temporalmente ocupadas por el enemigo. Cada ciudadano o habitante fue un soldado; cada aldea o villa una fortaleza; cada célula del Partido, cada ayuntamiento, fueron un estado mayor”.<sup>1</sup>

Mao-Tse-Tung obligó a Chiang-Kai-Chek a extender sus tropas en un vasto espacio, de modo que tuviera que ir a todas partes y no pudiera, concretamente, acudir a ninguna con superioridad

---

<sup>1</sup> *¿De dónde proceden las divergencias?*. Editorial del “Diario del Pueblo”, Pekín, 28 de febrero de 1963.



absoluta de fuerzas. La contradicción entre un frente demasiado grande y una escasez manifiesta de tropas enemigas, debe constituir el secreto estratégico de la guerrilla, para facilitar la creación de un ejército de liberación.

Hacia 1946, Mao-Mse-Tung, con la guerrilla a retaguardia del enemigo, obligaba a éste a tener que destinar casi un 50 % de sus efectivos en servicios de guarnición y policía de comunicaciones. En síntesis, frente a la táctica lineal del siglo XVII y XVIII y a las formas geométricas del frente según Jomini, o ante las grandes unidades modernas de infantería, se debe emplear una táctica maniobrera que extienda —en el espacio— la guerra en forma de piel de leopardo, a fin de que haya muchas bases de guerrilla y de que, por esos intersticios, circule ésta como el pez en el agua teniendo, para ello, población favorable, en función de un frente de liberación nacional, que represente la aspiración y satisfacción de las masas populares. La guerra revolucionaria es: 50 % política y 50 % militar: (de lo cual 40 % estratégica y 10 % táctica y técnica de armamentos).

La guerra tiende a ser cada vez más política. El posible empleo de armas nucleares da al Jefe del Estado de un país la facultad de "decisión última". Al lado de los generales, los sabios atómicos son como poderes superiores. Durante las dos últimas guerras mundiales, los comandantes en jefes de los ejércitos, en cierta medida, tenían más poderes militares que los jefes de gobiernos. Igualmente, la guerra revolucionaria es eminentemente política y confiere el mando militar a los jefes revolucionarios más distinguidos. Así, pues, con la guerra nuclear o con la guerra revolucionaria, la estrategia se desmilitariza, se hace más y más política, vuelve a unir el mando militar y el mando político en una

sola persona como en Alejandro, Aníbal, César, Federico II, Napoleón, Stalin, Mao-Tse-Tung, etc.

La estrategia profesional, salida de las academias militares, estaba subordinada a la política, pero actuaba con un margen de independencia considerable, independientemente de los políticos, particularmente en los países latinoamericanos, donde las fuerzas armadas son un núcleo más coherente que los partidos políticos burgueses. En la era de la estrategia nuclear, el Jefe de Estado se convierte, por más civil que sea, en comandante en jefe: controla los armamentos nucleares, controla el plan de guerra, señala la hora (H), dirige la diplomacia, unifica la estrategia y la política, o mejor dicho, realiza la política de guerra. Desde el momento en que los generales no pueden disponer de armas atómicas tácticas, sin consultar al jefe de Estado, están subordinados enteramente a la política.

Frente a las armas nucleares y a las grandes unidades convencionales, los países subdesarrollados o neo-colonizados deberán emplear una estrategia nueva: la ocultación y la dispersión en forma guerrillera. La guerra revolucionaria, en ese sentido, es una posición más fuerte que la estrategia nuclear. La dispersión revolucionaria (guerrillas operacionales de ciudad y campo) es el arma secreta estratégica contra la acción contrarrevolucionaria de los ejércitos burgueses indígenas o imperialistas. Se puede vencer así a un ejército enemigo teniendo un combatiente contra 100 (estratégicamente) con tal de disponer en un punto, y no en todos, 10 guerrilleros contra 1 soldado regular (para ser superior tácticamente), para compensar o anular la superioridad estratégica en número del enemigo. La clave de la victoria popular estriba en ir formando un ejército de liberación apoyado en guerrillas extendidas por todo un territorio, para obligar al

adversario a dispersarse, a fin de que el ejército de liberación pueda concentrarse en algunos puntos y derrotar al enemigo con batallones, regimientos y brigadas: hay que dispersar al adversario por medio de la guerrilla, para atacarlo con unidades revolucionarias no superiores a la brigada o división, para no perder la movilidad revolucionaria.



## Capítulo VI

### LA GUERRA COMO EMPRESA CAPITALISTA

#### *Desempleo y crisis económicas*

La guerra tiende a la desconcentración de fuerzas. Alejandro y Darío tuvieron una densidad de tropas en Arbelas (331 a. J. C.), que sería difícil de realizar en los tiempos modernos. Durante el siglo XVIII, la densidad de soldados por milla era de unos 250; en Leipzig, Napoleón tenía 180 hombres por milla; en la guerra franco-prusiana de 1865-70, la densidad de hombres por milla fue de 1.200 y en la primera guerra mundial europea unos 3.500 soldados por milla, sobre frentes estáticos y fortificados. En el futuro, las armas nucleares impondrán una dispersión militar que no puede ser superior a un grupo bien armado, veloz, capaz de operar de noche, para presentar el menor blanco posible a las armas de destrucción en masa. Pero, frente a la guerra atómica, sólo hay una estrategia no nuclear: la guerra revolucionaria sobre el principio de muchas bases de guerrilla en forma de "dispersión controlada", cosa que ve muy claro un teórico de la guerra burguesa como el capitán B. H. Liddell Hart.

Las formaciones regulares de los ejércitos nacio-

nales, más que empleadas contra otro ejército burgués nacional, están destinadas, en adelante, a reprimir las revueltas revolucionarias en el "frente interno", a medida que se haga más intensa la crisis económica y social, sobre todo, en los países subdesarrollados. Los ejércitos nacionales burgueses están destinados a realizar operaciones punitivas contra los obreros y los campesinos de sus países. Pero, frente a esas fuerzas de choque, los obreros y los campesinos deben emplear la estrategia mosquito, guerrillera, atacando aquí y allí, para abastecerse a expensas del enemigo, para cansarlo, para agotarlo, hasta que surja una base de liberación en una zona de montaña, que se preste a su defensa elástica, sin rigidez.

Si la burguesía empleara las armas tácticas atómicas contra las bases de montaña de guerrilla, la táctica y la estrategia del pueblo en armas tendría que ser modificada, necesariamente. La solución sería llevar la guerra revolucionaria a las grandes ciudades, donde el enemigo no puede emplear los helicópteros, las bombas incendiarias y las armas atómicas tácticas: pues tendría que exterminar a las poblaciones, perdiendo en moral lo que ganara en destrucción material. Hay que combinar, magistralmente, para no equivocarse, la guerra de ciudad (tipo guerrilla operacional como en Argelia) y la guerra de Montaña (tipo Cuba), a fin de que el enemigo, con sus formaciones regulares, tenga que dispersarse, no pudiendo tener densidad operacional de tropas por kilómetro de frente: sólo entonces la victoria será rápida, incluso con el empleo de unidades no mayores al batallón o el regimiento en la guerra revolucionaria, como en el Viet-Nam del Sur.

## GUERRA Y CAPITALISMO

A finales del siglo pasado, la guerra franco-alemana constituyó un anticipo, táctico y estratégico, de lo que sería la primera guerra mundial. Von *Bernhardi* escribió una obra notable: "La guerra de hoy", considerada como un tratado del arte de la guerra. Por ello, fue llamado con justeza el nuevo Clausewitz. Sin embargo, el ejecutor material y director de los planes de operaciones, en la guerra franco-alemana, fue el mariscal Moltke (1800-1891). Las principales tesis de este mariscal podrían ser resumidas en las frases siguientes: 1) la paz eterna no es más que un sueño y no un buen sueño"; 2) "en toda guerra el mayor bien es acabarla lo más rápido posible"; 3) "para lograr ese objetivo, todos los medios son buenos, sin exceptuar los más condenables"; 4) "el comportamiento del enemigo debe dictar la estrategia"; 5) "la doctrina estratégica no supera mismo los principios del sentido común"... "la guerra deviene así en un arte, pero un arte cuya explicación necesita mucha ciencia".

Para Moltke la guerra es ya una empresa capitalista: trenes de transporte; comunicaciones telegráficas; fabricación de cañones; fusiles y ametralladoras producidos por una gran industria; financiación en base a millones y millones de marcos; un completo servicio de Estado Mayor; una red de información lo más amplia posible; en fin, la guerra se presenta, dentro del capitalismo, como una gran empresa más, en la cual el jefe de Estado Mayor cumple el mismo papel que el presidente de un "cartel" o de un "trust".

En la guerra franco-alemana se empleó, por parte de ambos adversarios, el fusil estriado cargado por la culata, una potente artillería y formaciones

todavía en columna (propias de la táctica napoleónica) lo cual produjo una enorme cantidad de bajas. Otra vez, frente a las armas de gran potencia de fuego, el orden liviano prevaleció sobre el orden profundo. La escuadra, el pelotón y la sección fueron las unidades ligeras apropiadas a la neutralización del fuego de fusilería y de las ametralladoras, sobre todo, en la guerra de 1914|18.

Moltke era partidario —en estrategia— de aplastar al enemigo para decidir la lucha en una gran batalla; desoía a sus consejeros militares cuando le recomendaban que tomara a París. Frente a la tesis de Jomini, que prefiere tomar la capital de un país a derrotar un ejército, Moltke contestaba: primero quiero derrotar al ejército francés, y luego entraré en París. Efectivamente, en Sedán capituló Napoleón III con 100.000 hombres.

Lo importante, pues, en estrategia, no es ocupar el terreno, sino liquidar al enemigo: 1) si se es muy fuerte, en una gran batalla; 2) si se es muy débil, en varias operaciones de cerco y aniquilamiento que sumadas, una a una, ganarán la última batalla, que es la más importante y decisiva de todas. Esta última recomendación corresponde a la guerra revolucionaria; la anterior, a las grandes potencias industriales, que pueden hacer la guerra en tres dimensiones: aire, mar y tierra. Consecuentemente, en la guerra revolucionaria, se comienza por la sublevación de Espartaco, con unos pocos hombres y una buena causa popular: al final, se termina como Alejandro Magno, en la batalla de Arbelas, con la destrucción del adversario; en una guerra de pueblo, se comienza por Mao-Tse-Tung y se termina por Clausewitz.

La gran metalurgia, la máquina de vapor y el motor de explosión; las comunicaciones radioeléctricas, telegráficas y telefónicas; la aviación, el tan-



que, el camión, la ametralladora y el cañón de todo tipo; los grandes acorazados; todo, dió a la guerra forma de empresa capitalista. Finalmente, el arma atómica traslada el frente a la retaguardia, mediante el bombardeo sobre ciudades, más que de las líneas de combate. La guerra ya no es dirigida únicamente contra las tropas sino contra todo un país (contra sus poblaciones, industrias, fuentes de materias primas y de energía, comunicaciones, puertos y otros objetivos), en la retaguardia. Como la guerra es una empresa económica, las armas atómicas golpean la retaguardia, donde está concentrada la industria. La "guerra total", enunciada por Ludendorff en la guerra de 1914-18, cobra, en la era atómica, una actualidad manifiesta y terrorífica.

Sucedor de Moltke, en el estado mayor del ejército alemán, el conde de Schlieffen recomendó una guerra de grandes dimensiones, envolvente, a la manera de Aníbal, en Canas, para poner fuera de combate a los franceses. La guerra se presenta para Schlieffen como una vasta operación de concentración de tropas, información sobre el enemigo, una trama de convoyes y trenes de abastecimiento, una completa red de comunicaciones, una poderosa industria.

El jefe supremo es un cerebro que ve la guerra, sobre los mapas, a distancia, sin estar en los frentes, ya que su misión es movilizar reservas; aportar abastecimientos; señalar las zonas estratégicas de operaciones; llevar material de guerra y municiones a los frentes comportándose como el gerente general de una gran empresa. El capitalismo de principios de siglo, necesitaba la guerra para amortiguar las crisis económicas; suprimir el paro obrero para hacer que el principio de la escasez (mediante la destrucción de riquezas) eleve los precios,

para proporcionar ganancias a las 200 familias plutocráticas, en cada país capitalista.

La guerra de 1914-18 fue una empresa de transporte y destrucción de riquezas, para superar la crisis económica mundial de 1913, Los militares al servicio de sus respectivas burguesías, hacían de dios Saturno, para devorar riquezas y evitar que, por exceso de ellas, se produjese una gran crisis económica que lo abarcara todo imponiendo, violentamente, la sociedad socialista. Así, pues, ante el peligro del socialismo, las burguesías nacionales hallaron la solución en el imperialismo: la guerra es al capitalismo, lo que el rayo a la tormenta.

Ludendorff, del lado alemán, o Foch, en el grupo aliado, grandes generales, no eran más que la expresión de una matanza colectiva, necesaria para salvar al capitalismo de la crisis, si bien el remedio era peor que la enfermedad. En el frente occidental, desde 1914 hasta 1918 se hizo una guerra de usura, de agotamiento económico y moral, de trincheras, gastando millones y millones de dólares en municiones, abastecimientos y armamentos, hasta que uno de los dos bandos se quebrara por el lado económico. Alemania —que no tenía grandes flotas marítimas para procurarse abastecimiento en países no comprometidos como hacía Inglaterra y Francia—, perdió la guerra por agotamiento económico.

La estrategia de la guerra de 1914-18 fue más bien económica, de desgaste material y moral. Los ejércitos dada su enorme pesadez, no podían evolucionar, pegados al terreno, atrincherados, haciendo la "guerra del topo". La batalla final fue decidida por los capitanes de industria más que por los capitanes de guerra, como Foch o Ludendorff. En la guerra de 1914-1918 no se aplicaron los grandes principios de la guerra; no era posible hacerlo, de-

bido a la falta de movilidad, a la imposibilidad de asegurarse la sorpresa, a la pesadez del frente de combate.

La guerra de 1914-18 no permite mucha libertad de acción, ni aplicar correctamente el principio de la economía de fuerzas; es un desgaste económico para hacer durar al capitalismo, con la complicidad de los social-demócratas, que en vez de "convertir la guerra imperialista en guerra civil", votaron los presupuestos de guerra, en los parlamentos burgueses.

## LOGÍSTICA Y CAPITALISMO

Durante las dos últimas guerras mundiales, la guerra se ha convertido en un "planing" de masas humanas, materias primas, municiones, industrias y armamentos. A pesar del motor de explosión y del avión, la movilidad de los ejércitos disminuye a poco más que en la era del caballo. En la guerra de Corea, las divisiones motorizadas norteamericanas — que llevaban hasta cerca de 2.000 vehículos de todo tipo —, se clavaban al terreno por falta de comunicaciones.

Como en el devenir todo se transforma dialécticamente en su contrario, la movilidad motorizada en exceso era pesadez. Como las comunicaciones le son dadas a un ejército motorizado, no puede operar en todo terreno, pierde movilidad; además un ejército motorizado deja enormes claros —entre ruta y ruta— por donde una guerrilla maniobrera puede ganar las retaguardias enemigas, para hostigar y desgastar un adversario muy motorizado, con una infantería equipada con armas antitanques y granadas de cargas huecas, para fusil. El progreso mecánico y científico modifica velozmente, un año sobre otro, las armas consideradas más modernas.

En la guerra de Corea desapareció la artillería pesada y los blindados, por ser presa fácil de los cohetes de los caza-bombarderos livianos, de las armas pesadas de infantería y las cargas huecas, lanzada con fusil individual. Se impone, pues, una artillería que la infantería pueda transportar a hombros, para escapar a los bombarderos de la aviación, de los cuales no se salvan los blindados y la artillería (sobre ruedas o autotransportada). Como el hoplita griego —que era un infante pesado— las compañías y las secciones pesadas (equipadas con morteros livianos, bazookas, granadas antitanques de fusil y bombas de mano), constituyen la base de la victoria en la guerra revolucionaria, sobre todo, en ataques contra defensas, centros de resistencia, ciudades y localidades o posiciones fuertes. Sin armas bidimensionales, de acción en superficie, la guerra no cobra impulso.

La guerrilla necesita transportar todo a hombro, para tener posibilidad de marchar en todo terreno, preferentemente de noche, para escapar a las vistas de la aviación. En posición defensiva, deben emplearse armas de tiro curvo (morteros de distintos calibres y antitanques con carga hueca).

Se debe organizar el terreno en base a pozos de tirador, de 1,50 de profundidad por unos 0,50 de ancho, a ser posible rebatiendo el brocal del pozo con cemento. Estos pozos permiten hacer fuego sobre el enemigo, estando a cubierto. No es necesario construir una fortificación muy sólida, sino ligera, de campaña, para dar movilidad a la guerra. Las grandes fortificaciones insumen muchas horas de trabajo y no compensan el esfuerzo realizado, ni el personal distraído ya que, actualmente, no hay fortificación que resista a las armas modernas. Además, se debe evitar quedarse de objetivo militar como Paulus (en Stalingrado) o como Rommel, (en

el Alamein). Nada de guerra de posiciones, (en casos muy contados), sino guerra de movimiento, para escapar y atacar sin sujetarse al rigor del tiempo y el espacio.

La guerra moderna, entre las grandes potencias, es una operación de transporte y destrucción: la aviación estratégica cumple un papel demoledor, ya sea con armas atómicas o convencionales. No obstante la motorización, los ejércitos emplean mucho tiempo para desplazarse. La organización lo absorbe todo y lo burocratiza todo. Por ejemplo, una división pesada norteamericana de 1956-58 tenía unos 18.000 hombres, pero fusileros combatientes, infantes, sólo 1.200. Así, pues, en plan de guerra revolucionaria si los Estados Unidos fueran a reprimir, contarían apenas con algunos batallones, debido a su enorme burocratización militar propia de un capitalismo congestionado, altamente concentrado, que imprime al arte militar una conveniencia de economía burguesa (divisiones superpesadas para equiparlas por la industria pesada que, sin guerra, siempre está en crisis).

A pesar de la aviación en masa, de contar con unos 800 buques de guerra y con más de 1.000.000 de soldados, los Estados Unidos, en Corea, tuvieron que firmar la paz, en Pan-Mu-Jon, porque no podían ganar la guerra. No obstante la mecanización, los yanquis tenían que pararse delante de los pozos de tirador chino-coreanos, al norte del paralelo 42: la guerra, como en 1914-18, volvía al combate cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, si se quería rebasar los pozos de tirador chino-coreanos, equipados con morteros, antitanques individuales, y cargas huecas para fusil.

## ESTRATEGIA CONVENCIONAL

La guerra revolucionaria debe hacerse con unidades livianas de infantería y con unidades pesadas (especializadas en morteros, bazookas, lanzamientos de granadas con fusil y otros proyectiles bidimensionales). El arma blanca, el proyectil de fusil y la ametralladora, sólo baten un punto o una línea, mientras que las granadas tienen dos dimensiones y actúan dentro del radio de un círculo; incluso la escopeta, a cortas distancias, disparando cartuchos con balines, es un arma de superficie, una especie de lanza-granadas, más efectivo, en determinadas situaciones, que la pistola ametralladora. En armonizar una infantería liviana y pesada estriba el arte, en cuanto a la forma de las unidades, en la guerra revolucionaria.

Para hacer la guerra grande se necesitan grupos de ejércitos como en Verdún (1916), donde murieron 500.000 alemanes, en una guerra de usura; o en batallas como la de Stalingrado (1943), donde capitularon o perecieron unos 400.000 alemanes. La guerra imperialista de posición exige enormes masas de artillería, aviación, fusilería y otras armas. En la mayor parte de las ofensivas, sólo se consigue hacer retroceder un poco al enemigo, pero a costa de miles de muertos y de consumir una enorme masa de explosivos.

La guerra tipo 1914-18 es usura permanente de la artillería, sin posibilidad de ruptura del frente para realizar una gran maniobra envolvente, con amplia explotación del éxito. La ofensiva, en campos atrincherados, exige muchos medios; largo plazo en su planificación y lenta en su ejecución; la sorpresa es imposible, por la vasta cantidad de tropas y recursos movilizadas hacia la zona del frente; además, dos adversarios con parecido desarrollo

económico y tecnológico, se paralizan en combates frontales, haciendo el movimiento nulo cuando su fuego es de igual potencia. Durante la conflagración de 1914-18, no fue el comando único de Foch la base de la victoria, sino la unificación de la economía de las potencias aliadas, muy superior en recursos a la de las potencias centro-europeas, cuyo epicentro era Alemania.

La guerra de 1939-45 fue más dinámica que la de 1914-18. La batalla, durante la segunda guerra mundial, adquirió un ritmo más rápido que en las trincheras de Verdún y la Somme. El general Guderian expuso sus ideas sobre las divisiones blindadas en un opúsculo intitulado: 'Las tropas blindadas en coordinación con las otras armas'.

Para Guderian, la batalla de la guerra de 1939-45 debía presentar las formas y fases siguientes: 1) de momento, un ataque concentrado de blindados, seguidos por la infantería que los apoya; 2) después, un ataque combinado de blindados e infantería; 3) luego, ataque de la infantería, apoyada por las otras armas; 4) en fin un ataque de blindados en dirección oblicua respecto de la infantería, volviendo a la maniobra de Epaminondas y Federico II de Alemania.

La gran táctica alemana de 1939 puede ser enunciada, sintéticamente, así: 1) ataque frontal de la infantería semi-acorazada, para fijar al enemigo en el terreno; 2) ataque oblicuo de la masa de artillería autotransportada y de blindados; 3) bombardeo aéreo concentrado, en la dirección de los tanques y de la artillería, para producir la ruptura del frente enemigo y envolverlo por un ala, tomándolo de revés. La gran táctica germana de 1939 es la asociación del tanque, el avión y el cañón del 88. Los alemanes hacían la guerra con la táctica de 1939, mientras que los aliados empleaban toda-

vía la *táctica de Foch*, en 1918. La idea del grupo aliado era: frentes fijos, continuos y regulares. Al contrario, los alemanes penetraban en campo enemigo como un acorazado en el agua, sin preocuparse mucho de los costados, confiando en su potencia acorazada, en la artillería móvil, en la protección con techo aéreo.

La *guerra relámpago*, que pedía Moltke, tuvo sus mejores éxitos tácticos en las campañas alemanas de 1939-42. En 1940, Alemania disponía de 10 "panzer-divisionen", integradas por 3.000 carros de combate y 600 auto-ametralladoras. Los germanos querían evitar una guerra de estabilización como en 1914-18, porque esa guerra se perdería económicamente, aunque se ganara tácticamente. Se necesitaba asociar, estrechamente, la pareja tanque y avión, para hacer una guerra maniobrera, fulminante.

Los aliados occidentales tenían más blindados que los alemanes pero distribuidos en pequeñas unidades, o en reducidas divisiones motorizadas. Incluso —contando con 7 divisiones acorazadas— los anglofranceses las lanzaron unas detrás de otras, mientras que los alemanes las volcaban todas a la vez en el frente belga. Como tropa que no interviene en la batalla es como si no existiera, los aliados perdieron la batalla, y se produjo el desastre de Dunkerque. Los soviéticos cometieron los mismos errores tácticos que los aliados anglosajones y franceses: el ejército rojo maniobró pesadamente; empleó sus blindados en unidades mixtas, más que en unidades acorazadas, hacia 1940; pero no ya en Stanlingrado, en 1943.

## MILITARISMO E IMPERIALISMO

La guerra de 1939-45 es como dice el general



Fuller, una "guerra mecanizada": un duelo grandioso, un acto de violencia mundial, como no lo había sospechado Clausewitz. Como en otro tiempo, la guerra busca su decisión por las armas, pero lo que triunfa es la economía más fuerte, en forma de estrategia indirecta.

Hacia 1943, la línea germana en la URSS se extendía en 2.000 kilómetros, donde los alemanes sólo disponían de 200 divisiones incompletas (entre 10 y 12.000 hombres cada una). En el conjunto del frente ruso, los soviéticos tenían una superioridad de número de 2:1 y en los frentes de ataque ruso, de 4:1. El frente germano se ha extendido muy lejos, y muere en sus líneas exteriores; atacan los germanos, al mismo tiempo, hacia Moscú y hacia Bakú; quieren cazar dos liebres a la vez, pero no cazaron ninguna; la guerra comienza a perder su impulso relámpago de 1939-40; la economía norteamericana se vuelca en la batalla; nada ni nadie puede salvar a Hitler, pues la industria alemana no puede multiplicar los aviones, los tanques y los cañones al mismo ritmo que sus adversarios; teniendo que batirse en dos frentes al mismo tiempo, el ejército alemán está vencido.

La segunda guerra mundial se presenta como "guerra total", en razón de su extensión y de los poderes conferidos a los militares; exige rapidez en las operaciones, pero a costa de emplear muchos medios mecánicos y consumir mucha energía; emplea bases periféricas en los abastecimientos, particularmente en el sector anglosajón; obliga a las poblaciones a sufrir, más que en la guerra de 1914-18. La "guerra total" (sobre todo, en las ciudades industriales, nudos de comunicaciones, puertos e industrias básicas) es una anticipación de lo que sería

una guerra atómica, cuyos objetivos básicos (ciudades e industrias) están en la retaguardia.

La guerra moderna es un negocio para la burguesía industrial: la hacen más el General Motors y el General Electric que el General Eisenhower o el General Taylor. Una división blindada DRUSA, desembarcada en Africa del Norte, hacia 1942, contaba con el siguiente material: a) 3 batallones de carros o 68 blindados; b) 3 batallones de fusileros auto transportados; c) 1 grupo de reconocimiento; d) 3 grupos automotores con cañones de 10,5 o un total de 54 piezas. En total, una división norteamericana, de este tipo, contaba 13.000 hombres, 221 carros y 68 autos blindados; una división norteamericana de 1954 (guerra en Corea) disponía de 18.000 hombres y costaba, anualmente, unos 300 millones de dólares, (según el ex presidente Hoover).

Sobre el frente de Berlín, los soviéticos concentraron 25.000 cañones, 610 piezas por kilómetro, que tiraron 25.000 toneladas de obuses contra la capital alemana. La guerra, en la sociedad industrial de nuestra época, se convierte en una vasta operación económica, cuando la hacen potencias industrializadas.

En la actualidad, bajo la estrategia coheteril y nuclear, la guerra es un desastre económico para las naciones: una bomba de hidrógeno, un submarino atómico, un portaaviones, un acorazado o un cohete intercontinental, cuestan tanto como miles de tornos, trenes, etc. Además, si estallara la guerra, los ingenios atómicos pueden destruir —si son empleados— ... varias veces el valor de su costo de producción. Los presupuestos de guerra de las potencias imperialistas aumentan, año tras año.

## GASTOS MILITARES DE LAS POTENCIAS IMPERIALISTAS

| <i>P a i s e s</i>  | <i>En millones de<br/>la moneda de<br/>de cada país</i> |
|---|---|
| —EE.UU. (57% del total del presupuesto de 1962-63) .....  | u\$. 51.200   |
| —Inglaterra (24% del total del presupuesto 1961-62) ..... | Libras 1.656  |
| —Alemania (28% del total del presupuesto de 1961) .....   | Marcos 10.700   |
| —Francia (27% del total del presupuesto de 1962) .....    | Fr. 17.100  |

Como decía Engels, “el militarismo domina y absorbe a Europa. Pero ese militarismo lleva, en sí, el germen de su destrucción”; puesto que el “militarismo se destruye por la dialéctica de su propia evolución”: es demasiado caro para soportarlo mucho tiempo más, sobre todo, cuando las armas nuevas se hacen viejas de un año para el otro; cuando el arma atómica puede destruir millones de seres humanos. Sólo la revolución socialista acabará con la causa eficiente del militarismo: el capitalismo monopolista.



## CAPÍTULO VII

### GUERRA EN SUPERFICIE Y GUERRA REGULAR

#### *Guerrilla y Ejército*

La pica, la espada, la flecha, la bala de fusil y la bayoneta hieren en un punto; tienen, en cierto modo, una sola dimensión; la granada de mano y el obús actúan sobre un radio de acción de algunos metros: son armas bidimensionales, que hieren y matan en su esfera de influencia; la bomba atómica es tridimensional: una bomba de 20 kilotonnes puede ser mortal de necesidad en un kilómetro cuadrado y producir muchas bajas en un radio o cuadrilátero de 16 kilómetros cuadrados; un cohete intercontinental (ICBM) es un arma cuatridimensional: (posee las tres dimensiones de la bomba atómica, pero su cuarta dimensión es la línea de espacio-tiempo de un continente a otro, recorrida por el cohete en menos de una hora). La guerra clásica estaba en el espacio y en el tiempo; la guerra atómica, por medio de cohetes, bate todos los espacios por su velocidad y ubicación. A la escala de la guerra nuclear con artillería atómica, bombardeo aéreo atómico o lanzamiento de cohetes intercontinentales o de medio alcance, la guerra moderna es impensable: no tiene fórmulas pa-

ra defender las grandes ciudades y las grandes unidades militares (brigadas, divisiones y cuerpos de ejército).

Dentro de la acción de una bomba atómica de 50 a 100 megatones, no hay gran ciudad ni gran unidad que pueda resistir, a menos que el bombardeo con cohetes no sea detenido por una contra-arma que los haga estallar en la atmósfera, a gran altura, antes de llegar a tierra. Los estados mayores y los generales de la burguesía llegan al agotamiento de sus posibilidades estratégicas y tácticas en la guerra nuclear debido a que la guerra, en su devenir dialéctico, se ha transformado en negatividad, al menos como guerra dirigida con escuelas, galones y uniformes.

Si la guerra es nuclear, los sabios sustituyen a los generales: los tiros balísticos intercontinentales no hay oficial de artillería que sepa hacerlos, debido a fórmulas matemáticas complicadas, o al material electrónico calculador y corrector de los tiros, de tipo cósmico. Por ejemplo, un proyectil entre Europa y América describe una curva de más de 20.000 kilómetros. la dirección del tiro, la acción de la gravedad, la resistencia del aire, el calentamiento de los materiales del cohete y, en fin, una serie de factores, hacen imposible, para un oficial de artillería, ejecutar un tiro balístico intercontinental. Sin embargo, lo extraordinario de nuestra época en Occidente es que un general suele ganar como diez físicos atómicos en ciertos países, mientras que en la era astronáutica y atómica, un físico nuclear vale por 10 generales burócratas, ya casi tan pasados de moda como los hoplitas griegos.

Como la guerra nuclear es difícil de desencadenarla, debido a su impensabilidad táctica y estratégica, es indudable que las contradicciones, en presencia en nuestro mundo, tendrán que resolverse

por la violencia (igualmente que en el pasado), por medio de la guerra revolucionaria, en base al empleo de armas convencionales. En el caso de que la guerra del pueblo desencadenase en su final la guerra nuclear, cosa que es posible, el bombardeo atómico contra guerrillas dispersadas, es tan poco eficaz como el empleo de la pólvora contra un ejército dispersado en pelotones y escuadras, en orden liviano.

Si las formaciones del batallón cuadrado de la Edad Media o la táctica lineal del siglo XVIII hubieran perdurado, la pólvora sería tan mortífera como el empleo de las armas atómicas contra ejércitos endivisionados.

En buena dialéctica, la estrategia atómica no es impensable: es irracional a la escala de los ejércitos burgueses o neoburgueses, endivisionados, con mariscales y generales, con formaciones geométricas que no condicen con el empleo de las armas atómicas. A la luz de la doctrina de la guerra moderna, la concentración dispersada (pequeñas unidades de guerrilla en dispersión sobre un territorio nacional o continental) constituye el arma secreta contra la estrategia nuclear, o mejor dicho, es la contra-estrategia atómica.

Una bomba atómica, de regular potencia, vale más de 10 millones de dólares, y si fuera transportada por un cohete de largo alcance, costaría unos 50 millones de dólares. ¿Debe emplearse tan costosa arma para tirarla contra guerrilleros escondidos en montañas, sin tener la seguridad de destruirlos, lo cual no es posible si éstos saben cubrirse en el terreno por medio de pozos de tirador, tapados con losas o tapas antitérmicas? . . . De la misma manera que no puede emplearse un cañón de 15,5 para disparar contra un soldado, no se puede

utilizar una bomba contra las guerrillas, cuando la bomba es nuclear y cuesta una fortuna.

Para producir una bomba nuclear es necesario que la industria atómica de un gran país marche durante unos cuantos días; puesto que el uranio, el plutonio y el hidrógeno atómico no se pueden multiplicar a voluntad. Se dice que luego de gastadas las 50.000 ojivas nucleares de los yanquis o las 30.000 de los rusos, la guerra tendría que volver a hacerse con armas convencionales más que atómicas, según ciertos expertos en materia de estrategia nuclear.

## GUERRAS DE LIBERACIÓN

La formación de *milicias populares*, a la manera de Cuba y de China, constituye la base del ejército moderno, extendido en superficie, en todas partes impidiendo, en cualquier sitio, la penetración enemiga por desembarco, haciendo imposible la sorpresa. La milicia rural debe combatir y producir: el pueblo en armas es la mejor estrategia contra la guerra convencional o la guerra nuclear, en base a las milicias campesinas que combaten, cada una de ellas, en su propio lugar.

El escalón regional o provincial debe articularse en su esfera administrativa con unidades móviles, más regulares que la milicia para combatir en todo el territorio regional o provincial de su esfera administrativa de influencia.

El ejército regular debe combatir en todo el territorio nacional (si la guerra fuera atómica tendrá que tener unidades chicas, con gran potencia de fuego, y mucha movilidad, siendo capaz de dispersarse o concentrarse, según las conveniencias tácticas de cada momento). La base estratégica contraatómica o contra un ejército imperialista, estriba



en crear una buena organización territorial que articule, local, provincial y regionalmente, las milicias y el ejército de liberación, particularmente en una guerra revolucionaria.

La clave de una guerra revolucionaria estriba en implantar —previamente a su desencadenamiento, o paralelamente con la lucha— una *organización territorial* clandestina, en todo un territorio nacional, en base a los siguientes escalones: región, provincia, distrito y localidad. La guerrilla para poder crecer, tiene que distribuir, entre los distritos y las localidades, una parte de sus tropas y de su material de guerra, para tomar el control de las poblaciones; montar redes de movilización de tropas hacia las zonas de la montaña; crear circuitos de información, abastecimientos y enlaces; apoyar actos de propaganda armada; dar cobertura a huelgas y actos políticos en la retaguardia enemiga; vigilar a los sospechosos; detener a los confidentes o estimular a los neutrales hacia el campo revolucionario.

La organización territorial es un medio estratégico formidable, en manos de una guerrilla inicial que le permite concentrar o desconcentrar al enemigo, para no perder la iniciativa, sorprender al adversario, aplicar correctamente el principio de economía de fuerzas, mantener una seguridad eficiente, tener la libertad de disponer de sus propias fuerzas y no dejarse clavar al terreno por el enemigo.

Gracias a la *organización territorial*, en campo enemigo, se organizan nuevas bases de guerrillas, milicias populares clandestinas (que trabajan de día y combaten de noche) y se neutraliza a las autoridades enemigas locales creando un poder popular paralelo, de modo que los comisarios, intendentes y funcionarios toquen los timbres, pero no les respon-

da nadie. Conviene, en ciertas regiones, no tomar el poder directamente, sobre todo, cuando el adversario tiene una poderosa aviación que puede bombardear las regiones campesinas. En tal caso, es preferible dejar que el adversario considere zona propia lo que es, realmente, gracias a las jerarquías paralelas (gobiernos paralelos), zona revolucionaria.

El poder popular paralelo debe concretarse en una política favorable a la guerrilla. Por ejemplo, no deben ser pagados los impuestos al gobierno contrarrevolucionario, ni los jóvenes hacer el servicio militar con tal gobierno sino con la guerrilla. Las consignas deben ser: "ni un centavo para el gobierno contrarrevolucionario", "ni un recluta o soldado para los represores del pueblo". Al llegar a este clima concreto, la guerra revolucionaria se extiende por todo el país, y no hay fuerza capaz de aplastarla.

Los jefes de la organización territorial deben ser jefes militares: comandantes de región (nombrados por el estado mayor del ejército de liberación). Los jefes o comandantes de región nombran a los oficiales de sus escalones inferiores; pero a ratificar, en ciertos casos por el mando supremo. Ninguna acción militar debe ser emprendida por la organización territorial, sin la orden del estado mayor del ejército de liberación, a fin de coordinar, perfectamente, el ejército de línea (en zonas liberadas de montaña) con el ejército de superficie o clandestino (organización territorial).

Las redes de información y enlace, cuando una guerrilla está bien implantada, tienen circuitos separados, para contrarrestar la acción de contraespionaje enemigo. La organización militar clandestina, en los escalones locales de pueblos o aldeas, no se vincula a la organización política, más que en el escalón departamental o provincial, para evitar

confidencias. Toda la organización territorial militar depende, centrífugamente, del estado mayor del ejército de liberación: únicamente así se pueden combinar operaciones de línea y superficie, coordinando el ejército de vanguardia y las milicias, en la retaguardia enemiga.

## ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

La guerra revolucionaria tiene que combinar, permanentemente, operaciones de línea con operaciones en superficie. El ejército de liberación debe procurar cercos y aniquilamientos del enemigo en combates breves y sorpresivos, para abastecerse así en armas y municiones; una buena parte de estos elementos tienen que ser enviados a las milicias clandestinas, operando en la retaguardia enemiga, o en la retaguardia propia, en zonas liberadas. La estrategia y la táctica de la guerra revolucionaria, a grandes rasgos, podría ser enunciada en estos breves puntos:

- Se puede comenzar una guerra revolucionaria con 10 a 25 hombres, bien probados, físicamente aptos, moralmente resistentes, políticamente educados, al frente de los cuales deben estar un comandante y un delegado político.
- Para iniciar, con 10 a 25 hombres, una guerrilla revolucionaria, se necesitan tres condiciones fundamentales: población favorable, terreno de alta montaña con bosques y enemigo vulnerable.
- Si la población se decide por ayudar y engrosar la guerrilla, en razón de la po-

lítica de liberación nacional, se formarán unidades tácticas operacionales: columnas de 100 a 150 hombres armados, mandados por un comandante y un delegado político. La columna incluye: un oficial de información; una escuadra de escolta del mando; 4 a 5 enlaces; un radio electricista para radio portátil; en fin, la plana mayor de columna, en total, no rebasará la cifra de 10 soldados; hacia los escalones inferiores de la columna, ésta es integrada por 3 secciones, mandadas por un comandante y un delegado político, cada una de ellas.

- La sección debe comprender 3 pelotones de 3 escuadras compuestas de 3 hombres, cada una. Para operaciones de concentración de fuego, en emboscada, la columna con sus tres pelotones, de 9 hombres cada uno, puede colocarse en 360 grados o combate circular. Para misiones, en campo enemigo, la escuadra de 3 es ideal: se puede ir al objetivo y volver por separado, sin despertar sospechas: 2 soldados trabajan y 1 vigila. La escuadra de 3 es apta para milicias campesinas en retaguardia enemiga. En lucha de ciudad, la sección de 3 pelotones puede ir por escuadras hacia el punto de reunión y volver por individuos o escuadras, luego de cubrir el objetivo. La táctica es concentrarse para combatir; luego pasar a superficie, para no ser vistos. La sección de 3 pelotones, de 3 escuadras, hace un total de 27 hombres que, con

mando político o militar, más enlaces, pudiera alcanzar a 30 ó 33 hombres.

- Es misión del mando supremo del ejército de liberación dividir el territorio nacional en regiones, provincias, distritos y zonas de guerra. Cada región militar tiene su jefe que organiza, instruye y arma a sus formaciones guerrilleras clandestinas, en retaguardia enemiga. El jefe territorial, en contacto con el estado mayor del ejército de liberación, determina las acciones locales, tanto en las guerrillas nocturnas como en las acciones diurnas.
- El comandante en jefe de una región militar tiene potestad para nombrar, destituir, o elevar en grado a sus subordinados; pero, a su vez, el comandante en jefe territorial es nombrado por el estado mayor del ejército de liberación.
- En el ejército guerrillero no hay grados militares permanentes: cada jefe tiene la categoría de su mando, mientras lo ejerza, pudiendo conservar su jerarquía —en ciertos casos— si estuviera a disponibilidad del mando supremo.
- Un ejército de liberación tiene que tener un código, que contenga las normas clandestinas y las penas y castigos para reprimir el asesinato, saqueo, violación o mal comportamiento con la población.
- Un soldado del pueblo tiene que tener el siguiente comportamiento: no discutir las órdenes en el momento de su

**ejecución; no robar nada a nadie; entregar todo el botín, obtenido en una operación; hablar con afabilidad a la población; pagar siempre lo prestado o fiado; devolver lo solicitado en préstamo; indemnizar a las poblaciones por cualquier daño causado; no pegar a los prisioneros, sino tratarlos con cortesía; no maltratar a las poblaciones; no estropear los sembrados; no tomarse libertades con las mujeres; ser siempre el brazo armado del pueblo; hacer justicia social; propagar la revolución; ayudar a los campesinos**

Estratégicamente, debe tratarse, en la guerra revolucionaria, de no atacar ni defenderse contra varias columnas enemigas, sino batirlas una por una con superioridad de 6, 5, 4 ó 3 combatientes propios contra un enemigo, para terminar pronto, evitando así que el adversario tenga tiempo para movilizar sus reservas estratégicas u operacionales, que modifiquen la correlación de fuerzas en presencia. A fin de copar una columna enemiga, se entretiene a otras, si ésta está aislada o alejada del conjunto del frente enemigo. Nunca se debe repartir, en la guerra revolucionaria, la tropa, para defenderse o atacar, distribuyéndola homogéneamente. Al contrario, se entretiene o distrae al enemigo, en todo un frente, para copar o aniquilar una parte de él con superioridad de 6-3 revolucionarios contra 1 soldado regular.

Dialécticamente, la concentración sobre un punto del frente, y no en todos, deriva de la dispersión sobre la mayor parte de él, en forma de entretenimiento u hostigamiento. Hay que concentrarse para ocupar el terreno y dispersarse para cederlo. En el primer caso, se trata de operaciones de un ejér-

cito de liberación; en el segundo, de operaciones de la guerrilla implantada en la retaguardia enemiga.

La línea exterior (ejército de liberación) ocupa el terreno, mientras que la línea interior (guerrillas en zona enemiga) lo cede. En general, únicamente se debe ocupar o mantener el terreno, cuando la correlación de fuerzas es favorable al ejército de liberación, o si la aviación enemiga no concentra su bombardeo, diariamente, sobre las ciudades o regiones liberadas creando una guerra económica contra esas regiones, con bombas rompedoras incendiarias, atómicas o venenosas (contra la cosecha). Si esa guerra cruel tiene lugar, hay que llevar el frente principal a la retaguardia enemiga, particularmente a las ciudades y a todo el territorio de un país. En tales situaciones, el General Espacio es el mejor estratega, pues le hace ganar la guerra al General Tiempo, que trabaja para el ejército de liberación; necesariamente, no toda guerra revolucionaria se decide por las armas, sino más bien por su prolongación, sin frentes fijos, como la guerra de liberación de Argelia, que desgastaba moralmente a Francia.

Para su correcto funcionamiento, táctico y estratégico, un ejército de liberación necesita contar con tres escalones: a) *político*: (sindicatos, frente de liberación nacional, partido político, etc.); b) *militar*: unidades de relativa magnitud para enfrentar y aniquilar al enemigo y pequeñas unidades de guerrillas, en la retaguardia enemiga); c) *una completa red de información, enlaces y abastecimientos*. Con esos tres escalones, terreno favorable, población favorable y enemigo vulnerable, se puede comenzar una guerra de liberación con un par de docenas de hombres, en zona de montaña. Partiendo de esa infraestructura, el ejército de liberación podrá tener, a su favor, estas condiciones de la

la victoria: *iniciativa* (para no dejarse cercar y clavar al terreno, que es la antesala de la derrota); *movilidad* (porque la iniciativa la facilita y ejercita, como base de la sorpresa operacional contra el enemigo); *vitalidad* (porque la población favorable oculta, protege y da combatientes al ejército de liberación); en fin, si se cuenta con la iniciativa, la movilidad y la vitalidad se podrá encontrar la vulnerabilidad del adversario, delante y detrás de él.

A fin de no cometer errores tácticos, la estrategia aconseja atacar siempre de fuerte a débil contra fuerzas dispersas o aisladas, ciudades chicas y objetivos limitados, sobre todo, en la primera fase de la guerra revolucionaria. Hay que equiparse en armas, municiones y abastecimientos a expensas del enemigo y, en consecuencia, todo combate tiene que ser de cerco y aniquilamiento.

Si se gastan más municiones, armas y abastecimientos que los tomados al enemigo, la guerra no puede continuar y la guerrilla jamás se transformará en ejército de liberación. Lo chico sólo se convertirá en grande, si el polo menor se convierte en el polo mayor, en función del devenir estratégico de la guerra, que es una contradicción creadora sometida a una ley de desarrollo desigual, hasta que las fuerzas en presencia se trastroquen. Para ello, si lo menor se convierte en mayor, deberá lograr la guerrilla una superioridad táctica contra la superioridad estratégica de su adversario. Por ejemplo, el enemigo puede tener 1.000 soldados regulares contra cada guerrillero y, sin embargo, ser inferior tácticamente —5 contra 1— en una emboscada que le tienda la guerrilla. Más claro, el adversario dispone de una superioridad, en todo un país, de 1.000 contra 1; pero, en un monte, es inferior (5 guerrilleros contra 1 soldado regular) únicamente por un momento, en emboscada,



es decir, sin que la guerrilla mantenga la defensa del terreno o una línea fija.

Si se dispone de una organización territorial bien implantada, en zonas permanentes y semipermanentes de guerrilla, cuando el enemigo intente concentrar sus fuerzas contra el ejército de liberación para un gran cerco, la organización territorial desencadena una serie de acciones ofensivas sobre los sectores o zonas que el adversario deje al descubierto, mal defendidos o desguarnecidos. Ello obliga a las tropas enemigas a dispersarse, si no quieren perder la guerra en su retaguardia: tendrán que ir a todas partes y no podrán llegar a tiempo a ninguno. Tal es la combinación estratégica entre la línea (ejército de liberación) y la superficie (guerrilla en la retaguardia enemiga). En razón de esta estrategia, lo ideal sería tener 3 guerrilleros, en la retaguardia enemiga, por cada soldado del ejército de liberación, en vanguardia.

## DIALÉCTICA DE LA GUERRA

Cuando la *correlación de fuerzas*, en presencia, parte de la contradicción dialéctica de una guerrilla muy chica y un ejército muy grande, la guerra deberá comenzar por la fase ofensiva; si se gana la simpatía de las poblaciones y se va derrotando, poco a poco, al enemigo, la guerrilla se convierte en ejército de liberación, en una zona liberada; esta segunda fase de la guerra revolucionaria tiende a lograr el equilibrio de fuerzas estratégicas; en fin, la tercera fase será de contraofensiva general del ejército de liberación, porque la correlación de fuerzas ya le es favorable. En China, estas tres fases duraron, aproximadamente, 20 años.

Como la guerra está en el tiempo, no hay que cometer el error de apresurar sus fases. Primero, el

enemigo quiere derrotar a la guerrilla en una gran batalla, pero ésta lo esquiva; *Segundo*, el adversario trata de entrar en la línea interior de la guerrilla, pero se deja sus unidades aniquiladas como abastecimientos de la guerrilla; *Tercero*, el enemigo pasa de la ofensiva estratégica a la defensa estática, por medio de un gran cerco, tendido contra el ejército de liberación y su zona liberada; *Cuarto*, el ejército de liberación y su guerrilla de la línea exterior, cercan en el cerco al adversario con superioridad de número y de fuego, en un sólo punto del anillo, que siempre se quiebra y queda en manos del ejército de liberación, como si se tratara de un bocado de tenaza en un lazo de alambre; *Quinto*, la guerrilla y el ejército de liberación toman la contraofensiva, combinando línea y superficie, para ir ocupando el espacio en razón de haberse hecho, a expensas del enemigo, fuertes en el tiempo y en el espacio.

Las diferentes fases de una guerra revolucionaria deben ser respetadas, sin impaciencia de ninguna clase. La moral de los revolucionarios debe ser puesta a toda prueba. La doctrina básica residirá en la estrategia de la guerra larga con combates y batallas a decisión muy breve: una victoria, cuanto más rápida, vale por dos. No se debe prolongar el combate en el tiempo, porque intervendrá la aviación y los refuerzos enemigos, y entonces la victoria será incierta no pudiendo copar al adversario para abastecerse de él. Si se gastan municiones y abastecimientos en un combate y no son recuperados, se va camino de la derrota, aunque no se tengan bajas propias y se haya hecho muchas bajas al enemigo. A este respecto, se debe recordar lo que le sucedió a *Pirro*, rey del Epiro, en la batalla de *Heraclea* (279 a. J. C.). Derrotó a los romanos, en el sur de Italia, pero a costa de

haber perdido la mitad de sus tropas, que no podía reponer en su pequeño país. Luego de terminar la famosa batalla, uno de sus lugartenientes felicitó a Pirro por su brillante victoria sobre los romanos; pero éste repuso irónicamente: "con otra victoria como ésta estoy perdido". Un ejército de liberación debe huir de las victorias pírricas; pues es mejor quedarse con una sección enemiga, para abastecerse con su equipo, que hacer retroceder a un batallón.

## POLÍTICA DE GUERRA

Hay que reforzarse, permanentemente, combatiendo. La consigna debe ser: *combatir para producir* armas, municiones y abastecimientos, porque los recursos y las industrias las tiene el enemigo. Cualquier otra interpretación de la guerra revolucionaria conduce a la derrota o al bandidaje guerrillero que es siempre, peor que el militarismo, para las poblaciones. Un ejército popular, aunque esté mal armado y tenga pocos efectivos al principio, si combate por una causa justa para el pueblo, puede vencer en función del tiempo, en una guerra larga, librada "de frente" (con el ejército de liberación) y "de revés" (por las guerrillas, en la retaguardia enemiga). En este orden de ideas, cada provincia o distrito importantes deben tener sus tropas regionales clandestinas bien articuladas, coherentemente enlazadas con el ejército de liberación.

Para que la guerra del pueblo prenda, sea una gesta, y nadie deje de participar en ella, el ejército de liberación debe llevar las banderas de un frente unido de liberación, que dé a los campesinos la tierra, a los obreros el control de la producción industrial (monopolista) y a las clases medias (económicamente débiles) una salida en

concordancia con sus intereses. El frente unido nacional tiene que movilizar el partido más grande: el descontento popular y canalizarlo en la lucha armada, uniendo a los amigos y simpatizantes, neutralizando todos los grupos de la población susceptibles de ser neutralizados, dividiendo a los enemigos y aniquilando al imperialismo, la gran burguesía burocrática e imperialista y la oligarquía terrateniente. El frente unido nacional de liberación debe tener como epicentro, a los obreros y los campesinos pobres y, colateralmente, a las clases medias.

Si el planteo político es satisfactorio para las masas populares, si el plan estratégico es correcto y si hay estricta disciplina político-militar, la posición más fuerte, en no importa qué país, no es contar con sindicatos, un partido político, diarios, locales partidarios, concejales o diputados, sino que la posición más fuerte puede ser contar con un par de docenas de hombres para desencadenar la guerra revolucionaria.

En China, eran un par de docenas los iniciadores de la liberación; en Argelia: 24 hombres del Comité de Unidad y Acción; en Cuba: Fidel Castro y 11 guerrilleros, con 7 fusiles; en fin, los pueblos triunfan con una docena de hombres, resueltos a la lucha armada, pero perecen en el reformismo, con grandes partidos y centrales sindicales.

El triunfo de los movimientos fascistas se debió a que cuando subía el clima contrarrevolucionario, los comunistas y los social-demócratas, —cuando más— hacían una manifestación o una huelga general, que los entregaba atados de pies y manos, a sus enemigos que sabían ejercer la violencia de clase (grupos terroristas, fascistas).

La dirección soviética, cuando la contradicción revolución-contrarrevolución sube de tono, reco-

mienda la política de pasividad: frente populares y coexistencia pacífica, justamente porque los soviéticos quieren salvarse siempre como nación, no como sistema socialista. Todas las armas son buenas para la lucha, pero lo principal es constituir un ejército de liberación, al cual deben subordinarse las huelgas obreras, manifestaciones políticas, actos de protesta, propaganda política y otras formas para-militares, en la lucha por la liberación de un país.

Un auténtico análisis sociológico de clases, de la economía, de la geografía militar, de la perspectiva internacional y de la coyuntura revolucionaria, deben dar una doctrina político-militar en cualquier país, a fin de desencadenar, en el momento elegido, la guerra de liberación. Un verdadero estado mayor de la Revolución debe hacer el análisis global de una situación de guerra revolucionaria, en el país de que se trate, viendo en los hechos característicos, lo favorable y lo desfavorable, en las siguientes categorías:

I) *El espacio:*

montaña cubierta o pelada, llanuras, desiertos, ciudades, etc. Indicando qué es favorable y qué desfavorable. Si se puede ceder terreno (o no, debido a una posición insular).

- a) ¿Qué hay en el espacio? Poblaciones, industrias, densidad demográfica. Clases: (obreros, campesinos, clases medias, etc.).
- b) Las fronteras o límites de nación o provincias, en el espacio, ¿son favorables o desfavorables?

II) *La guerrilla:*

Muy chica, regular, grande. Expe-

ciencia militar. Disciplina. Composición social de la misma por clases: (campesinos, obreros, intelectuales, clases medias, etc.).

### III) *El ejército:*

¿La tropa enemiga es muy sólida, moral y políticamente? ¿A qué consignas responde su desintegración moral? ¿Cómo es su armamento? ¿Es posible separar a los mandos de la tropa y a los jefes de los suboficiales? ¿Con qué propaganda?

### IV) *El pueblo:*

Estudiar sus problemas políticos, económicos y sociales. Problemas de la tierra, en las regiones de operaciones guerrilleras. Saber cómo votó para proyectarlo hacia la insurrección. Lanzar consignas oportunas que todo el mundo aplauda, espere y propague.

La interpretación dialéctica de estas categorías político-militares permite descubrir las leyes específicas de la guerra revolucionaria en un país determinado y aplicar, en consecuencia, las leyes de la estrategia, para no equivocarse en la conducción de una guerra de liberación. Por ejemplo, si el espacio es favorable (terreno de alta montaña, cubierto de bosques y con aguas abundantes) y la población de la zona (obreros y campesinos) lucha por su liberación, se puede comenzar una guerra revolucionaria, incluso con 10 guerrilleros que, con buen estado (físico, moral y político) podrán, en el curso del tiempo, mover las poblaciones circundantes de la zona de guerrilla. Si la población fue-

ra favorable y el terreno o espacio desfavorable, o viceversa, no se podría iniciar una guerra revolucionaria, ya que sólo existiría un sólo factor apropiado: terreno o población; y otros dos elementos más desfavorables: la guerrilla muy chica y el ejército muy grande, que la persigue. Con 1) y IV) favorables y II) y III) desfavorables, se puede comenzar una guerra revolucionaria; pero con II) y I) desfavorables no se debe iniciar una insurrección popular; así como también con IV), II) y III) desfavorables. Este análisis es una tarea del Estado Mayor, en la guerra del pueblo, y debe ser lo más completo posible, para no equivocarse estratégicamente.

Para no fallar, en la conducción de las operaciones militares de la guerrilla inicial, todos los combates deben ser bien preparados, muy estudiados, ensayados hasta que queden como un reflejo condicionado. En los factores subjetivos, determinativos de la victoria, hay que ser muy exigente; puesto que eso no cuesta dinero, ni hacen falta industrias, sino que es una cualidad del espíritu. La base moral y dialéctica del triunfo estribará, por consiguiente, en saber armonizar los siguientes factores:

*Subjetivos:*

- 1) Mando único; 2) estricta disciplina;
- 3) rapidez en el ataque, el repliegue y las marchas; 4) engañar, sorprender y atraer al enemigo al lugar deseado; 5) autocrítica permanente, para formar una conciencia revolucionaria en los combatientes; 6) población favorable, y para ello política acertada con las poblaciones de la zona revolucionaria; 7) enlaces seguros, duplicados o triplicados, según lo exijan las circunstancias;

8) información veraz sobre el enemigo, llegada de la retaguardia, con dos días de anticipación, a las marchas u operaciones del adversario contra la guerrilla.

**Objetivos:**

- 1) Terreno favorable que es el mejor aliado del guerrillero; 2) superioridad de fuego (principalmente con granadas de mano, en combates a corta distancia); 3) superioridad del número (para no tener heridos), de 5 a 1; 4) solidaridad de las armas combinadas (todas armonizadas, pues ninguna, en particular, gana el combate); 5) procurar ser fuerte en un punto y no en todos, por un tiempo dado y en un lugar determinado, pensando siempre que una victoria rápida vale por dos; 6) combate circular (de cerco y aniquilamiento), para abastecerse del enemigo.

Si se aplican estos 14 principios de la victoria, las operaciones serán propicias ya que si se dan, en una operación, todos los factores subjetivos y objetivos, la victoria será fulminante; si sólo se dieran algunos, la victoria sería probable, pero quizá con bajas y recogida de poco botín; si sólo fueran favorables muy pocos factores objetivos y subjetivos, es mejor dejar la operación, para no perder combatientes; puesto que una guerrilla de 25 personas, si llegara a perder 5, disminuye sus efectivos en un 20 %, mientras que el enemigo puede perder 10.000 soldados y no llegar a ese porcentaje de pérdida. La guerra revolucionaria es: campaña larga y batallas breves; esa es su determinación estratégica.



El examen de la correlación estratégica de fuerzas, da una estrategia y una táctica apropiadas a cada momento de la guerra revolucionaria que, en el devenir, es ella misma y algo diferente; pero debemos procurar que el devenir dialéctico trabaje para el pueblo, haciendo grande a la guerrilla y chico al ejército, de modo que en la contradicción, en un polo (la guerrilla), se convierta en el otro, debido al desarrollo desigual de los dos polos antagónicos en presencia. Si la guerrilla cuenta con el apoyo de la población se irá convirtiendo en ejército: pasará de banda armada a ejército de liberación; pero sin abandonar la guerra de guerrillas en la retaguardia enemiga, para combinar las operaciones estratégicamente, en línea y superficie, en guerra de movimiento y guerra de guerrillas, en línea de frente y en superficie (en todas partes y en ninguna).

## PLAN OPERACIONAL

Inicialmente, una guerrilla, para no ser aniquilada debe tener, entre otras, las siguientes virtudes: atender a su seguridad, desconfiar de todo, duplicar o triplicar al enemigo en velocidad de marcha, para escapar a los cercos, colocándose a más de 20 kilómetros delante de él; efectuando la salida del cerco, a ser posible de noche. La guerrilla debe desenvolver, hasta su máxima precisión y ejecución, el combate nocturno, para eliminar el efecto de las armas pesadas enemigas.

La movilidad y la sorpresa son los mejores comandantes de la guerrilla: la movilidad permite desplazamientos de 10 a 15 kilómetros desde la base, combatir por la consecución del objetivo perseguido en la marcha, luego volver al punto de partida. Para la guerrilla, la superioridad de número

y de fuego siempre es transitoria porqué está en el tiempo, y si éste se prolonga, disminuye.

En combate ofensivo, la guerrilla debe conocer muy bien el terreno en que se va a operar; tener la colaboración de la población de la zona; hacer escaramuzas, en sitios cercanos, para llamar la atención del enemigo, mientras se prepara el golpe decisivo en el lugar elegido; operar en muchos sitios a la vez, para darle la sensación de cerco y minar su moral, si así lo requirieren las conveniencias tácticas; en fin, elegir la hora, el día y el objetivo vulnerable para lanzarse al asalto.

En toda operación, hay que estudiar en detalle: el objetivo; la concentración de fuego y de fuerzas; lugar de concentración y hora de llegada; la cooperación entre los grupos y las armas; la zona a batir para cada grupo y arma (sobre todo en el combate nocturno); la hora de asalto o la señal para ello; la situación del servicio de seguridad del enemigo, para destruirlo; el comportamiento, en el asalto del objetivo; la señal de repliegue; el itinerario a seguir; el nuevo lugar de reunión (caso de que haya dispersión obligatoria); la conducta a seguir por la guerrilla de protección y seguridad (luego de cubierto el objetivo e iniciado el repliegue). Antes del asalto a una posición, se debe aproximar la guerrilla, de día, si es que va a operar de noche.

Sobre el terreno se determinan las misiones de los grupos, la cooperación de las armas, el asalto y el repliegue. La base de partida para el asalto deberá estar lo más cerca posible del objetivo. Sin ser visto, a la caída de la tarde, se puede dar la señal de asalto, iniciando lo más rápidamente posible el repliegue, luego de tomar el botín, con grupos especializados de transporte.

En el plan operacional de la guerrilla, cada jefe

debe saber la misión general, la de su grupo y la de los grupos vecinos al suyo, para lograr una coordinación armónica en el combate, sin desperdiciar municiones ni fuerzas. Y en cada grupo, todo combatiente debe saber la misión general del grupo y la suya propia: la guerra revolucionaria produce un soldado militante que sabe para qué lucha; pues si un combatiente falla todo el plan pudiera venirse abajo.

En el combate defensivo, un grupo se repliega bajo la protección de otro; luego de un salto de unos 300 metros, el grupo protegido se convierte en protector del otro; después, siendo posible, se rompe el contacto con el enemigo, no trabándose más en lucha. En el caso de ser sorprendida la guerrilla, en su cuartel o acantonamiento, huye en varias direcciones, instantáneamente, conforme a un plan previamente establecido (situación de emergencia). Para salir airosos, hay que lograr un desplazamiento de 300 a 400 metros en unos pocos minutos (para ello hay que repetir este tipo de retirada varias veces.) Una vez a 300 ó 400 metros del acantonamiento atacado por el enemigo, se hace el repliegue más ordenadamente. Para salir de estas situaciones, los guerrilleros tienen que hacer una corrida de 100 metros, en cualquier terreno, durante 1 minuto. Los combatientes corren, pero unos dejan marchar a otros, cubriéndolos por el fuego. El plan de emergencia prevé: 1) la velocidad de retirada; 2) los puestos de tirador enmascarados para cubrirla; 3) el grupo o personas que salta primero, indicando hacia dónde va y quién le sigue y en qué dirección, cómo se debe engañar al enemigo con falsa pista (tirándole desde los flancos); en fin, el plan de emergencia dispone que los saltos no sean ni muy largos ni muy cortos, de modo que la guerrilla pueda apoyarse entre todos

sus escalones, para llegar a un lugar apropiado, seguro y distante del enemigo perseguidor o atacante.

En la vida cotidiana de una guerrilla, 1/3 vigila, 1/3 duerme y 1/3 trabaja. Los abastecimientos llegan, en parte, por las redes de enlace con la población de la zona; pero, en general, la guerrilla debe abastecerse a costa del enemigo, mediante operaciones de cerco y aniquilamiento, preferentemente emboscadas u otro tipo de operaciones: combatir es producir, para crecer y subsistir.

## LÍNEA Y SUPERFICIE

En general, la estrategia de la guerra revolucionaria estriba en esquivar al enemigo cuando éste es fuerte y está fresco; atacarlo cuando es débil y está fatigado o desmoralizado; dispersarse, cuando el enemigo está concentrado; concentrarse, cuando el enemigo está dispersado; atacarlo en todas las direcciones, a fin de que no tenga retaguardia segura, y tenga que dispersarse; destruir sus fuerzas vivas, en pequeñas batallas de cerco y aniquilamiento.

Hay que hacer siempre todo lo contrario que haga el enemigo, cuando se tiene menos potencia de fuego y de número, en la correlación estratégica de fuerzas; combatir el ejército de línea con la guerrilla en superficie: (el primero para aniquilarlo, la segunda para desgastarlo y dispersarlo). En el plan estratégico, lo más importante es armonizar la guerra grande y la guerra chica: una delante del enemigo; otra, detrás de él. Así estratégicamente, se irá pasando en el devenir, gradualmente, de la guerra de bandas armadas a la guerra regular de grandes unidades, para ocupar el espacio, y finalmente decidir la guerra en grandes batallas,

por la misma razón estratégica que en su comienzo se inició, con pequeños combates. Lo importante es una táctica y una estrategia que faciliten el armamento del pueblo a expensas del enemigo, cuyas fábricas deben trabajar, también, para la guerrilla, si ésta sabe ganar sus armas en emboscadas y combates de cerco y aniquilamiento.

La tarea estratégica más importante, en una guerra revolucionaria, estriba en coordinar las operaciones regulares (ejército de liberación) con las operaciones irregulares (guerrillas en retaguardia enemiga), en base a tropas de guerrilleros comandadas por los escalones regionales (jefes de región, provincia o departamento), cuya misión es combinar los combates del ejército de liberación con los guerrilleros, en la retaguardia enemiga.

Las guerrillas locales trabajan y defienden su pueblo o aldea, los escalones regionales, su zona regional, comarcal o provincial y el ejército de liberación, combate en todo el país: (la combinación de estas tres formaciones militares y para-militares constituye el secreto de la victoria contra el más poderoso ejército regular de la burguesía o contra el empleo de las armas nucleares). Las armas atómicas no deciden en forma absoluta las guerras. Hasta un almirante del capitalismo como Mountbatten tiene más criterio estratégico que Moscú, en cuanto a las armas nucleares; dice, al respecto, lo siguiente: "el más grave error posible sería creer que la bomba atómica puede poner fin a la guerra en el extremo Oriente."

La guerra revolucionaria debe hacer abstracción de que existen armas nucleares, puesto que se hace con armas convencionales. Si llegaran a emplearse armas atómicas tácticas contra las guerrillas, ello no modificaría en gran medida, el cuadro estratégico clasista de la guerra revolucionaria. La guerri-

lla, por su fluidez y movilidad, podrá escapar a las grandes unidades enemigas y a sus armas de destrucción en masa. Si la lucha, en montañas y campos, se hiciere con miles de toneladas de bombas incendiarias y productos tóxicos, entonces debe ser trasladado su principal frente a las grandes ciudades, donde el guerrillero se mueve como el pez en el agua, teniendo el enemigo que secar el lago para agarrar al pez.

La guerra revolucionaria debe combinar el ejército de línea y superficie: anular las armas pesadas enemigas (refugiándose en altas montañas muy cubiertas de bosque, que no permiten el paso de la artillería, la caballería, los blindados o un empleo de la aviación y los paracaidistas); en regiones de alta montaña y bosque, la máxima tropa enemiga, en una sola columna, no suele pasar de 100; hay pues, que elevar a 500 el número de guerrilleros y la cantidad cambiará la calidad, tendremos un ejército de liberación 5 veces mayor que el enemigo, en relación con cada una de sus columnas de guerra de montaña; en fin, la guerrilla debe concentrar una fuerza superior de 4 a 6 para coparlo y abastecerse a sus expensas; jamás debe defenderse o atacar a varias columnas enemigas, sino aislar y copar a una sola, con 5 veces más de fuego y de número: Tal debe ser una regla estratégica básica de la guerrilla.

## ¿COEXISTENCIA O REVOLUCIÓN?

La lucha por la liberación del proletariado y de los campesinos de los países subdesarrollados es posible mediante la estrategia de la guerra revolucionaria, para hacer la revolución socialista, que no se producirá por generación espontánea, o porque

la URSS llegue a ser una gran potencia industrial, lo cual constituye el "fetichismo de gran nación", bien lejos del espíritu comunista o socialista.

La posesión de las armas nucleares por el imperialismo, no puede en manera alguna, detener la liberación de los países semicolonizados como los países de la América Latina, donde las masas están en movimiento hacia la revolución socialista. La bomba atómica, frente a la guerra revolucionaria, no es tan efectiva como contra el Kremlin o la Casa Blanca. Si norteamericanos y soviéticos se neutralizan, par a par, con su equilibrio de terror atómico, los países subdesarrollados latinoamericanos no tienen por qué paralizar las ruedas de la historia contemporánea, que van hacia la revolución socialista. La contradicción mundial de síntesis es: revolución-contrarrevolución. Quienes detienen la revolución, por más revolucionarios o socialistas o comunistas que se digan, son oportunistas, revisionistas del marxismo, contrarrevolucionario, como Jruschov y Cía.

El partido comunista francés, el partido comunista italiano y sus similares de América Latina, constituyen el frente de la contrarrevolución por hacer, en todo, la política exterior conveniente a la camarilla revisionista, acaudillada por Moscú. Escudándose tras el terror atómico, los revisionistas en los congresos mundiales pro-paz, anteponen el desarme a la liberación de los pueblos. El partido comunista francés ha reprochado a los chinos haber "contrapuesto la lucha por la liberación nacional a la lucha por el desarme y la paz", en la reunión de Estocolmo de 1961.

El *revisionismo moderno*, en Estocolmo exigió que los pueblos coloniales y semicoloniales, que viven bajo las bayonetas del imperialismo y del colonialismo, esperen hasta que los imperialistas y

los colonialistas acepten el desarme general y total, hasta que éstos renuncien a la represión del movimiento de independencia nacional, hasta que se ayude a los países subdesarrollados con los medios y recursos ahorrados por el desarme. El realidad, ellos exigen (los revisionistas) que, antes de que se realice todo esto, las naciones oprimidas no luchen contra el imperialismo y el colonialismo, y sufran la represión armada de los explotadores imperialistas, porque si no, con lucha activa, se podría provocar una segunda guerra mundial, causando la muerte a millones de seres humanos. Precisamente, partiendo de esta absurda "teoría" ellos han infamado e insultado al movimiento de independencia nacional calificándolo de "movimiento para amontonar cadáveres". Precisamente, son esas gentes, y no los chinos, quienes han violado las dos declaraciones de Moscú.

"La crisis del Caribe y el conflicto fronterizo chino-hindú son dos grandes problemas de la actual situación internacional. La posición adoptada por el partido comunista chino, ante estas dos cuestiones, concuerda, enteramente, con el marxismo leninismo, y con las dos declaraciones de Moscú. No obstante, Thorez y otros camaradas han lanzado ataques malévolos contra el partido comunista chino."

"En lo que concierne a la crisis del Caribe, Thorez y otros camaradas acusaron a China de querer "provocar una guerra termonuclear entre la URSS y los EE. UU., para precipitar al mundo a una catástrofe"<sup>1</sup>. Todo porque China se puso de parte de Fidel Castro, en cuanto a que Cuba rechazaba,

---

<sup>1</sup> *¿De dónde proceden las divergencias?* Editorial del Diario del Pueblo, Pekín, 28 de Febrero de 1963.



soberanamente, el intento yanqui de "inspección internacional en la isla". Sin embargo, Cuba, en opinión de los revisionistas, debía aceptar esa "inspección para alcanzarse un "compromiso de principios", con los EE. UU., para salvar la paz, pero a costa de enajenar la soberanía de Cuba, para no comprometer el desarrollo de una "gran nación", cuyos planes miran a 1980, en un clima de paz seráfica, con desarme general controlado, y otras utopías similares, denunciadas por Lenin con estas palabras: "Sólo cuando hayamos derribado, cuando hayamos vencido y expropiado a la burguesía en todo el mundo, y no en un solo país, serán imposibles las guerras";... "la «reivindicación» del desarme, o mejor dicho, la ilusión del desarme es única y exclusivamente, por su significado objetivo, una prueba de desesperación"<sup>1</sup>. En este caso, una ilusión o desesperación subjetiva de los revisionistas soviéticos

---

<sup>1</sup> Lenin, *El programa militar de la revolución proletaria*.



## CONCLUSIÓN

La lucha de clases constituye el contenido de la historia universal: las guerras y las revoluciones sociales son formas diferentes de la violencia entre los hombres, divididos en clases antagónicas. Desde que se estableció la esclavitud pasando por la servidumbre y el asalariado, la violencia es el motor de la historia. Cuando las clases sean abolidas desaparecerá lo inhumano en la historia, comenzará la verdadera historia del hombre y terminará la prehistoria, estigmatizada por la violencia entre las clases y las naciones.

En la era nuclear, el hombre ha adquirido demasiado poder sobre la Naturaleza: la guerra se presenta, por consiguiente, como una catástrofe geológica: pero sólo posible debido a que el hombre está escindido; no el hombre, sino un hombre dividido en pobres y ricos, en obreros y burgueses, en terratenientes y arrendatarios, en explotadores y explotados, en opresores y oprimidos. Mientras las clases no desaparezcan la guerra deberá corregir las crisis económicas y el malthusianismo de la población, para conservar en el Poder a los terratenientes y a los burgueses.

Las clases oprimidas necesitan una ciencia de la acción (praxeología), porque ellas son más ricas en la acción que en el pensamiento. Pero en períodos de agonía histórica como el nuestro, la violen-

cia de las masas oprimidas puede regenerar la civilización decadente, una civilización basada en el fetichismo de la mercancía y en la explotación del hombre por el hombre. La "violencia es la partera de la historia", cuando la vieja sociedad moribunda lleva en su vientre una nueva sociedad; en nuestra época el capitalismo lleva en sus entrañas el socialismo: sólo hace falta para imponerlo la violencia de las masas, no las jeremiadas del parlamentarismo burgués o las elecciones periódicas, destinadas a disimular la lucha de clases, con bellas frases.

Es necesario que las clases oprimidas conozcan los principios fundamentales de la estrategia así como los intelectuales de avanzada. La estrategia, bajo su nueva forma nuclear o de guerra revolucionaria, es desconocida por el gran público e incluso por los militares profesionales, siempre pegados a viejas fórmulas de reglamentos tácticos anacrónicos. Los generales y los policías siguen pensando a la escala táctica y técnica de las dos últimas guerras; pero la estrategia nuclear o de guerra revolucionaria desbordan a los viejos manuales de arte militar y policial.

Ya no se trata de lograr una victoria total por las armas. En Viet-Nam del Norte, Viet-Nam del Sur, Argelia, Laos, el Congo y otras regiones o países no se persigue una victoria militar absoluta, sino más bien se cansa al enemigo en una guerra sin salida, de modo que la moral y la política ganen a la fuerza bruta, por agotamiento de las fuerzas morales del adversario. En este orden de ideas, la estrategia pudiera simplificarse en la fórmula del general francés Baufré:

**E — KFm t**

En razón de esta fórmula la estrategia de una guerra (E) estaría en función de un caso particular

de guerra (imperialista o revolucionaria) significada por el factor  $K$ ;  $m$ , representa a las fuerzas morales y  $t$ , significa el tiempo de duración de la campaña. De acuerdo con esta fórmula ( $F$ ) simboliza la correlación de fuerzas militares en presencia. Lo importante en esta ecuación estratégica es que  $F$  es tanto más grande cuanto más pequeñas son  $m$  y  $t$ . Así las cosas, un ejército revolucionario, bien implantado en las poblaciones, con altos valores en  $m$  (nosotros añadiríamos  $p$  (preparación política) necesita poca potencia como  $F$  para iniciar una guerra revolucionaria. Es el caso de la guerra del Viet-Nam del Sur: los yanquis tienen una enorme potencia del fuego y fuerzas ( $F$ ), pero no tienen casi ningún valor en  $m$ . En la guerra revolucionaria, cuando  $F$  es muy chica  $m$  tiene que ser con  $p$  y  $d$  (disciplina) muy grandes y la campaña de guerra muy larga en el tiempo ( $t$ ). Todo indicaría que en el Viet-Nam del Sur los yanquis no podrán ganar la guerra, porque el factor tiempo ( $t$ ) cuenta para los guerrilleros y tienen suficiente moral ( $m$ ) como para aguantar más que su adversario, en esta estrategia política de control de las poblaciones y de saber durar, para llevar al adversario a la mesa de negociaciones; pues casi ninguna guerra revolucionaria se termina absolutamente por las armas, a la manera de la capitulación de Berlín, en 1945.

Lo importante en la estrategia, como filosofía de la violencia, es tener siempre libertad de acción y aplicar con brillantez el principio de la economía de fuerzas: ser fuerte en un punto y no en todos, a la vez, pero haciendo la guerra ofensiva.. La libertad de acción se consigue con superioridad de fuerzas y de fuego, pero un revolucionario debe lograrlo con pocas fuerzas, por medio de los ardidés de la guerra revolucionaria: apareciendo y desapareciendo, luego de haber vencido rápidamente al adversario.

llevándose sus equipos militares y paramilitares. El principio de economía de fuerzas es el centro de gravedad de toda la estrategia: hay que saber repartir óptimamente las fuerzas propias o distraer al enemigo, allí, para atacar, aquí, teniendo en cuenta los medios el tiempo, el lugar, el objetivo y la cantidad de fuerzas puestas.

La revolución social, que es una forma generalizada de la violencia de las masas populares, debe maniobrar en forma indirecta, no exponiéndose a batallas grandes de frente continuo y material pesado. La guerra revolucionaria busca ganar a la población para ganar la guerra, incluso sin destruir totalmente al ejército enemigo, en función de los siguientes principios: 1) desgastar políticamente al adversario; 2) prolongar la guerra para producir desgaste económico crítico; 3) realizar pequeñas acciones victoriosas, sin entrar en batallas grandes, progresando poco a poco, a la manera como se come una alcachofa; 4) cuando el adversario centre sus fuerzas sobre un frente del ejército de liberación social, hay que sacar fuerzas de noche y llevarlas profundamente a la retaguardia enemiga, para hundirle todo su sistema político y policial; 5) el enemigo, entonces, se desconcentrará y permitirá, en contrapartida, que el ejército de liberación pueda operar contra él, contra sus batallones, regimientos y compañías en distintos puntos de un teatro general de operaciones.

La estrategia no es un arte todo de ejecución como decía Napoleón. Pudo serlo en la época napoleónica. La estrategia moderna es un medio eficiente para la aplicación de la política violenta, tanto entre las clases como entre las potencias rivales. La táctica y la técnica (armamentos) deben subordinarse a la estrategia y no al revés.

En esta hora del mundo, las grandes potencias mundiales buscan modificar o conservar el "statu

quo". La URSS condicionó el acuerdo nuclear de proscripción parcial de pruebas atómicas, firmado en Moscú en 1963 entre anglosajones y soviéticos, a mantener en el mundo actual tres zonas: 1) zona de influencia estratégica y económica de Rusia; 2) zona de prestigio y de dominio estratégico-económico de los anglosajones; 3) zona no comprometida o intermedia, formada por diversos países subdesarrollados y, principalmente, por China. La URSS se ha comprometido con los anglosajones que le respetan sus zonas de influencia— a no entregar armamentos nucleares a China, a practicar una política moderada en el Sudeste asiático y en el Medio Oriente (zona británica-norteamericana) y en América Latina (zona norteamericana).

Hoy como ayer, a pesar de Rusia, la emancipación de los trabajadores tiene que ser obra de los trabajadores mismos, sin confiar su liberación a la política y la diplomacia del Kremlin, sin alienación en la política mesiánica, que renuncia a la acción revolucionaria.

Las próximas guerras de descolonización deberán hacerse sin la asistencia de Rusia, particularmente en la América Latina y en Africa. El revisionismo soviético es el resultado del nacionalismo ruso y de los acuerdos con los anglosajones. Rusia no comprometerá su interés nacional, como cualquier gran potencia mundial, por defender a un país o a una revolución, si ello no está en favor de dicho interés: el revisionismo soviético es un neo-imperialismo, particularmente en sus relaciones con China y Albania, a quienes trata con el mismo desdén y bloqueo económico que Estados Unidos a Cuba.

La estrategia revolucionaria debe ser esquematizada para no exponer a las masas, dócil y fácilmente, a las iras de las policías y de los ejércitos burgueses como lo hacen los comunistas revisionistas, usando y abu-

sando de las manifestaciones obreras: carne de cañón para las fuerzas represivas. La guerra revolucionaria debe constituir la ciencia de las masas populares para la toma del poder, sin caer en el terrorismo, en el golpismo, el blanquismo o en los mitos de la huelga general revolucionaria. Todos esos elementos, aisladamente cada uno de ellos, no ganan una revolución, sino que deben ser orquestados, sincronizados, con la acción en profundidad de un ejército de liberación, actuando tanto en las ciudades como en el campo (montañas). La guerra revolucionaria es una guerra total: económica, social (huelgas), manifestaciones, protestas por el costo de la vida, acciones violentas aisladas, propaganda bien dirigida, política internacional coherente, pero todo combinado con el ejército de liberación y la guerrilla (colocada a la espalda del enemigo).

Para vencer al imperialismo y a las oligarquías indígenas que lo sirven hay que ser maestro en la estrategia revolucionaria. El imperialismo yanqui emplea la estrategia de disuasión nuclear (para paralizar a los soviéticos y los chinos) y las armas convencionales contra la guerrilla (Viet-Nam del Sur). Hay que atraer al imperialismo profundamente a un continente, a la batalla terrestre, en zonas sin comunicaciones, para destruir sus fuerzas de infantería, para anular sus armas pesadas y sus armas atómicas con la estrategia de la guerra revolucionaria, que no presenta blancos para las armas atómicas ni para las armas pesadas. El hombre es un elemento activo; la técnica un factor pasivo; entre el hombre y la técnica, lo decisivo es el hombre, portador de valores impercederos.



# INDICE

|   |    |
|---|----|
| I.—MARXISMO Y REVISIONISMO ...                          | 7  |
| Materialismo y revolución .....                         | 9  |
| La razón dialéctica .....                               | 11 |
| El revisionismo soviético .....                         | 16 |
| II.—TESIS SOBRE EL MATERIALISMO<br>HISTORICO .....      | 9  |
| Las ideas y los hechos .....                            | 22 |
| La liberación de las clases oprimidas .....             | 24 |
| Cambios de posición política en las<br>clases .....     | 25 |
| Interconexión de las revoluciones ..                    | 28 |
| Terrorismo burgués .....                                | 28 |
| Contenido de las revoluciones ....                      | 29 |
| La ley de desarrollo económico des-<br>igual .....      | 30 |
| Contenido de clase del Estado bur-<br>gués .....        | 32 |
| La ley de la negación de la negación                    | 34 |
| Contradicciones de clase .....                          | 36 |
| Dirección de clase .....                                | 33 |
| Misión histórica del proletariado ..                    | 38 |
| La injusticia social .....                              | 39 |
| Los hombres y la historia .....                         | 40 |
| Alienación económica y forma - di-<br>nero .....        | 40 |
| Interpretación materialista de la es-<br>trategia ..... | 42 |
| La resolución social .....                              | 45 |

|   |     |
|---|-----|
| Dialéctica de las contradicciones..               | 47  |
| El principio universal de la contradicción .....  | 48  |
| Contradicciones que reaparecen ...                | 51  |
| La rebelión proletaria .....                      | 53  |
| El socialismo pequeño-burgués ....                | 55  |
| El papel de la violencia en la historia           | 58  |
| La democracia burguesa .....                      | 61  |
| Bases teóricas del materialismo histórico .....   | 64  |
| Modos de producción y épocas históricas .....     | 71  |
| Caracterización del capitalismo ...               | 74  |
| Economía urbana y socialismo ....                 | 79  |
| El devenir de la propiedad privada                | 88  |
| La "praxis" y la formación de la conciencia ..... | 93  |
|   |     |
| III.—LA ESTRATEGIA DE LA ERA NUCLEAR .....        | 97  |
| El imperialismo del dólar .....                   | 99  |
| París contra Washington .....                     | 102 |
| Soviéticos y anglo-sajones .....                  | 104 |
| Anglo-sajones y franco-germanos ..                | 105 |
| La disuación nuclear .....                        | 110 |
| Una ficción: la O.T.A.N. ....                     | 112 |
| El equilibrio del terror atómico ..               | 114 |
| Armamentismo y capitalismo ....                   | 117 |
| Paridad de destrucción nuclear ..                 | 118 |
| Represalias atómicas .....                        | 120 |
| El apocalipsis de la civilización urbana .....    | 122 |
|   |     |
| IV.—ESTRATEGIA E HISTORIA MILITAR .....           | 127 |
| Técnica, táctica y estrategia .....               | 131 |
| Guerras revolucionarias clásicas ....             | 135 |
| Insurrecciones medievales .....                   | 145 |
|   |     |
| V.—LAS DOCTRINAS MILITARES ....                   | 127 |
| La Revolución Francesa .....                      | 160 |
| La escuela militar alemana .....                  | 165 |
| Clausewitz: filósofo de la guerra ..              | 168 |
| Jomini: formas de la guerra .....                 | 171 |
| Guerra subversiva .....                           | 172 |

|  |     |
|--|-----|
| VI.—LA GUERRA COMO EMPRESA CA-<br>PITALISTA .....          | 179 |
| Guerra y capitalismo .....                                 | 181 |
| Logística y capitalismo .....                              | 185 |
| Estrategia convencional .....                              | 188 |
| Militarismo e imperialismo .....                           | 190 |
| Gastos militares de las potencias im-<br>perialistas ..... | 193 |
| VII.—GUERRA EN SUPERFICIE Y GUE-<br>RRA REGULAR .....      | 195 |
| Guerras de liberación .....                                | 198 |
| Estrategia revolucionaria .....                            | 201 |
| Dialéctica de la guerra .....                              | 207 |
| Política de guerra .....                                   | 209 |
| Plan operacional .....                                     | 215 |
| Línea y superficie .....                                   | 218 |
| ¿Coexistencia o revolución? .....                          | 220 |
| <i>CONCLUSION</i> .....                                    | 225 |

**Este libro se terminó de imprimir el día 5 del mes de mayo del año 1965, en los Talleres Gráficos de Editorial Escorpio, Cabrera 3856, Bs. Aires.**

